PIPO PESCADOR. CUARENTA AÑOS CON LOS NIÑOS.

AUTOBIOGRAFÍA COMENTADA Y CRÍTICA.

Desde 1946 a 2012

Saludo Inicial

**Niñez y juventud**

La biblioteca

La profesión de mi padre

El palacio

La Academia

Los aviones Piper

Las Casuarinas

Julia Sobral

El piano

Los cuentos de Cacha Doello

La quinta de Molinari

El Magnasco

El teatro estudiantil

Volga-Deutsche

El barco vikingo enterrado

La Escondida

El acordeón

Los títeres de garage

La creciente

Las burlas

La tía carmelita descalza

Las casonas de los tíos viejos de mamá

El Caserón de Lapalma

El coro del padre Fiorotto

Bariloche

La radio

El fabuloso jardín de María Mindeguía

Miguel Ángel Chacón

María de los pájaros

Pipo monje

Las carrozas

Reflexión final sobre mi niñez

**Tiempos de estudiante de Bellas Artes**

La Plata en los sesenta

Saulo Benavente

Pipo clavando clavos

El Teatro Argentino

La Cueva de Felipe

El Mesón Español

Profesor de música en los jardines de infantes

Cine mudo en Bellas Artes

Mochilero

Juventud en Buenos Aires y Villa Gessell

Trovador

Jacques Prevert

Averiguación de antecedentes

Pipo y la cana

Justiniano Reyes Dávila

Atahualpa Yupanqui

Dahd Sfeir

Wenceslao Varela

Egle Martin

Los sesenta

Julia Díaz Vergara

Susana Itzcovich

El grupo Caviar-Nacha Guevara

El viejo Almacén

**Pipo Pescador. Inicios y apogeo**

Pablo Lijtztain

El Auditorio Río de La Plata

Miguel Valencia

**Anécdotas de la primera época de Pipo Pescador**

Quique Flower

Niñas violentas

La rata

Espectadores en el escenario

La huída desde el cuartito debajo del ring

Dormir vestido

El niño con la pata enyesada

El avión espera

El lorito repetidor de Baradero

Los dibujos en el vidrio

La nota larga de violín

El cumpleaños del niño italiano

El pigmeo

Velas en el obelisco

Pipo Pescador frente a Perón, Isabelita y López Rega

Tres días en París, tres días en Nueva York

Comentarios de niños espectadores

El chupetín bolita

Momentos artísticos que recuerdo

Sarah Bianchi

Buenas tardes, mucho gusto

Ana Inchausti

María Boros

Alicia Bruzzo

Alicia Marengo

Marta Giménez Pastor

María Elena Walsh

Hugo Midón

Canela

Dibujos animados argentinos

Zapatos Rotos, Balá y Olmedo

Panorama infantil de los sesenta y setenta

Rocky Rock

**España**

Primera experiencia profesional

Lolo Rico

Blanca Alvarez Mantilla

El auto de papá con cientos de miles de kilómetros

**Los niños de los años setenta**

Mirta Golberg

Los programas de televisión infantiles de los setenta

Luces de mis zapatos

Los zapatos luminosos

Rosario

Niní Marshall

El disco amarillo y otros

**Finales de los setenta. Empieza la guerra**

La Feria del Libro Infantil

La Feria del Libro del Autor al Lector

Leer es un placer

Xuxa

Las animadoras infantiles de mini y botitas blancas

Shows para escolares

La URSS

Cartagena de Indias

Libros y discapacidad

**Los años 90**

La Casita del Libro

Premios y distinciones

Fabio De Tommaso

Greta De Tommasso

Giras españolas

**Los niños hoy**

Ciclo Buenas Noches en la T.V. Pública

Cumpleaños infantiles en la actualidad

El mundo cursi de los niños

Televisión, computadora, cine y teatro

Pipo de nuevo en la calle Corrientes

Papeleras y cartones

Pipo Pescador, una nostalgia

Aplaudir de pié

Halloween

Balance final

La Fundación Pipo Pescador

Pido disculpas

SALUDO INICIAL

Saludo a quien ingrese en estas páginas, que han sido escritas para captar momentos de de la historia del personaje Pipo Pescador, el cual constituye una parte de la historia del espectáculo infantil argentino. Tomará la palabra Pipo algunas veces y otras, Enrique, para explicar aspectos de la vida de la persona que han influido en la creación del personaje. Es difícil separar la paja del trigo. Lo que no aclararé es que es paja y que es trigo… ¡Ja,ja!

También he querido a través de ellas, manifestar mi opinión sobre realidades que me hacen feliz y realidades que me hacen sufrir. No siendo sociólogo, ni filósofo, no habrá otro lugar para contar cómo pienso. Hubiera querido organizar mis teorías en libros memorables como hizo mi admirado Juan José Sebrelli, pero no tengo rango. Está claro que la vida de Pipo ha transcurrido contemporáneamente con la de otros artistas y otras personalidades. Pipo también se ha relacionado forzosamente con la realidad política y social de Argentina. Ha cantado frente a Perón en Olivos, en tiempos del regreso del General y, cuarenta años después, en la Plaza de Mayo, frente a cientos de miles de personas, un 25 de mayo de 2011.

Durante su juventud, Enrique marchaba preso día por medio porque el pelo largo y la ropa *hippie* eran intolerables para la dictadura. Había que averiguar quién era y qué oscuros fines lo llevaban a vestirse en forma tan llamativa.

Mi vestuario era limpio y de buen gusto. Las “novias” de entonces me cuidaban el pelo y lo mío era más bien un lindo disfraz de teatro que una indumentaria de uso corriente.

Pipo Pescador fue invitado a marcharse del país durante la dictadura militar y regresó con el gobierno de Alfonsín para festejar la democracia.

Enrique ha corrido junto a sus compañeros de universidad por la Calle 7 en La Plata perseguido por la policía montada y ha desparramado bolitas de vidrio que llevaba en el bolsillo para que los caballos resbalaran. Eran los sesenta.

Pipo ha tocado el acordeón en el puente que une Gualeguaychú con Fray Bentos en la histórica protesta multitudinaria contra las papeleras finlandesas, junto a más de ciento cincuenta mil personas, que la prensa leal al gobierno de turno, redujo a unas pocas docenas de miles.

Advierto que en estas memorias no nombraré a nadie con quién haya tenido experiencias negativas. Nombrar es un acto de profunda significación. Tal vez sea bueno advertir a la gente que el primer paso para liberarse de la oscuridad es no hablar de ella. El lector pruebe no nombrar a alguien que le ha hecho daño y notará cómo se aleja su figura. Sólo me reservaré la nomenclatura para los seres luminosos de mi existencia, que son, al final, los únicos que merece la pena recordar. Los otros, los que me hicieron daño, los considero maestros de la vida que me han ayudado a comprenderme mejor y a evaluar mis errores. A todos les estoy agradecido, a los positivos y a los negativos. De ambos aprendí muchas cosas y sigo aprendiendo.

Será una mirada a mi vida profesional, apenas sostenida por citas de mi intimidad, rara joya que me pertenece totalmente y que no quiero regalar a nadie. Contaré con ella para que me asista y me ayude a explicar mejor algún suceso, pero la tendré siempre aparte, como los bombones que escondemos para no convidar. Que nadie se desanime, porque mi vida personal no es lo más sabroso. Igual se podrá mirar por la rendija, porque para comprender mejor a Pipo y su realidad, tendré que traer mi vida completa, la pública y la privada.

No seguiré una cronología estricta, porque esta es una autobiografía comentada y un recuerdo conecta con otro. Se mezclan situaciones que ocurrieron tal vez con cuatro o cinco años de diferencia y se vuelven pertinentes algunas citas de acontecimientos, ocurridos en medio de esos lapsos imprecisos.

Si bien todo escrito es en sí mismo una pieza literaria, no tengo la intención de redactar una novela ni un ensayo, ni siquiera una memoria de estilo cuidado y estructura moderada por las leyes de la literatura.

Mi amiga Rosa Chacel hizo de sus memorias una obra portentosa de la literatura del siglo XX… porque era Rosa Chacel... ¡Jaja!

Las imágenes van apareciendo y las vierto en forma espontánea, corrigiendo solamente la redacción para que sea más propia o los datos para que se ajusten a la realidad.

Realidad y ficción para un artista son terrenos con fronteras elásticas…

Confieso que tengo que acudir a cada rato a internet para corroborar nombres, fechas y personas. El pasado es una penumbra arbitraria y emotiva, donde siguen viviendo seres que ya no son; penumbra que desdibuja los aconteceres y mezcla piedras preciosas con pedazos de vidrio molido. Paul Ricoeur decía que la memoria no es nada sin el contar.

En 1972 entré en el mundo de la fama que llaman grande, pero cuatro años antes ya era conocido en muchos ambientes. Primero fue el teatro; yo soy hijo del teatro y eso, aunque parezca una afirmación más, es definitivo. La televisión tiene sus reglas y el teatro las suyas. No son parecidas en nada. La pantalla es pura virtualidad y el teatro es pura realidad.

El teatro es un espacio construido para hacer arte. La televisión es un espacio concebido para mostrar los sucesos en el momento en que ocurren. Ni tuvo ni tiene otra posibilidad.

Los artistas que viven en ella son objetos de consumo como un vaquero o un alfajor. Si los publicitan son consumidos y cuando los dejan de publicitar se olvidan. Lo que provocan en el público es un sentimiento que nada tiene que ver con el que provoca el arte. Es una adhesión compulsiva que los políticos han tomado en cuenta. Por eso, mueren por salir. En la televisión hay tiempo para acomodarse el maquillaje, para echarle una ojeada al libreto, para hacer un llamadito con el celular mientras está la tanda o mientras se prepara el nuevo bloque. El teatro es una batalla a muerte que empieza y termina en una hora y media, sin interrupciones. Cualquier error se arrastra durante toda la función; una mancha en el pantalón, el peinado derrumbado o el olvido de un objeto necesario. Si te olvidaste de ir al baño, aguantarás.

El cine tiene otras reglas, pero algunas en común con la televisión: el tiempo entre toma y toma es una de ellas.

En el cine se congela la edad del actor. El otro día murió Olga Zubarry. En los últimos tiempos, apenas quedaba la sombra de la *Marianela* adolescente. Vivirá siempre joven en sus películas. En el laboratorio podrán borrar cualquier rayón en su carita. Nada la tocará. Su belleza ya es eternidad.

En el teatro se envejece. María Rosa Gallo se cayó de una escalera en el escenario mientras interpretaba *El cerco de Leningrado*.

Cuando rodaba el film *Luces de mis zapatos*, me cambiaron el traje blanco varias veces en un día. Un traje blanco en el escenario sólo puede ser cambiado a toda velocidad entre cajas, con ayuda de un vestidor.

Empecé en *Canal 13* como titular de un programa, en 1972. Naturalmente, ocupé el lugar de una artista que fue desplazada. El recuerdo que ella tendrá de mí no será grato. Yo lo sé y lo asumo, pero el mundo del espectáculo es así, mueren unos para que vivan otros. El espacio es un bien que no siempre puede compartirse.

Con los buenos auspicios que regala una carrera genuina, amasada en varios años de lucha y en un ascenso lento y firme, aparecí en la televisión y mi cara se grabó en el recuerdo de millones de personas que aún hoy no me olvidan y reconocen sus rasgos, cuarenta años mediante.

La vida me lanzó todos los perros a la vez. Tenía veintiséis años.

Lo que viene después es torbellino, bendita confusión de existir.

Se desvaneció la frontera entre la persona y la figura. Por años no supe bien qué pertenecía a una y a otra. No sabía si me querían a mí o al artista de la televisión. Una vez tuve un accidente y mientras me llevaban en la ambulancia, el chofer cantaba *El auto de papá* como si fuera a un festival.

Pipo y Enrique estuvieron tan enredados que he tenido que cortar el nudo con la espada.

Fue a partir de ese momento que empecé a vivir la inestable vida de los artistas que aparecen en los medios. Todo el tiempo tienen que ejercitar su autoestima porque el *rating* los aloja y los desaloja constantemente de sus espacios. No tienen nada, no son nada; lo tienen todo y son todo. Tardé mucho en comprender que yo era una persona cuyo valor no dependía de la audiencia. Me costó mucho esfuerzo independizarme del éxito y del fracaso, al decir de Kipling, “esos dos impostores”.

Es duro ser un producto que se fabrica y se deja de fabricar, un número en los despachos de los gerentes. Nunca sabremos si es verdad o mentira que el público nos elije o nos olvida. El teatro es el único termómetro que funciona bien: la gente va o no va a verte. La televisión es gratuita. En el teatro hay que gastar dinero. Los artistas cuestan. La televisión es culpable de haberle hecho creer a la gente que la actuación de los artistas es gratuita y eso se siente en las boleterías. El público no quiere pagar.

Mi termómetro siempre me mostró fiebres. Colmé teatros durante décadas. Con el empresario Julio Gallo, propietario del teatro *Astral*, recordamos el cartelito “No hay más localidades” colgado casi de forma estable en la boletería. El era un muchacho que estaba aprendiendo a manejar la bella sala *deco* que luego heredó de su padre. Tengo una foto donde está asomado a la ventanita de boletería con cara feliz junto al cartel bendito que hace soñar a los productores.

Gracias a la fama, logré caminar por Buenos Aires como caminaba por Gualeguaychú, conocido por todos, quitándole a la gran ciudad su ferocidad para hacerla amigable y familiar como el pueblo de mi infancia.

Es una rara y agradable sensación la que se siente cuando uno sube a un taxi y el conductor (aún hoy) pregunta: ¿Adónde va, Pipo? o ¿Cómo se llamaba su nieta?

Escribo con ilusión, esperando que los lectores puedan disfrutar de algún párrafo, porque mi existencia siempre fue rica en experiencias y me pasaron cosas inauditas. Trataré de acordarme de todo. No es seguro que lo logre, por lo que pido disculpas a los que queden fuera de estas memorias, simplemente porque algún día tendré que darlas por finalizadas y no podré agregarlos. Hace casi un año que escribo y escribiré tal vez medio año más.

Se combinan escritos del año 2011 y del 2012, porque ocuparé esos dos años, en concluir este texto. Completo sucesos y salvo omisiones. Me despierto a la madrugada y corro a mi *Mac* para corregir o agregar algo. Un día bajaré la cortina. No es la idea llevar una bitácora de navegación. El tema es lo que le pasó a Pipo Pescador y Pipo Pescador ya no existe más que en las crónicas. Es pasado.

Llamo *comentada* a esta autobiografía porque, como reza el título, en ella verteré opiniones. Está claro que esas opiniones son las que tengo hoy, a estas alturas de mi vida. Ahora hay tiempo para pensar y puedo distraerme en reflexionar antes de moverme. Felizmente en mi juventud hacía primero y reflexionaba después. Eso me permitió lograr muchas cosas que modificaron mi existencia para siempre. Gran parte del mundo está construido sin planificaciones. Si pensás mucho no hacés nada. Siempre habrá múltiples razones para quedarse quieto.

Tener hijos, emigrar, intentar concretar ideas chinas, tatuarse, entregarse a la actividad política partidaria y viajar sin dinero, son cosas que sólo se pueden hacer si no se analiza demasiado.

El presente mirará al pasado con sus ojos nuevos y seguramente lo reinventará, porque el pasado no existe y siempre aparece cernido por la verdad de hoy, que lo transforma y lo condiciona. Eso es insoslayable. Estos textos serían valiosos si los hubiera podido escribir en los momentos en que transcurrieron los hechos, hablando con la voz de entonces.

En un azulejo del patio de mi casa de Palermo que vendí recientemente, conservé durante muchos años una inolvidable frase de Goethe: “*Die Tönne verhallen, aber die Harmonie bleibt*” (Los tonos se extinguen, pero la armonía permanece).

De acuerdo a esa sentencia, espero poder mantener viva la armonía de cuarenta años de carrera artística y brindar al lector un vuelo placentero sobre la compleja geografía de una actividad a la cual he dedicado toda la energía que me fue dada para esta existencia.

**NIÑEZ Y JUVENTUD**

Narraré brevemente mi vida, para dejar claras cosas básicas que el imaginario popular puede haber cambiado. A la gente le fascina pensar que los artistas procedemos de lugares mitológicos. Recuerdo que Nélida Lobato me decía que le habían inventado un romántico origen gitano y decían que el que fue su marido la había raptado de las carpas, hechizado por su belleza.

Con el inefable Oscar Aleman pasaba lo mismo: el virtuoso guitarrista del *Casino de París*, compañero de Josephine Baker, de Louis Amstrong y de Duke Ellington, enredado en extrañas leyendas que lo hacían originario de los arrabales de Nueva Orleans o de los barrios oscuros de Nueva York, había nacido en Resistencia, en el Chaco.

Que sepa el lector que origen tengo y donde transcurrió mi niñez y juventud. Nací en Gualeguaychú (Entre Ríos). Mi padre, Agustín Fischer, era hijo de alemanes de Hamburgo por su padre y de Volga-deutsche por su madre, y se había criado en las colonias, hablando en alemán. En la Iglesia Luterana de la ciudad de Hamburgo, en la comunidad de St. Michael, he encontrado el acta de bautismo de  Ernst August Franz Fischer, nacido el 1° de Diciembre de 1881 y cuyos padres eran August Peter Fischer y Augusta María Elizabeth Wulf. Ernst era mi abuelo. Este es el origen de mi familia alemana.

Mi abuela Margaritte había nacido en Saratov en Rusia, bajo bandera alemana, según un convenio que existió desde antiguo entre la Renania y Rusia. Ese convenio se firmó en un salón del castillo de Mannheim, a minutos del pueblo donde hoy vive mi hija, Sandhausen.

Mis bisabuelos llegaron a la Argentina atraídos tal vez por la *Ley de Inmigración* de Nicolás Avellaneda, acompañados de sus hijos, entre los que estaba mi abuelo niño. Su religión era el protestantismo luterano, que mi padre cambió al catolicismo para casarse con mi madre, que puso esa condición y no estaba dispuesta a resignarla. Con esto queda claro que mi origen alemán se remonta a gente del siglo diecinueve. Mi familia ya lleva ciento cuarenta años aquí.

Alemanes del Volga por un lado y alemanes de Hamburgo por el otro. Mi abuelo tiñó mi sangre de negro, rojo y dorado. Oscuridad, pasión y esplendor. Tal la bandera de su tierra originaria, hoy mi tierra también, gracias a la nacionalidad que me ha regalado Alemania. Curiosamente, hoy mi hija Carmela y su familia marchan a vivir a Alemania. ¿Podría llamarse “demigración” a ese fenómeno?

Mi madre era de una familia afincada en la provincia desde antiguo. Su padre se llamaba Jesús Larrama y su madre Vielmina Rossi. Ambos descendían de criollos e italianos inmigrados a finales del siglo diecinueve. Mamá tenía una dulce voz y a veces cantaba en la iglesia como solista o en los coros de la parroquia. Se llamaba Elba Leonor Larrama y su apellido ya figura en los archivos viejos de Colonia, en el Uruguay, de donde creo que provenía su estirpe rioplatense. Enamorada de la vida, prolongó su romance con ella hasta los noventa y cuatro años. Se tuvo que marchar porque era un poco tarde, pero con gusto se hubiera quedado un rato más.

Hay algo curioso que no ocurre frecuentemente. Mi padre y mi tío Felipe eran hermanos y mi madre y mi tía María Felisa también. Dos hermanas casadas con dos hermanos. Primos-hermanos, abuelos comunes. Casi puedo decir que tuve además de mis tres hermanos, cuatro hermanos más… como tales los trato hasta el día de hoy. Mis hermanos son: Cristina, Jorge y Mario; mis primos hermanos, Raquel, Horacio, Ernesto y Eduardo. Además de ellos, una pléyade de niños de la familia, llenaron mi infancia de juegos y buena compañía.

Fui un niño flaco, un poco descolorido, de pelo rubio y aspecto desnutrido. Tenía piernas largas y rodillas leves. Durante mi niñez, bebí de ricos manantiales. Me referiré a los más significativos.

LA BIBLIOTECA

La *Biblioteca Popular Sarmiento* fue y sigue siendo un espacio perfecto de mi vida. No me puedo entender a mi mismo sin la memoria de la prodigiosa fragancia de su ambiente. Esta casa no solamente huele a libro antiguo. Huele también a la primera e íntima aventura de leer por el puro gusto de hacerlo. *Tartarín de Tarascón*, *Sandokán*, *el tigre de Mompracem*, *Mobi Dick*, *El viejo y el mar*, *El prisionero de Senda*, *La cabaña del Tío Tom*, *20.000 leguas de viaje submarino*, *Las mil y una noches*, *La planta de naranja-lima*, *Corazón* y otras entrañables páginas, eran solamente entrecortadas por el constante rechinar de la puerta de la esquina, la tos ronca del pintor Irigoytía, que prácticamente vivía allí, o los amables chistidos de Enriqueta Burlando, la bibliotecaria, sentada en su trono, enmarcado con vasos de flores que los niños traíamos constantemente y oficiaban de luminosas mensajeras de las estaciones.

*Los cuentos de Perrault* en ediciones de cartón entelado y *Las aventuras de Bomba*, completan el idílico universo de papel impreso.

El asombro de la primera página sólo puede compararse con el asombro de la primera vela que la sabiduría sufi enciende en el oscuro salón. Será necesario encender mil velas a la vez para repetir la emoción de ese instante que torna la tiniebla en visión.

Los dedos tocando la ordenada música del fichero, la temblorosa firma en el libro de préstamos y nos podíamos llevar el río *Amazonas* a nuestra casa.

Enriqueta conocía bien a los chicos y sabía perfectamente qué debía recomendarles para que su incipiente interés por los libros se afianzara. Mi corazón de niño palpitará por ella eternamente. Hubo tiempos en que empezaba a leer los estantes enteros de una punta a la otra, sin saber lo que leía.

*El amante de Lady Chatterley*, un libro erótico de principios del siglo XX, fue leído por mí, a la par de *Mis Montañas* de González o *Chico Carlo* de Juana de Ibarbourou.

Para un niño nacido en 1946, esa lectura equiparaba los vuelos del internet más aventureros y lo llevaban a la estratósfera de la imaginación desatada, sin escalas. Leer es escuchar. Leer es jugar en la serenidad. Leer es construir en soledad edificios intelectuales y emocionales que jamás podrán ser demolidos.

LA PROFESIÓN DE MI PADRE

Mi padre era rematador de hacienda, y esa profesión le permitió tratar a estancieros que alternaban la vida en el campo con la vida en Buenos Aires. Los estancieros se vestían de otra forma que la sencilla gente de provincia, viajaban al extranjero y solían traer regalos. Recuerdo un auto de juguete con sistema de avance independiente por fricción que hizo furor entre los niños del pueblo y había sido comprado en Nueva York.

También había algunos alemanes inmigrantes (elegían a mi padre por el idioma) de distintos orígenes políticos y sociales con quienes papá trataba la compra y venta de novillos. En mi niñez fui deslumbrado por el encuentro con esas gentes cosmopolitas y refinadas, que me hicieron soñar con un mundo diverso.

Las visitas a las estancias eran obligadas una vez por semana, porque había que comprar novillos para los remates. Recuerdo la infantil emoción con la que ingresé en el enorme parque lleno de cisnes de la estancia *San Pedro* de los Campos Urquiza. Papá debía hablar con la “niña” Haydee. Yo esperaba ansioso el momento de conocer a mi compañera de juegos de aquella tarde, pero Haydee había nacido en 1892 y en la década del cincuenta tenía más de sesenta años. Era hija de Justa de Urquiza y por tanto nieta del prócer amado por los entrerrianos.

También visitábamos seguido a una familia alemana que vivía en medio del monte tupido. Una vez la lluvia nos obligó a pernoctar. En medio de esa soledad, el distinguido matrimonio cenó con ropa de etiqueta, y a mi padre le prestaron una chaqueta de *smoking* que le quedaba muy bien, porque era guapísimo y elegante como nadie. En la cena nos enteramos que, unos días antes a la señora la había mordido una yarará. Se había arrastrado hasta la casa y se había inyectado el antídoto, porque era domingo y todo el personal había salido de paseo. Si hay “damas de hierro” ésta era una de ellas.

En algunas casas había piano y yo no me perdía la oportunidad de trabajar de niño prodigio. Tocaba para un público entusiasta que me pedía tal o cual canción. ¡Ja,ja!

Hay un detalle que no puedo dejar de mencionar: mi padre recorría a caballo los potreros donde pastaba la hacienda y elegía, por edad y por peso, animal por animal. Una vez identificado, el novillo era arriado para juntarse con los otros elegidos y formar la tropilla que se vendería. Papá le decía al patrón: “¿Qué le parece este que pesa doscientos ochenta y cinco kilos? ¿O prefiere el de la cara blanca que pesa diez kilos más?” Jamás se equivocaba, a pesar de que es muy difícil evaluar el peso de un animal que uno ve a lo lejos, caminando por el campo.

Mi padre tenía un escritorio en la calle principal de la ciudad, con enormes mesas donde varios escribientes copiaban pacientemente números en libros enormes. Prensas de hierro, máquinas de escribir, variedad de lapiceros, tintas en frascos y mucho papel disponible para dibujar y pintar, eran tesoros que yo tenía al alcance. Me pasaba horas sentado en las mesas junto a los empleados, viéndolos trazar esas bellas caligrafías que habían aprendido. Esas habilidades elevaban la cotización laboral de los trabajadores de aquellos tiempos.

Yo escribía “novelas” y “poesías” que aún conservo, con tinta y lapicera de pluma. No sé si escribir así era mejor o peor que escribir con una soberbia *Mac* sin cables. Sé que era distinto, era otra cosa. El goce del papel es un placer que se pierde. El papel es un lujo que le cuesta mucho a la naturaleza. Agradezco a mi padre el haber vivido mi niñez en un mundo de papel y de cartón. Aún perdura en mi memoria olfativa ese agrio perfume de la cola de encuadernar y en mi tacto las sutiles nervaduras del papel de hilo.

Los sobres color madera con estampillas pegadas, las tarjetas de luto con borde negro o de color violeta, las tarjetas postales que llegaban desde el mundo lejano, las fotografías que pedíamos a los artistas de Hollywood y conservábamos en álbumes que llevábamos a las casas cuando íbamos de visita para compararlos con los de nuestros amigos. Y eso ocurría porque las oficinas de prensa de los estudios norteamericanos cumplían con enviar a los admiradores las fotografías firmadas por las estrellas, que llegaban puntualmente. Eva Marie Saint, Charton Heston, Burt Lancaster, Elizabeth Taylor, Frank Sinatra… y muchos más. Todo el Olimpo estaba pegado en mis álbumes.

He regalado a un sobrino, que es también martillero público, el hermoso escritorio de roble de mi padre con su sillón giratorio. Me halaga que se siente orgulloso en la misma mesa en que su abuelo trabajó tantas horas para mantener a su familia.

Por suerte, mi padre me vio triunfar como artista infantil, concurrió al teatro muchas veces en Buenos Aires y supo que su temor a que su hijo “artista” pasara hambre, fue infundado.

EL PALACIO

*El palacio de San José de Urquiza, legendaria mansión victoriana, erigida en medio del bravo monte, escenario de una vida heroica y de una tragedia, recordada por unas gotas de sangre seca en el postigo de una puerta blanca.*

Esa *gatopardesca* mansión, con su mobiliario europeo y el refinado diseño del arquitecto Fossati, marcó aspectos de mi personalidad, como el gusto por las antigüedades y la voluntad de conservación de los patrimonios artísticos y culturales. La admiración por Urquiza, por su labor civilizadora y su coraje, colmaron mi niñez de fantasías quijotescas y de imágenes de un pasado refulgente, además de afianzar mi entrerrianía profunda, que hoy es uno de mis máximos galardones.

No puedo dejar de decir que a través de los años, he podido observar con cierta pena que el palacio ha cambiado. A veces me parece recordar objetos de la colección que ya no veo, como un par de pistolas con empuñadura de marfil que estaban en una vitrina cerca de la mesa de billares. Tal vez las vi en otro museo y me confundo. Lo que si tengo claro, es que *San José* ya no es igual.

La maravillosa azotea transitable en mi niñez, hoy ha sido burdamente protegida con un techo de chapas de zinc que nada tiene que ver con el original. Seguramente por temas de presupuesto. No hay dinero para mantener la guarida del más grande de los entrerrianos. En una ciudad de la provincia, he visto construir un verdadero palacio para que lo habite un político que no tuvo problemas para conseguir el dinero necesario y pudo costearse su “San José” propio. El robo de las estatuas del jardín, llamadas *Los cuatro continentes*, fue un saqueo que semejante mansión histórica no merecía. Creo que se salvó sólo una de las figuras de mármol. Cuando le cuento a mi nieta Guillermina lo de los cuatro continentes, ella achina sus ojitos con picardía y espera el momento para hacerme saber que no le sorprende mi comentario porque en el siglo diecinueve aún no se consideraba Oceanía como continente. ¡Ja ja!

Agrego para enriquecer la anécdota que en el año 1967, cuando aún llevaba mi uniforme de soldado del Batallón Logístico 10 de Villa Martelli, fui invitado por el párroco de la catedral de Concepción del Uruguay a la inauguración del bello panteón del prócer. Pelado como una cebolla, estuve muy cerca del entonces presidente de la nación, no recuerdo cuál, uno de los tantos generales no memorables que usurparon el poder que sólo es del pueblo. Yo iba vestido de civil y estaba aterrorizado ante la posibilidad de que algún milico observador pudiera descubrir mi humilde identidad de soldadito raso y me mandara al calabozo, por no llevar mi uniforme. ¡Ja,ja!

LA ACADEMIA

*La Academia General Belgrano, mi “atelier” de dibujo y pintura, dirigido por una inolvidable maestra, Isabel Chacas que nos hacía copiar postales y nos contaba cuentos de hadas.*

Mi memoria olfativa trabaja; Isabel usaba agua de rosas, al óleo lo disolviamos con aguarrás, los papeles franceses eran pesados y aromáticos, la témpera tenía un suave aroma a engrudo. La carbonilla desprendía fragancias de leña quemada y el *fumino* de laca embriagaba el aire con su noble olor cercano al durazno, agudo como un pinchazo en el dedo. Una postal tenía la imagen de una bella niña victoriana. Yo me la robé porque estaba enamorado de su rostro y, contemplándola, temblaba de emoción. Todos quisiéramos recuperar algún objeto del pasado invaluable que perdimos. Esa postal sería mi santo grial.

El papel ya se habrá desintegrado; sin embargo, el amor del niño artista por esa cara enigmática, perdura como las estatuas de bronce, como el azul del cielo de verano.

La insigne maestra fue tan definitiva en mi vida, exaltó de manera tan honda mis anhelos estéticos y culturales que no puedo menos que considerarla mi madre espiritual. Guardo su imagen en un rincón dorado y luminoso de mi mente. Isabel había estudiado artes plásticas con León Pagano a principios del siglo veinte y atesoraba en su memoria una literatura romántica, que tal vez heredó de sus mayores, cuentos maravillosos que narraba a sus alumnos, mientras ellos dibujaban o pintaban.

En algún momento de pasión evolucionista rechacé los cuentos de hadas y critiqué duramente sus esquemas crueles y sus atavismos en relación al destino y a las maldiciones. Hoy reveo esa posición y sostengo que los cuentos de hadas enseñan a vivir y, leídos por los niños en buenas versiones, los ayudan a madurar emocionalmente, enriqueciéndolos con su acerbo. Bruno Bethelheim terminó de afianzar mi nueva mirada.

El lector notará que constantemente reconozco cambios en mi pensamiento y alteraciones en su rumbo. Esa predisposición a aceptar y tomar como válido hoy lo que ayer no conocía, o no había comprendido, es uno de mis orgullos y pienso convivir con esa inestabilidad ideológica hasta el último día de mi vida. Prefiero ser criticado por cambiar de opinión que por quedarme anquilosado en una verdad inmutable.

Cierro el recuerdo de *Isabelita* contando que ya instalado en Madrid, durante los ochenta, una noche soñé con ella. Estábamos debajo de un sauce a la orilla del río Gualeguaychú sentados sobre el pasto. Ella estaba con la cabeza apoyada en mi pecho y de pronto, el lugar se transformó en una isla flotante que comenzó a alejarse río arriba. Ambos nos perdimos en la lejanía. Horas después me llamó mi madre para anunciarme que mi vieja maestra había muerto.

LOS AVIONES PIPER

El inusual *hobby* de mi padre, que consistía en pilotear aviones *Piper* del tipo *Pitts* y llevarnos en las naves amarillas a cruzar el cielo sobre cuchillas y arroyos, le agregó a mi niñez un toque de magia aventurera y engrandeció la figura de mi padre, porque no existían muchos padres pilotos entre los niños provincianos de los cuarenta. Aún no había nacido Mario, mi hermano menor, y nuestro padre nos ataba a Jorge y a mí con un mismo cinturón de seguridad en el asiento de atrás del pequeño avión y así, aferrados como morcillas a un mismo hilo, jineteábamos los vientos del cielo y veíamos el mapa de nuestro mundo pequeño, el río como una cinta de raso y las vacas como hormigas. En esos tiempos, una tarde de invierno el cielo rugió estremecido por un gran avión que estaba perdiendo altura en dirección al Aero-Club de Gualeguaychú. Todos salimos de prisa hacia el pequeño aeropuerto y pudimos verlo aterrizar. Jamás olvidaré ese coloso plateado con dos hélices en cada ala. Era un avión que venía de Brasil, creo, y por algún problema técnico debió tocar tierra. Según mi memorioso hermano Jorge, se trataba de un *Super-Constelation*. Recuerdo su enorme trompa chata y su fuselaje de metal con remaches a la vista.

Los pasajeros bajaron y la gente del pueblo se encargó de llevarlos a sus casas, hospedarles y darles de comer… sin conocerlos de nada. A mi casa, por ejemplo, llegó una profesora extranjera que hablaba español con mucho acento. ¡Qué generosa la gente de entonces!.. ¡Qué ingenuos y confiados! Esa Argentina ya se ha perdido. “No te fíes ni de tu hermano…”, reza el tango de Eladia Blázquez.

Desde siempre amé esos pájaros que pueden ligar el invierno y el verano en unas horas, que pueden cumplir los sueños de encuentro y aniquilar la soledad como un terrón de azúcar desaparece en el agua. Siempre que tomé un aviónpara ir a Europa o a Estados Unidos, recibí gentiles invitaciones de los comandantes para visitar la cabina. Muchas veces preferí viajar horas y horas en el asiento desplegable que hay entre los dos pilotos, con tal de poder ver cómo manejan esas máquinas formidables, sentir los bloques de hielo pulverizándose contra la trompa del avión y avistar ·ovnis” que se desplazan por el cielo alto como los gorriones en el cielito de las plazas.

No sé por qué de grande desarrollé miedo a volar. Jamás sentí temor alguno cuando el *Piper* amarillo flotaba a tres o cuatro mil metros, dependiendo de una hélice que podía dejar de girar en cualquier momento. “Si el motor se para, podemos bajar planeando”, decía papá. A mí me parecía un plan perfecto. Es más, muchas veces deseé que el motor se plantara, para experimentar un aterrizaje silencioso, como de pájaro. ¡Jaja!...

LAS CASUARINAS

*Mis veranos en la estancia Las Casuarinas de Julio Irazusta, un intelectual argentino, político de raza, que pasaba las noches sin dormir, tecleando con su máquina de escribir.*

Julio me dejaba hojear revistas francesas del siglo XIX, profusas de grabados, encuadernadas en cuero rojo. Había nacido en Entre Ríos en el último año del siglo diecinueve y había estudiado latín y filosofía en Oxford, Inglaterra. Era un defensor apasionado de Rosas.

Todo en la casa estaba detenido en el tiempo. Fui habitante del pasado de una gran familia y pude asomarme a otras vidas y oír los murmullos de fantasmas domésticos que amasaron un tiempo ya aniquilado, pertinazmente presente. En el comedor había un enorme cuadro al óleo que representaba a un señorón antiguo de bigotes y moño.

Julio tenía un hijo, Germán, que era de mi edad, y juntos íbamos a caballo hasta la ciudad, que distaba varios kilómetros. Sería extraño ver a dos jóvenes jinetes por las calles del centro de Gualeguaychú. Nos dirigíamos al *Club Recreo* en la calle 25 de mayo y bajábamos a comer galletitas *traviatas* con jamón crudo, que en aquellos tiempos hacían furor. Nunca más vi a Germán. A veces la vida pone en el camino a personas que sólo te acompañarán en un trayecto y desaparecerán para siempre.

A Julio lo seguí hasta sus últimos tiempos, actuando en política y publicando libros extraordinarios donde analizaba las relaciones entre Argentina e Inglaterra. Si debo contar algo duro que no es lindo oír, pero sí necesario para crecer como pueblo, contaré que, hace unos años, vi en el Mercado de Pulgas de Buenos Aires, una enorme pila de papeles y libros podridos por el agua, ya irrecuperables. Levanté una cartulina que tenía un recorte de periódico pegado y al instante reconocí el origen de la triste montaña: era todo o gran parte del archivo personal de Julio Irazusta. A veces me dan ganas de ponerme a llorar.

JULIA SOBRAL

*Julia Sobral Elías, entrerriana como yo, sobrina del famoso alférez del mismo apellido, que en 1902 viajo a la Antártida en la expedición científica de Otto Nordenskjöld.*

Mirar fotos antiguas, abrir cajas con medallas y monedas, escuchar anécdotas de una Argentina ya disuelta y compartir su amistad fue un privilegio que dejó huellas profundas en mi cabeza de niño curioso. Julia conocía a todas las familias de Gualeguaychú y podía contar anécdotas muy atractivas sobre ellas. Me nutrió con el alimento vital del diálogo e hizo sonar campanas de platino en mi sencillo corazón de niño.

Regalé el otro día una vieja fotografía que ella me había dejado: en el *Círculo de Armas*, las paredes tapizadas de lanzas y escopetas antiguas, un grupo de señorones de bigote hacen corro a un personaje flaco y demacrado, peinado a la gomina. Era el príncipe de Gales, durante su “alcohólica” visita a la Argentina, hace cien años. A su lado, José María Sobral de riguroso uniforme. La foto encartonada está hoy en el *Instituto Magnasco* de Gualeguaychú.

Julia despertó en mí la curiosidad por el pequeño y circular mundo de las medallas y monedas. En esos fríos redondeles de metal, se esconde el universo entero, esperando ser descifrado. Todas las pasiones, las derrotas, los triunfos, las glorias y las ignominias del hombre se reflejan en las pequeñas lunas que también son capaces de decidir la cara o la cruz del destino. Julia era soltera. Tal vez fui un hijo cósmico para ella.

Estoy seguro de que ella fue una madre intelectual para mí. Alzo una plegaria por su buena fortuna.

EL PIANO

La llegada de un piano a mi casa, cambió mi vida radicalmente. Cuando le quité la tapa, el espectáculo de su mecanismo único de martillos y paños verdes tañendo tensas cuerdas de acero, me deslumbró.

El interior de un piano acústico que está sonando, es un ballet geométrico de bailarines amarrados a una cuerda, que van y vienen como los vagones de un tren, siempre por la misma vía. ¡Jaja!... Recuerdo que tocaba horas y horas con frenesí, y de puro oído. Muy pronto integré una orquesta infantil *Los Bambis*. Tocábamos en los bailes con permiso de nuestros padres. Luego, casi adolescente, me sumé como pianista en la *Manhattan Jazz.* Nunca entendí cómo se leía una partitura. No tengo la menor idea de la ciencia musical. Soy incapaz de solfear. Mi nieta Guillermina que estudia música, aprendió más en un año que yo en una vida. Lo que sí recibí del universo es el don de tocar la música, de jugar libremente con las melodías y de repetir lo que escucho instantáneamente.

Guillermo Burgos, Jacques Luce, José Luis Lopetegui y Mike Rivas entre otros, arreglaron mis canciones para grabarlas, tomándose el trabajo de escucharme tocarlas y transcribiendo las melodías y los tonos, porque yo no podía ofrecerles la música escrita. Durante mi niñez, escuchaba la *Radio LT11* de Concepción del Uruguay, que era la emisora de moda y por las tardes soñaba con un programa *El rinconcito de los niños* que era conducido por una voz dulce e infantil que despertaba en mí fantasías de romance. Esa voz retumbaba en mis sueños. Estaba enamorado de esa niña. Finalmente me llevaron a la radio a tocar algo en el piano. Al entrar al estudio, mis expectativas se derrumbaron, porque esa voz, esa fresca y afectuosa voz, pertenecía a una señora muy mayor, que conducía el programa. Fue mi primer encuentro serio con la ficción.

Aún tengo en mi casa de Gualeguaychú el viejo piano vertical. Con él hice cantar tangos a mi madre, durante los años quietos de su prolongada vejez.

LOS CUENTOS DE CACHA DOELLO

María Adelina Doello estaba casada con el único hermano de mi madre. Era una mujer vivaracha y graciosa que sabía contar sucedidos y chistes como nadie en el mundo podía hacerlo. Escucharla era no sólo desternillarse de risa, sino también entender la cultura de nuestro pueblo.

Un paisano viejo que iba a dos leguas de la estancia hasta una aldea cercana a hacer trámites básicos y al regresar comentaba: ¡Por fin rumbo a la tranquilidad!...y la aldea tenía cuarenta habitantes.

Ella misma de joven, comprando en Gualeguaychú un género en la tienda, le faltaban unas monedas para el pago. El cajero le grita al dueño frente a toda la concurrencia: ¡A la señora no le alcanza el dinero!....

Contaba chistes y anécdotas de sus parientes, que vivían en una enorme casona y tenían la bañadera colgada con cadenas bajo el alero de la galería. Cuando venía el invierno la subían y la bajaban con los primeros calores.

Cuando *Cacha* era niña pasaba a visitar a aquellos viejos maravillosos y ellos le preguntaban: ¿Qué está haciendo tu madre? Se estaba por dar un baño, contestaba ella. La respuesta era desopilante: ¡Así anda también, así anda, bañándose en invierno! Aquellos criollos del siglo XIX se lavaban, pero bañarse bañarse, sólo en verano.

Contaba también de la fiebre septembrina,(vulgarismo que no existe en el idioma) que le daba a uno de sus parientes, obviamente cuando llegaba septiembre. Sus hermanas modistas lo veían entrar al taller de costura. Él agarraba el maniquí sin brazos, ni piernas, ni cabeza que se usaba en aquel entonces y se metía con él en su habitación. Pasaba allí varios días encerrado, al cabo de los cuales salía y, como si no hubiera pasado nada, depositaba nuevamente el maniquí en su sitio. Él no comentaba nada y nadie le preguntaba.

Estos hermanos desarrollaban, en el patio de la casona, algunas charlas increíbles y se reían horas y horas de sus propias ocurrencias. Una vez uno de ellos, recostado en una columna de hierro batido comentó: “Dicen que los hijos de primos hermanos salen *defetosos*. “¡Yo no sé que *defeto* tenemos nosotros…jajaja…” y al reírse mostraba su doble hilera de dientes que lo hacía parecer un tiburón.

El histrionismo que tenía la amada tía se me prendió un poco y sé que le debo esa actitud de juerguista y dicharrachero que siempre desplegué en las reuniones.

LA QUINTA DE MOLINARI

A las afueras del pueblo había una quinta de árboles frutales, con senderos interminables de mandarinos, durazneros, naranjos y ciruelos. Mi padre nos llevaba cuando llegaba la época de cada una de las frutas. Nada de *freezer*. Las frutas se comían en su temporada.

La visita era una fiesta. En un gran galpón se apilaban cajones con frutas deliciosas y perfumadas y la gente cargaba sus automóviles y camionetas con ese tesoro dulce. Se podía caminar entre los árboles y perderse en las líneas verdes. Todos los troncos tenían su franja blanca protectora de las hormigas. Ahí no había pesticidas ni agroquímicos feroces. Mil veces mi anciano padre me repitió la fórmula de la pasta blanca que alejaba los insectos. Tenía yeso y no sé qué otros productos, todos naturales. Nunca la pude retener.

Un hijo del dueño de la finca compartía conmigo el aula en la escuela. Cuando íbamos a jugar a su casa, nos atiborrábamos de duraznos y ciruelas. Mi madre siempre repetía sus sencillas y encantadoras comparaciones: “¡Qué durazno tan dulce, parece una sandía! o ¡Qué mandarina tan dulce, parece una naranja!...”

Solamente vuelvo a ver en Alemania o en Canadá esas quintas de árboles frutales. Los clientes toman una canasta a la entrada y recogen las frutas que les gustan. Pagan a la salida. Un niño me dijo una vez que los melones venían de la góndola del supermercado. No me da risa, me inspira una serena tristeza.

EL MAGNASCO

El museo de la ciudad, con enormes salones solitarios donde duermen muebles de caoba, cajas de música, lanzas y fusiles, uniformes y banderas.

El olor de los libros antiguos, el eco de los pasos sobre los pisos brillantes de mosaico. El Mercurio alado de bronce, preparado para levantar vuelo en el hueco de la gran escalera.

Los cuadros tapizando las paredes. Sonrisas de muchachas que pasean al sol, praderas con vacas, jarrones de gladiolos, torsos desnudos, lánguidos retratos de los años treinta…Las puertas dilatadas y sonoras, siempre con llave.

El salón de actos, con las sillas tapizadas de cuero, cercado por bibliotecas y bustos de bronce. El escenario al final con sus cortinas de color beige y su piano de cola.

En el piso alto, un monetario interminable, que hay que caminar como se camina una calle.

Periódicos encuadernados de páginas amarillentas, más salones, más pinturas, más sillones de cuero, más armas, más vitrinas con banderas, más puertas con llave. De pronto, irrumpen jóvenes con cuadernos en los brazos; se escuchan risas, palabras ilusionadas, hay persecuciones breves. Son los estudiantes de inglés, de francés, de encuadernación, de pintura.

Desde el salón de actos surgen voces desgarradoras que imploran; los actores ensayan.

Inexorablemente, el silencio vuelve a dominar el enorme palacio cuadrado. Los fantasmas ocupan sus lugares en las salas de espejos para recordar un Gualeguaychú que ya no existe, de casonas señoriales, coches de caballos y saladeros en el río.

Un niño camina sobre el reflejo de los pisos claros y mira fascinado los retratos de mujeres y hombres de riguroso luto, la figura de Osvaldo Magnasco sentado en el bronce frío, y se sienta él también en un rojo sillón victoriano, mientras todos a su alrededor hablan muy bajo, casi en secreto, como si temieran despertar a alguien.

El niño sueña con un universo prodigioso, alejado de la cotidianeidad, capaz de hacerlo volar sobre las burlas de sus compañeros y asegurarle que no es loco, que la belleza lo espera, que ser artista es posible.

El portal gigante de hierro y cristal lo ve partir. Dobla por la calle San Martín y regresa caminando a su casa. El niño se llama Enrique Daniel Fischer.

EL TEATRO ESTUDIANTIL

El teatro juvenil del *Colegio Nacional* de mi ciudad natal es el que me dio la posibilidad de representar los clásicos, con la pura intuición de un actor adolescente. Teatro para aprender, para liberarse, para expresarse, para crecer y dominar los miedos. Ahí tallan dos figuras fundamentales: *Peta* Hermelo y *Pelusa* Vasallo, dos profesoras de literatura que sabían que la forma literaria más impactante para un adolescente es el teatro, que contiene a todas las otras y que además lo desafía a desdoblarse para ser un personaje de ficción.

En ese tiempo actué en obras como *El anticuario*, *Becket o el honor de Dios*, *Las de Barranco*, *El hijo pródigo* y otras.

“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, no soy digno de que me llames tu hijo”, empezaba diciendo en *El hijo pródigo*, vestido con un traje de cueros de liebre del campo entrerriano. Imposible no recordar a *Mamita* Rivero, profesora de danzas, apasionada bailarina de zambas, artista profunda de la tierra. Con ella, bailé como negro candombero, como gaucho y como señorito colonial, en aquellas achicharradas fiestas de fin de curso, noviembre alto, cuando la primavera está a punto de entregar su cuerpo al verano.

Hay en mi página web una foto de Pipo niño, actuando en el *Magnasco* junto a otro niño, Huguito Angelini, representando el clásico de Dickens, exactamente, la niñez pordiosera de Mr Scrooge. Este carpintero ha pisado muchas tablas. ¡Que me van a hablar de amores!... ¡Ja,ja!

VOLGA-DEUTSCHE

Las fiestas de los alemanes del Volga eran una oportunidad de escuchar los conjuntos tradicionales y de ver bailar las danzas populares con los atuendos típicos. Esa música tan alegre me fascinaba en mi niñez y aprendí de oído las polkas y los valses que aún hoy toco y canto en alemán. Cuando voy a Alemania y se las canto a mis amigos que me miran entre sorprendidos y divertidos, porque esas canciones les suenan como a nosotros una grabación de Corsini. Una antigüedad.

Mi linaje está teñido de sangre del Volga. Mi abuela paterna era una de ellos y seguía las tradiciones. Pepinos en vinagreta, guardados en grandes barriles de madera con un lienzo en la boca para las moscas, lechón adobado, tortas de copete azucarado y… bajo el techo de la galería de mis abuelos, cuadros con grabados que representaban al zar de todas las Rusias y a su bella mujer inglesa. Uno de mis primeros amores imaginarios, fue una niña de familia austríaca, llamada Isabel, cuyos profundos ojos claros no podré olvidar jamás.

He seguido, durante toda mi vida, la ruta de los alemanes del Volga, esos nómades entrañables y me he ocupado de leer y aprender todo lo posible sobre sus azarosas vidas. He devorado el libro de Olga Weine, *El último puerto* y otros que cuentan la epopeya de esos alemanes “extrañados” de su tierra, por una idea de Catalina la grande.

El genocidio al que los condenó Stalin, las mentiras que les contaron los gobiernos de países lejanos, cuando les ofrecían asilo con facilidades que nunca eran verdaderas, la vida dura y precaria que vivieron durante siglos… nada más pensar que en Rusia fueron ubicados en lugares fronterizos para que hicieran de muro humano contra las hordas invasoras. Así como Mujica Láinez cuenta en *Misteriosa Buenos Aires* el susto que se pegó la anciana que fue agasajada sorpresivamente por toda su familia, porque creyó que entraba la mazorca a su casa, una vieja “volga-deutsche” emigrada a la Argentina, se horrorizó al ver llegar cabalgando a unos gauchos entrerrianos porque creyó que la invadían los tártaros.

Hay quien me dice que la tendencia a la depresión y al fatalismo me viene de esos seres tan castigados, sin tierra, víctimas de ultrajes y genocidios. Nunca volvieron a Alemania, sino era de paso, para embarcarse a América o a otros destinos lejanos. Su idioma atemporal los vuelve únicos. Hablan un alemán prehistórico y curioso que heredaron sus bisnietos. Mi amiga alemana Elizabeth Sauri Montalt quedó fascinada cuando viajó a Argentina y se sentó a charlar con ellos. Dice que sus palabras sonaban anacrónicas y raras.

Yo volveré a Alemania para quedarme junto a mi hija Carmela y seguramente terminaré allá mis días. El círculo se cerrará finalmente. Habrá sido una aventura de la sangre que duró trescientos años. Mis nietos serán alemanes y volverán a fundirse en la tierra de sus tatarabuelos. Curioso.

EL BARCO VIKINGO ENTERRADO

Desde niño escuché que en una chacra cercana a Gualeguaychú, en dirección al cementerio, alguien estaba haciendo un pozo profundo para almacenar agua y la mecha perforadora chocó contra un objeto muy duro que resistió y la rompió. Agrandaron el agujero para identificar el objeto enterrado y se encontraron con una figura de madera casi petrificada que luego fue identificada como el mascarón de proa de un barco antiguo. Era probablemente una nave que se había aventurado por el río Uruguay durante la Edad Media, mucho antes del descubrimiento de América.

El río estaba crecido y había ocupado la totalidad de su cauce. Los navegantes primitivos no podían saber que avanzaban sobre una masa de agua dilatada y no sobre el río verdadero. Es posible que el barco quedara varado cuando el agua se retiró.

La fantasía que rodeaba el descubrimiento pronto se agrandó hasta transformarse en leyenda. Decían que el gobierno de Noruega había sido notificado del hallazgo y que no se había puesto de acuerdo con el gobierno argentino para costear la recuperación del enorme casco, obra que costaba una fortuna. También escuché que había que dejarlo allí porque si lo sacaban en poco tiempo se desintegraría. La versión más fascinante para mí es la que dice que los descubridores habían vuelto a tapar el pozo para no tener problemas y que con los años se fueron muriendo y ya nadie podía identificar el lugar exacto del yacimiento.

El pequeño Enriquito, dejaba volar su fantasía a mil, porque tener un barco vikingo enterrado en el pueblo no era algo muy corriente. Llegué a ponerle nombre al capitán, le inventé una historia heroica y terminé dominado por el espíritu de las aventuras de Julio Verne, uno de mis autores preferidos.

Mi imaginación de niño desenterró el barco y lo lanzó a la mar, movido por vientos desaforados y tripulado por marineros de pelo blanco y ojos azules.

LA ESCONDIDA

En la chacra *La Escondida* de mi madre había un enorme baúl lleno de ropa de teatro que una compañía en gira había dejado misteriosamente en la casa muchos años atrás.

Con esos trajes nos disfrazábamos y jugábamos a ser artistas. El escenario de esa chacra, sus árboles gigantes, el arroyo cercano, la riqueza y variedad de su huerta, las vacas lecheras y los caballos… son la escenografía viva de mi infancia y la sal de mi vida adulta. Aún percibo el olor a las tortas fritas que hacía Delfina, la empleada de mi tía María Felisa. Aún perfuma mi mente el puchero familiar exaltado con albahaca fresca. Por la mañana nos servían “candeal” que consistía en un vaso de leche tibia mezclado con un huevo crudo y azúcar; a veces creo que también llevaba un chorrito de jerez… pero eso no lo puedo asegurar.

Cerca de la casa, un enorme galpón atesoraba granos de maíz en una cantidad desaforada; un mar amarillo. Nos tirábamos desde un entrepiso para saltar y enterrarnos hasta la cintura en esas arenas movedizas. Mi hermano Mario, menor que nosotros, quiso imitarnos y se quebró un brazo, justo en la época en que copiosas lluvias habían cortado el camino. Recuerdo a mi padre, llevándolo por los “esteros” que rodeaban la casa, montado a caballo, camino del hospital.

He regresado a esa casa y a ese parque, sesenta años después y los espacios que entonces se me hacían gigantes me han parecido pequeños y sin atractivo. Una galería que daba al sur, sombreada en los veranos, que para mí era una *loggia* renacentista, un largo claustro cisterciense, ahora me resultaba un acotado espacio de pocos metros, una mínima galería que daba a las arboledas.

Recuerdo que los niños teníamos prohibido salir en la hora de la siesta. Nos quedábamos en las habitaciones, por temor a la *Solapa*, indefinida aparición que rondaba por el parque y se llevaba a los chicos que se atrevían a desafiar la orden de encierro. Ese personaje, emparentado con el *Hombre de Arena* de Hoffmann, el *Yaciyateré* paraguayo o el *Krampus* de la Baviera, se configuró en una de las primeras experiencias literarias fuertes de mi vida. El miedo literario marca a fuego a los niños.

Recuerdo a los peones que trabajaban en la chacra. La mayoría provenían de las colonias ruso-alemanas. Su intrincada pronunciación se había configurado con el alemán materno y el trabajoso aprendizaje del castellano en la adolescencia, cuando había que salir al mundo. Decían “ujeru” en lugar de agujero o “recurpete” en lugar de repercute, lo que provocaba risas entre los niños.

La voluptuosa Gina Lollobrígida había sido invitada a visitar Argentina y Perón la recibió como la estrella que era. Sus enormes pechos despertaron la imaginación de la gente y, una vaca lechera de *La Escondida*, fue bautizada *Gina* en homenaje a la bella italiana.

Dudo al contar esta experiencia de mi niñez porque puede ser vista como un acto asqueroso para algunos, pero en realidad era una práctica elemental e ingenua: cuando ordeñaban las vacas, los niños nos prendíamos directamente a la teta y bebíamos a la par que los terneros. Un simple enjuague con jabón blanco y a continuación empezaba nuestra fiesta láctea.

Aquí están insertas las abuelas con letras de oro. Mi abuela materna, una señora de fuerte carácter y corazón palpitante, me decía cosas memorables como: “Enriquito, ¿para qué te haces el loquito si no lo sos?” Ella y su suegra, mi bisabuela Anacleta Carro, vivían juntas en una casona vieja de esquina en Gualeguaychú, pero los veranos se trasladaban a la chacra. Anacleta ya era viejísima cuando yo era niño y vivió más de cien años. Había nacido allá por mil ochocientos setenta o tal vez antes. Decía palabras antiguas que me deslumbraban. “Gurises no hagan bulla; ¿estaré caducando Dios mío?”; “A fulanita le dio la fiebre setembrina”; “Me hice un vestido de sarasa”.

El pequeño jazmín fragante, enredado de los patios, era “Jazmín del pai” para ella. Yo la corregía, porque sabía perfectamente que se llamaba Jazmín del país. Años después asumí mi error. *Pai* es Dios en guaraní. La vieja palabra india daba legítimo nombre al “Jazmín de Dios”.

Mi bisabuela Anacleta se ponía en las sienes unas hojas frescas de alguna planta que le aliviaban el dolor de cabeza y parecía un emperador romano con esas hojas verdes rodeándole la frente. Cebaba mate todo el día y cuando la muerte la llamó, pasó varios días de delirio en el sanatorio. Yo volvía de la escuela y me sentaba un rato a su lado para escucharla hablar sola. Llamaba a los peones, hablaba con su padre, nombraba monedas y objetos que ya no existían en la mitad del siglo veinte. La habitación de su casa era austera. Tenía una cama de madera oscura, un ropero igual con muy pocas cosas, un arcón con prendas que tal vez fueron de su padre, cuchillos, rastras, ponchos y una mesa de luz sin lámpara.

Por ahí escondida, una media de lana tejida, llena de libras esterlinas de oro, que heredó de su padre, un estanciero argentino-uruguayo, cuya heredad estaba atravesada por el río Uruguay. Cuando la fundaron, el Uruguay era sólo un río y no la frontera natural entre dos países como es hoy.

Me dice mi hermano Mario, que es estudioso de la historia entrerriana, que ese oro lo ganaba mi tatarabuelo peleando en el Uruguay. En casa de mi tía, había una insignia blanca de seda que decía “Libertad o muerte”, una punta de lanza y unos estribos de metal. Queda claro que mi antepasado era de los “blancos”, enemigo acérrimo de los “colorados”. La historia es una contienda interminable entre antagonistas.

Anacleta Carro de Larrama, apagaba la luz de la araña pequeña que pendía del techo y se dormía tranquilamente hasta el amanecer. No recuerdo que jamás hubiera hablado de ningún problema emocional. Sin embargo, la peste había matado en una semana a su marido y a dos de sus hijos. Sólo le quedó mi abuelo Jesús y su rosario. Terminó su vida en la misma paz en que la vivió. Con acontecimientos así en su vida, una mujer o un hombre de hoy, tendrían que tomar ansiolíticos y antidepresivos durante años.

EL ACORDEÓN

Quisiera hablar ahora del acordeón *Cirila* que mi padre consiguió en una venta de galpón en el campo y que aprendí a tocar sin maestro alguno, para sellar mi destino. En el estuche decía “Cirilo”. Yo le conservé ese nombre, pero lo hice femenino. De mi acordeón debo decir que fue para mí el instrumento musical más trascendente de mi vida. Este instrumento tiene género indefinido. En el campo le decían *acordiona*. Llegue a tener una treintena de acordeones. Algunas pintadas con pintura de uñas de las chicas que frecuentaba, otras con piedras brillantes pegadas, todas me ayudaron a fascinar niños y me configuraron como un trovador. El uso del acordeón me dejó dos perjuicios solamente: una ligera desafinación al cantar, producto de la imitación que el oído fue haciendo del sonido impreciso que producen las lengüetas de metal con el aire, diferentes apenas al abrir y cerrar el fuelle y un hombro definitivamente más bajo que el otro, luego de cuarenta o cincuenta años de cargar con el peso del instrumento y manipular el teclado con el brazo en posición forzada. La desafinación la corregí perfectamente porque ya no toco más el acordeón y el oído corrigió su error. La artrosis en el hombro y la leve inclinación me acompañarán el resto de mi vida. Si tuviera que volver a elegir tocar o no el acordeón, elegiría tocar, hombro mediante.

Mi padre castigó sus bronquios con la tierra que levantaban los novillos al entrar en los corrales para el remate. Pagó en su vejez el duro precio de su profesión de martillero público. Siempre estaba afónico y en los inviernos una tos de perro lo fatigaba. Justo es que yo, abone también mi cuota de daño profesional, luego de una carrera tan larga y fecunda como la que tuve. Sólo el no hacer nada durante toda la vida te garantiza que no tendrás daños colaterales. ¡Ja,ja!...

LOS TITERES DE GARAGE

En la niñez daba funciones de títeres en el garaje de mi casa en Gualeguaychú. Me acompañaba a veces mi prima Raquel, entonces una niña rubia y tímida, de rubor fácil que compartía conmigo la pasión por el teatro de muñecos y hoy es una doctora en filosofía, de la cual recibo enseñanzas fundamentales para tratar de entender complejos aspectos de la cultura.

Mi padre había mandado hacer la titiritera de madera, tal vez a mi tío Carlos que era carpintero. Ese garaje, con algunos cambios, está todavía en mi casa familiar de Gualeguaychú.

Mi titiritera se llamaba “Los Títeres de Don Chanchín” y yo la había decorado con un gracioso chancho vestido con camisa y moño. Los fines de semana el “teatro” abría sus puertas, mi padre sacaba la *Mercury* y los niños, sentados en el suelo, consumían nuestros divertidos divagues artísticos. Hay quién dice recordar que cobrábamos la entrada. No puedo asegurarlo. ¡Jaja!...

También tocaba el acordeón en los patios de las escuelas rurales y esbozaba mi vocación para los niños, la cual ha signado mi vida. Era un niño que gustaba de actuar para los otros niños.

En esta memoria de títeres de mi infancia, debo agregar la presencia de Mané Bernardo y Sarah Bianchi que acudían bastante seguido a presentar sus títeres. Me parece recordar los títeres de Podreca y otros espectáculos que mayormente venían de Buenos Aires. Una marioneta maravillosa representando a un negrito de boca enorme y colorada con camisa a motas y pantalón de color estridente decía con gracia insuperable:

*Yo soy un negro maraquero*

*y quisiera ser un caballero*

*pero si para ser un caballero*

*tengo que dejar de ser*

*un negro maraquero,*

*no quiero, no quiero*.

Es increíble cómo puede conmover a un niño, una simple escena de muñecos, hasta conseguir que sesenta años después, siga recordando parte de los parlamentos que escuchó solo una vez:

*¡Majestad, Majestad, los aldeanos fuerzan la puerta mayor!...*

Sólo esas palabras quedaron en mi memoria y en la memoria de mis hermanos. Ya no sabemos en qué obra se dijo. Creo que era *El soldadito de plomo*.

Hacíamos los muñecos nosotros mismos con un mate. Empezábamos con una molienda de papeles de diario viejos, los cuales eran mezclados con engrudo. Fabricábamos una pasta. Embadurnábamos los mates y les dábamos forma a nuestros príncipes, diablos y brujas. Los dejábamos secar y luego los pintábamos. No le poníamos ningún producto químico para preservar la pasta; por eso algunas veces, a nuestros títeres les florecían en la frente tumores verdosos, hongos que crecían en la harina fermentada.

Hacerles la ropa era un trabajo maravilloso. Siempre había retazos porque en todas las casas se cosía. Enfrente, una familia de apellido “De Zan”, integrada por un varón y varias mujeres, tenía un verdadero taller familiar de costura. Allí acudía y volvía con tafetas, rasos brillantes, brines, algodones coloridos y todo tipo de trapos para vestir a mis muñecos. Las costuras parecían caminos de hormigas borrachas, pero la cosa funcionaba. ¿Dónde estará mi valija de cartón marrón llena de muñecos y textos escritos a mano en hojas arrancadas de los cuadernos? Las manos del tiempo sólo mueven títeres imaginados, reinventados por el deseo profundo de mantener viva una edad mágica donde los diablos, las princesas y los monos dormían todos juntos, cabeza con cabeza ajustados dentro de un espacio no contaminado por la razón.

LA CRECIENTE

En los inviernos de niebla ingrávida, luego de las lluvias interminables, o tal vez en las primaveras nacientes, el río enloquecía y se escapaba de su enorme caja y expandía sus brazos helados y sucios. Por el cincuenta y tres o cincuenta y cuatro, la creciente llegó casi hasta mi casa en el centro de la ciudad. Eso significa que el río se puso a caminar pueblo adentro unas veinte cuadras, llevando su basura vegetal y los restos flotantes de su destrucción. Los islotes de vegetación desatada, acarreaban yararás y alguna vez un gato montés de oro y barro, asustado e indefenso aferrado con sus uñas a un tronco.

El agua surgía de la tierra y transformaba los patios entrerrianos en exóticos patios árabes con sus estanques rasantes.

Gualeguaychú era Venecia. No podíamos salir a la calle, no podíamos ir al colegio y los garajes y cuartos de los fondos de las casas se abrían para acoger familias de “inundados”, que se instalaban precariamente y recibían de los residentes del centro la comida y el abrigo para sobrevivir.

La creciente era tan vehemente como un huracán, no dejaba lugar para otro tema y ocupaba todos los espacios de la vida. No había clases, no había visitas a los primos, no había nada, más que escuchar la radio para enterarse de los últimos estragos que el monstruo perpetraba en la región.

Recuerdo la gente en bote por las calles de la ciudad y como extraño, morboso y macabro toque, los cajones de los niños muertos en las islas, pendiendo de los árboles como frutas funestas, protegidos del agua, en la eternidad de las ramas que ascendían.

Al retirarse, las aguas dejaban el paisaje a la miseria, como si hubieran jugado mil niños revoltosos y mal educados. Comenzaba entonces el arduo trabajo de la limpieza y la reconstrucción. La vida, perdía algo de magia porque se retiraban los jinetes del Apocalipsis y sus trompetas se silenciaban.

LAS BURLAS

Mis compañeros de colegio se burlaban de mí. Era difícil aceptar un chico tan distinto a ellos, que tocaba el piano, que leía mucho y no jugaba al fútbol ni realizaba actividades consideradas varoniles en aquellos tiempos.

Esas burlas cubrían un amplio espectro: podían consistir simplemente en gritarme “mariquita” cuando pasaba cerca de un grupo, con una voz aflautada que no se podía identificar, o en agredirme físicamente.

Era flaquito y pecoso y mi fuerte no eran justamente las artes de la guerra. A un vecino, compañero de juegos, le propiné una trompada en la cara y recibí una devolución similar. Eran tiempos duros. Yo sufría mucho y lloraba amargamente mi incapacidad de adaptarme. Ir a gimnasia era un verdadero tormento, porque allí no tenía defensa alguna, frente a un grupo de niños llenos de energía para descargar, que se ensañaban con un chico que no era capaz de pegar un buen puntapié a la pelota o atajarla en un arco.

Hoy he perdonado a esos niños y muchos son mis amigos; viendo la agresión que despliegan en las escuelas los niños argentinos y españoles que son los que más conozco y observo y la crueldad con que se maltratan entre ellos, tengo claro que mis torturadores de entonces eran benignos.

A mi nieta española Guillermina la atormentan porque es extravertida, talentosa, toca el piano y se la vislumbra muy diferente a las otras niñas y niños.

Le dicen “la argentina” a pesar de que no tiene acento al hablar y es más manchega que las migas.

Transcribo unas frases que publica *Clarín*, el día 12 de noviembre de 2012 en la página 4: “En Mendoza una nena de 13 años fue golpeada por sus compañeros por ser gorda. Un nene se suicidó en Temperley porque, según su abuelo, no soportó que se burlaran de él en la escuela. Otro chico, de ocho años, se niega a ir al colegio: si no lo cargan por pobre, lo hacen por traga….”

LA TÍA CARMELITA DESCALZA

Mi madre tenía una prima que era carmelita. Esa carmelita tenía a su vez un hermano que era obispo. Toda una familia de santos.

Ir a verla era una experiencia porque había que charlar a través de una reja y las mujeres (eran tres o cuatro) permanecían con la cara cubierta por un espeso velo negro. Recuerdo que una vez le pregunté a mi tía por qué no podía verle el rostro y ella me contestó que sólo el obispo permitiría la contravención de la ley mon, los mitos de que ellasostro de o vida en el retiro de un pequeño espacio vital, me fascinaba.vida con pequeñas variaciones perástica. Allá fue Pipo a pedir permiso al obispo, porque quería saber si la cara de la carmelita tenía los rasgos familiares de los Rossi, la familia materna. Finalmente pude ver el rostro de ella y de las otras monjas. Con el tiempo, ya adolescente, las visité con el acordeón en mano y les canté villancicos en época de navidad.

No era fácil conservar reglas cuando estaba yo de por medio. La clausura, los mitos de que cavaban todos los días su propia fosa, la calavera en la mesa de luz (se decía que la tenían) el jergón de paja, las “maitines” a la madrugada y esa inconcebible vida en el retiro de un pequeño espacio pequeño, me fascinaba. Aún tengo un smoking con el galón labrado del pantalón hecho a mano por las carmelitas.

Mi madre tuvo en su corpiño un escapulario de la Virgen del Carmen que su prima le había regalado y que la acompañó en su muerte. Ya no queda ninguna de aquellas monjitas de mi infancia. Yo conservo la emoción medioeval de entrar a ese lugar donde en lugar de buen día había que decir: ¡Ave María purísima!... frente a un torno hermético desde donde una voz contestaba: ¡Sin pecado concebida!...

Luego el destino me acercó a la madre Maravillas Pidal, española y carmelita también y su vida estuvo ligada a momentos de mi vida personal, a pesar de que no la conocí. Seguí sus pasos y le agradecí un posible milagro con una sevillana que dice:”María Maravillas de la Aldehuela, pone cuatro garbanzos en su cazuela…” Juan Pablo II la canonizó hace pocos años.

LAS CASONAS DE LOS TIOS VIEJOS DE MAMÁ

Había varias casonas inmensas que podíamos transitar libremente y pertenecían a blancos ancianos mansos y sonrientes. Una estaba a media cuadra de casa y era la de María Bertoni. Esta dama, pertenecia a la familia de mi abuela. La casa tenía la entrada principal por la calle San Martín y una caballeriza que daba a una calle lateral. Se entraba por un zaguán, se caminaba hasta la cancel y allí esperaba un raro salón de mamparas de vidrio que miraba al enorme patio. Era como un templete luminoso, un atrio romano que jamás usaba nadie, con sillones altos de tapizado oscuro y almohadones en el suelo, posiblemente al gusto *deco* primitivo.

Las habitaciones se sucedían oscuras y misteriosas con vírgenes y santos de servida estatura que tenían velas encendidas, como en una iglesia. Al fondo una cocina alegre y una huerta dilatada y generosa, donde vivía una tortuga de tierra, de esas que tienen dibujos geométricos en el caparazón. Mis tíos la llamaban y ella venía como un perro, seguramente con la ilusión de comer.

En esa casa de puertas altísimas, vivía una muchacha que permanecía oculta a los ojos de la gente y que solamente podíamos tratar en la intimidad. No era completamente normal; recuerdo que hablaba con dificultad y se comportaba caprichosamente como una niña malcriada. No tenía el síndrome de Down, que luego yo estudiaría tanto, ni creo que fuera autista. Su nombre era Clotilde y la llamábamos *Clota*.

Estaba también la casona de tío Federico Rossi, frente al escritorio de mi padre en la calle 25 de mayo. Ahí la visita se premiaba con golosinas que había en enormes frascos.

Adentro la luz escaseaba y desde mi mirada de hoy, el ambiente era estrictamente victoriano, con las ventanas cerradas y las cortinas pesadas que obligaban a encender la luz en pleno mediodía.

Qué extraña concepción de la vida, los llevaba a considerar la casa un oscuro refugio, un celoso espacio lleno de objetos consagrados que apenas tocaban y que no usaban jamás. Los ajuares de casamiento permanecían amarillándose en los roperos, las vajillas de porcelana europea estaban allí, junto a los costosos cubiertos que jamás pincharon ni cortaron nada. Casi todas esas casas tenían loros o bichos vivos de alguna especie.

Frente de la escuela, estaba otra vieja residencia, esta vez de Juan Rossi, “un santo varón” (así se los llamaba antes) y de tía Fermina.

Ese refugio era más funcional para nosotros, porque a la salida de la escuela tocábamos timbre y entrábamos a comer algo. Galletitas ricas de lata, tortas, panes endulzados, siempre salíamos de la casa del “tío” Juan masticando algo.

Extraño designio el de esa familia. La hija, carmelita descalza, se fue a los 15 años y nunca más regresó. El hijo, primero cura, luego obispo y finalmente arzobispo de Corrientes, también salió de la casa siguiendo su vocación y Juancito, el único que no abrazó los hábitos, quedó soltero y encerrado en sí mismo el resto de su vida, entregado a la oración y a la vida piadosa.

Todavía quedaba un hijo, Abelardo, que fue abogado insigne y se destacó en el ámbito de la justicia, también soltero.

Nunca un niño alegró a esos viejos, cuya vida terminó sin que alguien les rompiera una porcelana o les rayara los pisos encerados del salón.

La casa de los Moroto era la más sensacional y el privilegio de visitarla dependía de las invitaciones que recibía mi madre. No era de libre acceso.

Tocábamos la puerta y éramos recibidos por una de las mujeres que la habitaban. Luego de los besos y los comentarios de rigor, pasábamos a un enorme dormitorio donde en una cama oscura e imponente, reposaba una bella mujer no demasiado vieja, con su camisón de encaje y su pelo compuesto con broches invisibles. El cuarto olía a agua de rosas y a jabón perfumado. Nos invitaban a sentarnos en sillas cercanas al lecho y allí se desarrollaba la conversación y se tomaba algo.

Esa señora en la cama era fascinante para mí. No estaba enferma de nada; mejor dicho estaba enferma de una rara obsesión que le impedía levantarse y enfrentar la vida.

Se había acostado una noche, al regresar de una fiesta y nunca más se levantó. Creo recordar que mamá me contaba que eso le pasó a los 15 años. Oí decir también que soportó una desilusión romántica que la anuló. Sea como fuera, la “bella durmiente” moraba en la cama. Si la forzaban a levantarse, caminaba unos pasos y se desmayaba.

Un día se resignaron a dejarla en reposo eterno. Así vivió el resto de su vida y así murió muy vieja.

No puedo precisar el impacto literario que tenía sobre mí ese personaje tan estrambótico. Su sonrisa enigmática, los temas ligeros y cambiantes que tocaba, la fragilidad de su atención que se desvanecía sin razón alguna, me dejaban perplejo. De pronto se ausentaba y cerraba los ojos como para apagar la luz del mundo. Luego regresaba con su sonrisa de muñeca y volvía a entrar en la trama de la charla.

Las visitas no se prolongaban. Mamá se retiraba tempranamente porque la señora podía estar cansada y no quería importunar. Cuando regresábamos a casa, yo trataba de descifrar el misterio: ¿Por qué estaba cansada si no hacía nada y se la pasaba en la cama? ¡Ja, ja!...

Para Mebia y María del Carmen Rossi reservo las últimas frases de este recuerdo de infancia. Estas hermanas, bellas, cultas, artistas, elegantes, fueron musas que despertaron mi corazón a la creatividad y llenaron de locura y color mi infancia y adolescencia. Ambas tenían grandes casas, ambas tocaban música y cantaban óperas. En *El Saladero*, donde vivía al principio Mebia, yo escuché la desgarrada y perfecta aria de Dalila, que todavía hoy resuena en mis oídos con sus raras armonías modernistas.

Viajeras incansables, en sus casas había recuerdos de Europa, muebles valiosos, instrumentos musicales y objetos variados que me atraían.

*El Saladero* es la última residencia que cerrará el capítulo presente.

Era un caserón de puro estilo español, (tal y como concebimos el estilo español los argentinos, es decir, andaluz) con azulejos traídos de España, cacharros y mantillas por todos lados, bargueños de mil cajones, rejas en las ventanas, matorrales de jazmines en el jardín, fuentecitas de fresco arrullo y puertas de cuarterón.

Todo ese prodigio bañaba sus pies en el río que estaba a metros de la casa. Muy cerca también, el verdadero saladero, origen de la fortuna de la familia, legendaria industria del siglo diecinueve que prosperaba, cuando Gualeguaychú era un poco más que una aldea provinciana.

Mebia se cansó de las inundaciones que ingresaban en la casa y la obligaban a levantar muebles y arruinaban objetos preciosos que no tenían reemplazo. Se hizo construir otra en la ciudad y finalmente, la pequeña “Casa de Pilatos” entrerriana, fue abandonada.

Visitarla hoy, es apenas visitar una sombra desvanecida.

El caserón que sigue no está incluido porque sólo es una construcción antigua que nunca habité, un fantasma fascinante, que jamás pudo asustarme.

EL CASERÓN DE LAPALMA

El Caserón de Lapalma es una construcción del primer cuarto del siglo diecinueve con arcos que protegen una galería y una planta noble con azotea. Hoy es un museo y se lo puede visitar. En tiempos de mi infancia estaba abandonado, ensombrecido con maleza salvaje que lo rodeaba de un manto impenetrable y hostil. La puerta de hierro forjado había sido sellada por las raíces que el tiempo había tejido y solo los niños valientes se atrevían a violentar el rústico jardín y me parece que ninguno se metía en la casa.

La leyenda urbana contaba que arriba vivía una bruja que no se cortaba el pelo ni las uñas. Jamás bajaba y alguien le dejaba la comida en la escalera.

Cuando la pandilla tomaba la decisión de aventurarse hasta el caserón, había que caminar un rato muy largo, porque estaba lejos del centro protector y conocido. Al final de un callejón de tierra se levantaba la fantasmal azotea. Gigantescos árboles la rodeaban y relámpagos siniestros alumbraban el cielo…¡Ja, ja!....

La aventura terminaba de diversas maneras; nos toreaba un perro, nos pinchábamos o lastimábamos con los filos de la maleza o huíamos despavoridos si escuchábamos una voz femenina. Muchos años después, el gentil director del museo me contó que, en efecto en esa casa había vivido en el siglo diecinueve una niña de antigua familia que sufrió una desilusión amorosa y se quedó enclaustrada el resto de su vida. Ese era el origen de la leyenda urbana.

En esa casa pasó también su infancia el poeta Olegario Víctor Andrade, nuestro máximo vate, aquel que escribió: *todo está como era entonces, la casa, la calle, el río, los árboles con sus hojas y las ramas con sus nidos…*

Si van a Gualeguaychú no dejen de visitarla, porque es un bello lugar, ungido de la historia entrañable de nuestra tierra montielera.

EL CORO DEL PADRE FIOROTTO

Mi madre cantaba en un coro parroquial. Una vez a la semana, mujeres y hombres del centro del pueblo se reunían para practicar.

El cura daba las notas con el piano y una vez entonado el grupo, la música sonaba *a capella*. Fue un coro maravilloso. Los panaderos, los médicos, los libreros y los abogados, por nombrar algunas profesiones, dejaban a un lado sus tareas y se sumergían en las profundas aguas de la armonía. Sonaban como profesionales. Los invitaban constantemente a otras ciudades y ganaban competencias interprovinciales.

Cantaban esa música sagrada de la Argentina perdida, esa música que fue escrita para ser inmortal y no pudo superar la imbecilidad de los años ochenta para emprender un viaje sin retorno hacia el olvido. No pasó sólo en Argentina. Brasil llora por sus músico olvidados, Paraguay también… y Venezuela y Ecuador….es una lista interminable.

Me refiero a los tristes de Alberto Williams, a las canciones camperas del genial Alberto Ginastera, a las danzas de Felipe Boero… a las vidalas, a los pericones y a toda la riquísima joyería sonora de mi patria.

Puedo cantar todavía de memoria la *Canción del carretero, La media caña* y junto con ellas, se entrecruzan los sonidos imponentes de *Oh rostro ensangrentado*, el *Aleluya* y las pícaras canciones italianas antiguas como la que obliga al coro a dividirse en dos grupos para jugar al eco. Esa vieja canción inspiró mi *Canción del eco* veinte años después. También tuve protagonismo en ese coro porque alguna vez mi vocecita blanca y afinada de niño tuvo espacio para lucirse como solista.

*Campana fiel,*

*tu dulce son*

*evoca en mí*

*fugaz visión*…

Así empezaba una de las obras que canté con el gran coro de adultos. Veo aún a mi bella madre, con enormes rodetes postizos de pelo negro, a la usanza de la época, con la partitura en la mano, entonando avemarías, junto a otras mujeres, madres de mis compañeros de escuela y pienso en las ciudades habitadas, donde todos se conocían, donde las actividades se planeaban y elegían en agradable vecindad.

No era solamente un coro el que había creado el padre Fiorotto; era una manera posible y afectuosa de convivir, un viaje semanal hacia la belleza grande que surge de las partituras de los genios y levanta la moral social y dignifica a la gente sencilla.

Se accedía al coro aprendiendo las obras, teniendo la capacidad de afinar, sostenido por una buena voz. Era un acceso genuino, verdadero y estable. La gente crecía y se desarrollaba en el coro polifónico. No veo en la actualidad emprendimientos tan nobles y de tanta proyección social como eran esos coros de mi niñez.

No escucho la música de mi tierra, escrita por los grandes músicos de mi tierra. Se ha cortado una cadena de acero que debió enhebrarse eternamente. El cocoliche de moda, la precariedad que vende y nivela para abajo ocupa casi todos los espacios.

Digo casi todos porque algunas veces recibo sorpresas, como la puesta de la ópera El matrero con *reggie* de mi querido amigo Carlos Palacios en el Teatro Nacional Cervantes o la audición de las obras de los buenos autores noveles argentinos. Entre palo y palo, el lomo descansa.

BARILOCHE

Tendría tal vez diez años cuando un grupo de la Acción Católica me invitó a hacer un paseo a Bariloche. Pensar en un viaje así era casi un equivalente a ir al Polo Norte. Tal vez veinte o treinta horas de autobús, para cruzar Argentina en bandolera desde el noroeste hasta el sureste. No sé bien cómo me entusiasmé y un buen día me encontré despidiéndome de todos, camino a la montaña. Llevé un cuaderno para escribir mis impresiones. Aún lo conservo y me emociona ese niño inseguro y asustado que extrañaba su hogar y no podía disfrutar de los lagos y la vida campestre.

La bella Bariloche fue para mí un lugar de tortura; el lago me parecía helado y las noches bajo la luna me daban miedo. Aprendí algunas canciones de mochileros que aún recuerdo y sellé amistades que todavía perduran.

*A paso lento va la caravana, por el camino del alto peñón, carretas viejas ya desvencijadas, que con los ejes cantan su canción…*

Y otra que me encantaba y hoy me suena a canción fascista de la guerra que aún estaba cercana: *hasta el monte, hasta el monte treparemos, plantaremos, plantaremos una bandera….*¡Jaja!...

Bariloche para mí es el cerro Otto, una mañana helada de primavera, cubierto de un manto de nieve y es…un paquete de galletitas dulces untadas con paté de foie que devoré con fruición. Siento un recelo cuando mi nieta se va de campamento en España; me pasa con ella y con todos los niños amados de mi vida. Una cosa es el entusiasmo del proyecto, la alegría de partir y otra muy distinta es la toma de conciencia de la lejanía del nido. Los niños pueden gozar y sufrir mucho; cada niño es un ser único e irrepetible. Hay que conocerlo muy bien y evaluar el viaje antes.

Si bien una excursión es una oportunidad de crecimiento, a veces puede volverse sensación de abandono y añoranza.

Cuando camino por los pueblos de la Baviera como Mittenwald que tanto disfruto, me acuerdo de la Bariloche de finales de los cincuenta, tan europea, con su olor a chocolate mezclado con perfume de lavanda.

LA RADIO

Mis artistas estaban en la radio. Eran *Tarzán* y *Tarzanito* que invitaban a tomar *Toddy*; *Vitrolita*, la cantante infantil (madre de Candela, mi querida amiga que escribió la *Canción del Sapo Pepe* muchos años después y me invitó a la calle Corrientes al que fue, sin saberlo, mi último show teatral para los niños); los titiriteros como Ariel Bufano o Javier Villafañe que llegaron a mi pueblo muchas veces. También Roberto Aulés, un insigne actor que llenó horas maravillosas de buen teatro infantil.

Hay una anécdota que cuenta que un paisanito vio por vez primera la televisión. Cuando los compañeros le preguntaron que le había parecido, contestó: me gusta porque yo cierro los ojos y me parece que es la radio. La radio fue en mi niñez, el cielo y el infierno. El cielo porque me dejaba en los oídos los sonidos del mundo que no conocía y me permitía soñarlo en el espacio blanco que está entre los oídos y el pensamiento.

Era el infierno porque cuando a la noche la escuchaba, en un parlante que mi padre había puesto en el cuarto de los niños, me invadía una enorme melancolía, especialmente los domingos. Al otro día había que volver a la escuela y la escuela era un lugar conflictivo para mí.

Mi madre no quería quedarse en el campo cuando empezaba a anochecer; le traía tristeza. Tal vez recordaba crepúsculos de su lejana infancia, que había transcurrido en una estancia en Perdices, Entre Ríos. A mí no me gusta escuchar la radio de noche y menos si estoy solo. La radio es el reino secreto de la voz, el lugar donde los sonidos se transforman en imágenes fascinantes. Tengo un querido amigo Martin Wullich, cuya voz radial siempre me ha fascinado; su timbre incomparable convoca las vidas imaginarias que todos ansiamos vivir.

Los primitivos discos de pasta con cuentos de hadas, eran el máximo entretenimiento. Podíamos ver los ratones, los gatos de la cocina de la cenicienta, el príncipe galopando en su brioso corcel. Hoy los niños pueden ver todo, pero me parece que ven algo menos que lo que veíamos nosotros. En los días de invierno los escuchábamos en el “combinado” de radio y tocadiscos, y aprendíamos de memoria cada cuento de hadas.

EL FABULOSO JARDÍN DE MARÍA MINDEGUÍA

María era hermana de papá y vivía a pocas cuadras de mi casa. Visitarla era una experiencia maravillosa porque poseía un extraño jardín semiacuático que no tenía igual. No sé cómo se llama el arte de mezclar plantas vivas. Eso quiere decir, horadar el tronco de un naranjo, ponerle tierra en el hueco y plantar allí unas cretonas. En otro agujero del mismo tronco helechos culandrillos. Tarritos pintados, sostenidos con alambres, ramas secas cubiertas de musgo atadas por aquí y por allá, maceteros de formas diversas, botellas cortadas, completaban ese jardín botánico variopinto como la selva de Borneo.

María construía verdaderas torres de plantas diversas, todas conectadas entre sí. No puedo decir que eran injertos. Los injertos viven de la sabia del árbol donante. En algunos casos puede ser que lo fueran, pero mayormente los troncos servían de extraños maceteros para una vegetación florida y fragante.

A este extraño prodigio le debemos agregar un sinnúmero de ojos de agua rodeados de caracoles y conchas extraídas del río. Nosotros las llamábamos cucharas del agua.

En esos estanques vivían variados peces de colores, algunos pequeños y brillantes como de oro anaranjado y otros más voluminosos con largas colas. Nadando parecían extraños pájaros de plumas largas que se movían en cámara lenta.

En ocasiones había teros guachos, levantados en los nidales del campo que se criaban con las alas cortadas. Su andar acompasado y mecánico era parecido al que hoy les otorgan a los dinosaurios en las películas.

Obtener un huevo de esos teros, ya era algo superior. Los pinchábamos cuidadosamente con una aguja y los vaciábamos soplando de un lado. Jamás supe para qué, pero los conservábamos como tesoros. Eran manchados y pequeños.

En el jardín había sapos vivos y sapos de barro cocido, enanos de cerámica que representaban raros adefesios y enanitos trabajadores.

Tal vez había gnomos y hadas; seguramente mariposas de alas de oro y chicharras con alas de cristal. El jardín de María Fischer de Mindeguía era enmarañado y sorprendente, como mi cabeza de niño.

MIGUEL ANGEL CHACÓN

Un artista completo, imbuido del espíritu españolizante que imperaba en los cincuenta, cuando Miguel de Molina brillaba en América, recién huido del franquismo. Pedrito Rico empezaba a aparecer también, en una generación más nueva.

Miguel Ángel cantaba y bailaba, vestido con las ondulantes camisas de manga farol, los pantalones ajustados y los zapatos de taco generoso que se usaban para el flamenco. Tenía un ojo de vidrio o paralizado, lo cual daba a su mirada una extraña imprecisión que resultaba fascinante. Su presencia en el escenario tenía energía y creó espectáculos no frecuentes de ver en el Gualeguaychú de los cincuenta. Fue poeta y publicó libros. Tocaba el piano y su repertorio era amplio.

Guardo un hermoso recuerdo de su locura y su pasión de bailarín encendido.

Lamento que no le tocó nacer en estos tiempos, donde la vida privada y las elecciones sentimentales no importan a nadie. Se hubiera ahorrado sufrimiento gratuito. Durante mucho tiempo el pueblo entero repetía apócrifas “anécdotas” del artista. Burlado yo también por la torpeza de una sociedad pequeña y limitada, hoy lo siento hermano de desventuras y también hermano de fulgores.

LOS VIAJES A BUENOS AIRES

En varias oportunidades mis padres me trajeron a Buenos Aires junto a mis hermanos. Veníamos en automóvil, esperábamos en Puerto Constanza una balsa que nos transportaba con el coche hasta la isla Talavera, la atravesábamos, volvíamos a tomar otra balsa y finalmente llegábamos al puerto de Zárate para acceder por una ruta simple a la capital. El tramo final era lo que hoy llamamos “El bajo”; la avenida Libertador, pasando por San Isidro y entrando finalmente por Núñez.

La espera en Puerto Constanza no era tan sencilla. Unas veces había que dormir en unas casillas de madera, plagadas de mosquitos y las demoras tomaban días. Otras, no se podía pasar por las inundaciones que cortaban las comunicaciones.

Buenos Aires era otra ciudad. Mejor dicho, era una ciudad con estilo, con personalidad propia. Hablo de los cincuenta. Aún no estaba precarizada como está hoy. No había montañas de basura en las esquinas y se podía caminar por las veredas sin temor a pisar la mercadería de los manteros.

Las grandes estaciones tampoco estaban transformadas en mercados subtropicales callejeros. La gente no andaba semidesnuda en verano como si la ciudad fuera una playa. No era común que se cocinara en las calles y no había restos de alimentos pudriéndose en el piso. Buenos Aires era una ciudad habitada, no amontonada.

Unas más, otras menos, todas las ciudades del mundo han sufrido degradaciones. Creo que es inevitable, por lo menos con las políticas excluyentes y marginadoras que separan a la gente en castas económicas e intentan resolver la pobreza provinciana con el acceso precario a las grandes ciudades.

Las malas administraciones destruyen las economías locales y obligan a la gente a concentrarse en las grandes urbes, en un desesperado intento de sobrevivir. El resultado está a la vista.

La Avenida de Mayo era el corazón de la urbe. Nosotros parábamos en el hotel *Du Helder* y por las noches nos llevaban al teatro Avenida y a comer en los mesones españoles. Esta fijo en mi memoria un espectáculo de romerías, donde un pequeño vapor iluminado pasaba a través del ojo de buey del gran barco que formaba la escenografía. Una bella mujer, enfundada en un vestido negro de lentejuelas cantaba. Durante un almuerzo en Madrid, recordando ese show, una actriz muy mayor me contó que ella era esa joven. Me refiero a Nati Mistral.

Recuerdo vagamente una gran exposición donde se podían ver cientos de vestidos de fiesta, cientos de pares de zapatos, muebles, adornos, tapados de piel. Algo así como las ferias americanas de hoy, se mezclaban ropas con objetos. Era interminable. He pensado mucho que rara exposición era esa y finalmente, el internet asistió a mi memoria: era la exposición de las cosas de Perón y Eva, incautadas por los militares, después de la revolución libertadora. Yo tenía n Libertadora.cid, mis deseos de caminarla hasta que duelan los pies, cosa que hago todav. La gente no andaba semidesnuda en vernueve años.

En esos tiempos de niñez nació mi fascinación por esta ciudad, mis deseos de caminarla hasta que duelan los pies, cosa que hago todavía hoy. Tengo un regalo para Buenos Aires que algún día concretaré de alguna manera. Quisiera dorar con oro de ley el ángel de bronce que mira la avenida Alvear, trepado a la alta columna que es el monumento a don Torcuato. Me gustaría mucho que resplandeciera su vuelo detenido e iluminara la bella Recoleta. Hay ángeles dorados en Méjico, en San Petersburgo, en París. Estoy atento a una oportunidad. Tal vez me la dé mi fundación.

MARIA DE LOS PÁJAROS

Era una anciana que recorría el pueblo vendiendo pájaros enjaulados. Los cazaba en el monte con el sistema del pegamento y el alpiste. Simplemente ponía alpiste sobre un tronco y extendía una sustancia viscosa que retenía las patitas de las desdichadas aves.

Tenía en oferta canarios, calandrias, torcazas, cabecitas negras y cuanto pajarito autóctono trinaba por mi entre Ríos natal. A veces agregaba novedades como pichones de ñandú, que nosotros llamábamos *charabones*. En temporada, aparecían pichones de tero. Un día vendía un hornero y mi padre se afligió porque la pareja del pobre pájaro había quedado sola.

La jaulita era de alambre herrumbrado y estaba cubierta de trapos. Ella caminaba con un cayado rústico en su mano derecha y largas faldas sucias se arrastraban sobre las veredas de piedra sólida. Era un hada cruel del monte, una aparición en las siestas, cargando con su raro bagaje de pajaritos achuchados por el miedo. Nunca entendí ni entenderé cuál es el placer de tener pájaros enjaulados. En mi niñez era moda. Hoy veo menos que antes. Tal vez un loro divertido, una cacatúa, un papagayo… siempre que pueda desplazarse libremente.

Siempre me alegro secretamente cuando un pájaro huye. En Madrid una amiga perdió un valioso pájaro. Puso un aviso en el diario y alguien llamó. El destino quiso que yo recogiera el llamado. Fui a retirarlo sin decir nada, lo llevé al campo y lo dejé libre. ¡Ja,ja!...

PIPO MONJE

Allá por los trece años, mi vida mística estaba en el cenit. Rosario diario, misa a las siete de la mañana en Santa Teresita, la iglesia donde había tomado la comunión, lecturas piadosas, conversaciones frecuentes con el padre Fiorotto (el cura que años después me invitaría a la inauguración de la tumba de Urquiza) y un deseo fervoroso de entregar mi vida a Dios.

Un día, atraído por un magnetismo desconocido, caminé hasta la iglesia San José (la catedral) y me interné en su enorme nave. Frente del altar, había un montículo cubierto con un paño oscuro y arriba, acostado con los pies hacia delante, un sacerdote muerto era velado con las enormes velas de cera que se usaban en la época. Estaba totalmente vestido de rojo, tenía guantes y zapatos bordados. El templo estaba tenebrosamente solo. Nada más que el cadáver y el niño. El cura era el padre Desiderio Moia. Corría el año 1954.

Recé mis oraciones y una emoción muy fuerte me dominó. Pensé que el sacerdote era un santo y que yo también podría ser como él. Como mi madre tenía dos primos religiosos, una carmelita y un arzobispo, la posibilidad de que me convirtiera en cura o monje era fuerte para la familia pero no imposible. Había antecedentes y a todos les parecía bastante natural que ocurriera. Lo que se hereda no se roba.

Había que hacer algo y mi padre lo hizo. Me mandaron a probar suerte a la hermosa abadía del Niño Dios, un convento de monjes franceses que aún existe en la ciudad de Victoria en Entre Ríos. Me acompañó mi hermano Mario, bastante más chico que yo. Hicimos solos un viaje importante en autobús y llegamos a esa enorme casa de hombres solos, con sus patios, sus vides, sus talleres, su capilla y nos instalamos en un cuarto para huéspedes, ligeramente más confortable que las sencillas celdas de los monjes.

Compartimos horas inolvidables en esa casa de oración. Nos levantábamos temprano, desayunábamos y almorzábamos en un enorme refectorio junto a todos los monjes, mientras uno, en lo alto de un púlpito, leía páginas sagradas. Por la noche, escuchábamos entre sueños las “maitines” y las oraciones de guardia de la larga noche, en la que nadie dormía de un tirón.

Los monjes fabricaban hidromiel y otros productos relacionados con las abejas. También exquisitos licores de hierbas, de esos que mezclan sabiamente el concepto de bebida alcohólica con medicina y permite a las señoras chupar tranquilas, resguardadas por el rótulo de “digestivo” o “estimulante” que llevan las botellas.

Estuvimos unos quince días y yo extrañé mucho a mi familia. El ambiente exaltó mis inquietudes místicas y me hizo soñar con la santidad y el diálogo con Dios. La casa de papá y mamá, la compañía de los tres amados hermanos pudo más que mi santidad. ¡Jaja!

Regresamos en tren, Mario y yo y nuevos fervores apagaron la mística. Hoy el *Sutra del Loto* condensa mis inquietudes espirituales. Soy budista.

LAS CARROZAS

Durante la adolescencia, mientras estudiaba en el colegio nacional, los desfiles de carrozas que la estudiantina presentaba los días de la primavera, me permitieron desplegar una actividad creativa importante. Allí podía redimirme un poco frente a mis detractores porque yo era capaz de hacer algunas cosas lindas que el resto no hacía y cuando ganábamos un premio, el reconocimiento de los compañeros mitigaba tanta burla y tanta descalificación a mi persona.

También me destacaba tocando instrumentos en las serenatas previas al día de la primavera. No podían prescindir de mí, me necesitaban para hacer diferencia con las consabidas guitarritas folklóricas que tocaban todos. Yo traía la sonoridad y la alegría arrebatadora del acordeón.

En los primeros tiempos, antes del acordeón, los jóvenes estudiantes cargaban pianos en camionetas y los baqueteaban durante toda la noche, para que yo tocara bajo las ventanas de los profesores.

Las serenatas eran siempre iguales. Llegábamos a la ventana de la casa de un maestro, golpeábamos estrepitosamente las celosías y cuando el soñoliento homenajeado asomaba su nariz, tocábamos música y cantábamos durante un largo rato. El premio siempre era alcohol y raramente, golosinas.

Algunas profesoras nos daban masitas de confitería que habían comprado esa tarde. Para los muchachos, necesitados de la energía rápida que daban las bebidas, las masitas nos parecían aburridas y decepcionantes.

REFLEXIÓN FINAL SOBRE MI NIÑEZ

Mi niñez es como yo quiero que sea. Tu niñez también, querido lector.

Deberás construirla primero para luego abandonarla para siempre. Será mejor que la construyas con materiales positivos y esperanzadores. Será mejor que perdones de verdad a tus mayores y comprendas que hicieron lo que pudieron, igual que harás vos con tus hijos. El espacio mágico está esperando que lo recuerdes.

La decepción por la realidad que pudo haber sido en algún momento y no fue, se puede disolver, porque no le sirve a nadie, y menos a vos.

Mi niñez ya está cerrada. El balance es afortunado.

Fue una gran suerte el haber concurrido a una escuela primaria organizada, prestigiosa en la sociedad, con maestras que eran amadas y admiradas como heroínas. Una escuela con autoridades reales que pensaban por los niños, elegían lo mejor para ellos y les hacían sentir la reconfortante sensación de estar protegidos. Una escuela donde se cantaba la canción de Anahí, “la indiecita fea de la voz tan dulce”, donde era pan de cada día la obra musical de los grandes maestros argentinos, Alberto Williams, Ginastera, Felipe Boero y otros trovadores de nuestra patria que hoy están casi olvidados, postergados frente a la invasión de mediocridad bien promocionada, casi siempre foránea, casi siempre lejana a nuestra cultura. Una escuela donde los niños jugaban en el patio el juego eterno de la infancia, con días siempre iguales, con asistencia de lunes a viernes, con vacaciones y feriados, que se esperaban y llegaban a su tiempo. Cada niño cargaba sus conflictos y su realidad personal, pero la escuela estaba allí, por encima de todo, asegurando el crecimiento, desafiando a la inteligencia, intentando dar a cada uno lo que merecía por su esfuerzo, más allá de sus carencias. Todos de delantal blanco, que cubría por igual al pobre y al rico, al que tenía ropa de marca y al que no la tenía. La gran escuela que perdimos, mejor que el mejor colegio privado. No sé a quién debo agradecer la experiencia de la escuela pública óptima, porque hoy todos los próceres y figuras de la historia son discutidos y puestos en tela de juicio y temo ser tildado de gorila, de nazi o de oligarca trasnochado. A la escuela de mi infancia alguien la soñó, alguien la organizó, alguien la mantuvo en funcionamiento y alguien dejó que se desdibujara hasta transformarse en la patética ruina cultural que es hoy, con maestros que ganan sueldos de hambre y edificios en estado de emergencia.

Mi país me dió una casa cuando fui niño, una casa para crecer y soñar junto a mis compañeros: esa casa fue la escuela Normal Olegario Víctor Andrade de Gualeguaychú.

Gracias mamá, gracias papá, gracias abuelos. Gracias maestras.

Todos brillarán en el escenario luminoso que elegí para preservar mi niñez. Ahí permanecerá blanca y rutilante para siempre, como la antorcha de la argentinidad que me deslumbraba cuando visitaba la catedral de Buenos Aires.

**TIEMPOS DE ESTUDIANTE EN BELLAS ARTES**

Al culminar la adolescencia, me fui a estudiar escenografía en La Plata. A los diecisiete años, ya era un joven bohemio, instalado en el mundo que había deseado, rodeado de personas afines, dueño absoluto de mi destino, que se configuraba día a día. Mi padre me enviaba puntualmente el dinero de los viáticos y jamás me falló. Era un niñito de buena familia que jugaba a ser terrible, sostenido por papá. El amor juvenil apareció enseguida y fue de la mano de Lidia que lo conocí.

Siempre recuerdo con ella aquel deslumbramiento, sobreviviendo en el tiempo y tan grato para la memoria. Hoy nos vemos, en la lejanía de los años de juventud y celebramos juntos los logros de nuestros hijos, nacidos de otras parejas, originados en otras historias de amor.

LA PLATA EN LOS SESENTA

La ciudad de La Plata parecía el aeropuerto de Frankfurt. Todos estaban de paso. Íbamos para estudiar y luego regresábamos a nuestras tierras originales o nos íbamos afuera o nos afincábamos en Buenos Aires. La vieja urbe aún dormida, veía pasar esas bandas de personajes variopintos, aprendices de *hippies* que protestaban contra todo y de vez en cuando corrían por la calle siete, perseguidos por la policía montada. Vislumbro en esos compañeros de estudio, el origen de mi propia identidad. Los entonces estudiantes de la *Escuela Superior de Bellas Artes*, hilos de sol entre los árboles de Plaza Rocha, insaciables maniseros de la confitería Cabildo, consuetudinarios “colados” en el *Teatro de la Comedia*, críticos temibles, dueños del latido último de la vanguardia, eran mi familia cósmica.

Aún hoy me encuentro con aquellos socios de la locura. Algunos resisten, conservan el peso, siguen protestando y amando sin papeles. Los sesenta los marcaron fuerte. Otros decidieron perderse en la multitud. Todos significan para mí, la presencia viva de un pasado que ni añoro ni busco, pero disfruto cuando acude. Cualquier pretexto vuelve a unirnos: una exposición, la presentación de un libro, algún estreno.

Había dos grupos bien diferenciados entre nosotros: los de afuera, que podíamos vivir en la total independencia que nos proporcionaba la ausencia de todo control familiar y los locales que, a fuerza de mentir, enhebrar fábulas y convencer a sus familias con buenos argumentos, lograban meterse en los departamentos poco santificados y pasar algunas horas desaforadas, antes de regresar al cobijo ordenadito y limpio de la casa de mamá. Los estudiantes de los sesenta éramos cachorros salvajes.

Arrojando bolitas de vidrio a los caballos de la policía montada en plena calle siete, provocábamos pánico entre los mansos ciudadanos, que no se acostumbraban a convivir con gente tan revoltosa.

Nuestras guerras ideológicas, crueles. Mutilábamos sin piedad a todo artista plástico que exhalara el más mínimo tufillo a decadencia, a compungida ortodoxia o simplemente, que no perteneciera al clan sagrado de Bellas Artes, donde estaba la “única verdad”, donde se cocinaba el prodigioso ungüento de la modernidad...

Todo lo demás era para nosotros bordados de señoras de su casa, recetas de bizcochuelo... “pura ilusión de pequeños burgueses”.

Yo era un entrerriano desgobernado, apenas contenido por Guillermina Fischer, una tía vieja, entrañable madre del camino. Vivía en una linda habitación sobre el garaje de una casona, en la calle dieciséis casi esquina cuarenta y cuatro. Fue en esa esquina platense en que situé el escenario de mi “Romance de Natacha”, la flor que nace de la piedra. En ese entonces, la ciudad seguía cumpliendo el sueño de Julio Verne: “Bellos edificios monumentales y prolongadas calles arboladas pobladas con casas construidas en la misma escala”. [[1]](#footnote-1)Hoy, la bella capital de la provincia de Buenos Aires, se ha desdibujado bastante. Las demoliciones fueron quebrando la armonía de la ciudad perfecta, para dejar lugar al cocoliche de la clase media que diseña y modifica. Acostumbrado a ver en Europa los pueblos enteros planificados arquitectónicamente, me fastidio mucho cuando camino las ciudades que parecen un *patchwork* de puertas y ventanas puestas al azar, de destrucciones parciales de casas importantes, modificadas caprichosamente, según las necesidades. Creo que era Le Corbusier que decía que el hombre se vuelve como la ciudad que habita.

En mi juventud, la ciudad de Julio Verne tenía cuadras y cuadras aún vírgenes de modificaciones, tal como fue en su fundación. La catedral no tenía torres, pero tampoco tenía las estatuas que le han puesto ahora (verlas es una experiencia interesante) que compiten con las maravillosas esculturas de madera que hay adentro, como una virgen de madera tallada que tiene el pelo rizado sobre los hombros y las manos juntas.

No es menos impresionante el enorme Cristo que flota en el aire, realizado en madera frutal pulida, de ese color de chocolate con leche que es frecuente en las carpinterías del siglo diecinueve.

No es mi amada ciudad de La Plata la única que ha sufrido saqueos edilicios y modificaciones radicales del paisaje urbano: veo en San Nicolás de los Arroyos un edificio de los setenta pegado a la torre de la centenaria catedral; eso se repite en muchas ciudades y pueblos.

La experiencia platense me dejó amigos entrañables, artistas exquisitos que hoy sigo frecuentando como Graciela Galán, Beatriz Benedetto o Abel Facello.

En una venta de garaje, me encontré el otro día con Irma Amato, ayer compañera de la Escuela Superior, hoy artista plástica prestigiosa. No nos veíamos hacía nada más que cuarenta y tantos años. Nos enredamos en amable charla, como si nos hubiéramos visto ayer por última vez. ¡Ja,ja!...

También Alessandro Kokocinsky, genial pintor y escultor ruso-italiano que actualmente está preparando el flamante monumento porteño a los caídos en la Amia y que me honra con su cercanía y me invita a participar de su esplendente vida de artista europeo consagrado. Se agregan a mis recuerdos otros compañeros menos cercanos pero igual de importantes como Carlos López Puccio, uno de los creadores del grupo “Les Luthiers” o Jorge López Anaya, prestigiosos crítico de arte y maestro. La lista es interminable. La Escuela superior de Bellas Artes de La Plata, es una casa fundamental para entender la cultura de los sesenta y setenta en Argentina.

Un semillero inagotable de talento y energía creativa. Espero que hoy, cuarenta y cinco años después lo siga siendo. Tradición no le falta.

SAULO BENAVENTE

La etapa de estudiante de escenografía, no hubiera sido igual sin la presencia del maestro Saulo Benavente, escenógrafo de excelencia, hombre coherente y lúcido, alma buena y libre, que modeló algunas de las pocas virtudes que tengo: la obstinación en mantenerme fiel a mis proyectos, la disposición para los viajes y los cambios y el buen criterio para juzgar una obra. A él le sobraban valores y su memoria no necesita de la mía, porque sus alumnos fueron muchos y el amor que le prodigan aún, es profundo y fiel. Los alumnos lo imitábamos en todo. Era nuestro ídolo máximo. Desde que lo vimos la primera vez, con su pantalón y su camisa Ombú, su cinturón con cartucheras para los lápices y sus zapatos de cuero de chancho, todos comenzamos a vestirnos igual.

Con Saulo hicimos viajes inolvidables. Todos en dulce montón, embarcábamos en trenes remotos, que salían de Retiro y marchaban tres o cuatro días hacia el norte, vagones de madera, traqueteo incesante. Aprendíamos mucho, disfrutábamos mucho, nos amábamos mucho.

Recuerdo un verano en *Samay Huasi*, la legendaria mansión que la universidad de La Plata posee en Chilecito de La Rioja. El esplendor del aire transparente, el aroma de los yuyos medicinales que crecían libres entre las piedras, la presencia espiritual de su dueño el gran escritor de *Mis Montañas*, hacían único el lugar. Allí, en el pequeño museo que existe donde fue la primitiva sala de la casona, hay una frase de Joaquín V. González que copié en mi libreta de apuntes y hoy, cincuenta años después, adquiere nuevos significados y ayuda a descifrar misterios:

*NO CREO EN LA MUERTE. NACIDO EN PLENA NATURALEZA HE APRENDIDO A VER LOS FENOMENOS DE LA VIDA EN TODOS LOS SERES Y EN TODAS LAS COSAS... LA DESAPARICIÓN DE LOS INDIVIDUOS DE LOS LLAMADOS REINOS NATURALES ES SOLO UN HECHO APARENTE COMO LA SALIDA Y LA PUESTA DEL SOL.*

Como Saulo combinaba su carrera de escenógrafo con la de profesor universitario, nos brindaba la oportunidad de ir a clavar clavos y pintar fondos a los teatros porteños. Los más importantes espectáculos teatrales de esa época eran diseñados por Saulo. Ayudábamos y aprendíamos. Así conocí, siendo casi un niño, a lo más granado del teatro de los sesenta y vi desde adentro cómo se desarrollaba la vida de los artistas de entonces.

Saulo hizo su último viaje prematuramente; como fue un ser irreemplazable, nadie está dispuesto a aceptar que se fue para siempre. La misma luz que tenía en los ojos y el óvalo sutil del rostro está presente en su hija Saula, que como tiene que ser, se dedica al cine y ha logrado suceso en su profesión. A veces nos vemos y yo le cuento cosas de su padre. Tengo en común con ella un recuerdo bienhechor.

PIPO CLAVANDO CLAVOS

Quiero contar mis vivencias de “interno” en los teatros de los sesenta, adonde concurría para hacer experiencia “in situ” y ganarme alguna moneda. Recuerdo a una Alba Mujica imponente, haciendo *Amarillo* de Somigliana en la calle Callao, junto a un galán muy joven que se llamaba Rodolfo Bebán. Alba una vez me dijo: cuando seas mayor y te pregunten la edad, siempre decí unos años más para tener el placer de escuchar elogios por lo bien que estás.

También a la gran señora de la escena que fue Alejandra Boero, muy joven todavía, haciendo *Raíces* de Arnold Wesker, preparándose en el escenario, planchando, calentando agua para el té, dos horas antes de que comenzara la función, siguiendo la estricta manera de trabajar de la vanguardia sesentista. Media hora después de terminada la tragedia, todavía seguía conmovida y le costaba emerger a la realidad.

Aunque me vean como un viejo eterno, participé en el armado de la escenografía de obras adonde actuaba Milagros de la Vega o la legendaria Lola Membrives.

Me parece verla en el escenario, bajando dificultosamente una escalera, ya muy mayor, para caer en brazos de un galán español joven y hermoso que hacía el papel de su amante en La Malquerida. Pura magia de teatro. En escena era su amante, en la vida real podría haber sido su nieto. Los ciclos de Brecht, que la portentosa Inda Ledesma llevaba adelante en esa época, me pegaron fuerte y me hicieron saltar los tapones. En la puesta de *El Sr. Púntila y su chofer*… tenía que aparecer un automóvil verdadero en escena. Recuerdo las alternativas que se barajaban detrás del escenario para hacerlo andar. Docenas de piezas teatrales tuvieron mi modesto aporte de martillito o pincelito. Noches enteras sin dormir para llegar al estreno. Rara fascinación por el infarto que teníamos toda la gente de teatro en esos años. Cigarrillo, pizza y vigilia. Parecía que nos gustaba estar siempre en el límite del tiempo. Hacer en una noche lo que normalmente lleva tres o cuatro días de trabajo. Salíamos de vez en cuando a la calle a comprar algo y la luz del día nos cegaba, como topos de eterna oscuridad. Benditos recuerdos.

Ya no encuentro entre mis papeles una foto de Marcel Marceau dedicada por el gran mimo francés, cuando hizo una temporada en el malogrado teatro Odeón, vergonzante recuerdo de la peor cara de nuestra Argentina, demoledora de teatros centenarios, cómplice de lastimosos derrumbes.

Participé en los montajes del Circo de Moscú donde conocí a Alec Popoff, en muchas obras del flamante Teatro San Martín, con mi martillo y mis clavos mediantes…¡Jaja! La vida quiso que, años después, visitara el *Circo de Moscú* y paseara sobre un elefante por su pista, tocando tangos con mi acordeón *Cirila*.

En el Departamento de Escenografía, en la Escuela Superior de Bellas Artes de La Plata, hubo profesores inolvidables: Carlota Beitía, Julia Garibotto y Héctor Dauguet entre otros. También el Dr. Nessi, de quién aprendí la rara habilidad de calcular la época en que fue realizada una pieza de arte o arquitectura, destreza que hoy fascina a mi nieta Guillermina, que me pregunta cuándo fue construida una iglesia o un palacio que visitamos en Europa y luego corre a leer los carteles de información para constatar que acerté o que anduve muy cerca. Ella cree que es un don de adivinación, pero no es más que el resultado de haber visto mucho, de haber aprendido a evaluar por comparación, de entender la forma de concebir la construcción en un determinado siglo.

Los apuntes de Filosofía y Estética de Manolo López Blanco, entonces profesor de la casa, tan importantes en mi vida que aún hoy, casi cincuenta años después los tengo en mi mesa de trabajo y los consulto.

EL TEATRO ARGENTINO

El bello *Teatro Argentino* fue quemado por los militares, en 1977. El primer incendio destruyó muy poco. Yo ya estaba viviendo en Buenos Aires y corrí a verlo al otro día del siniestro. Estaba casi intacto y sólo tenía daños en el techo que pudieron haber sido reparados. Pero esa no era la intención de los cerdos que gobernaban el país en esos años; había que generar gastos nuevos. Si no se mueven fondos no se puede robar.

Horas después un nuevo fuego, provocado sin duda, dio cuenta de gran parte de la sala. Aún así, todavíaisticadas vidrieras de anticuarioaba perfecto.ima.es tu problema. No digas que yo no te deje la escuela p esos geniales techos, se podía salvar el teatro. El frente estaba perfecto.

Luego de muchas complicaciones, se construyó el nuevo teatro, un mamotreto. Su enorme sala, privada de toda gracia, tiene problemas de acústica y una fealdad de diseño que conmueve. Cuando observo la sala por dentro, se me figura el patio interno de una cárcel. La altura es desproporcionada y las aberturas de los palcos fuera de escala con el conjunto. Sólo me alegra la presencia del gran péndulo del hall. El resto del edificio es frío, impersonal, como un aeropuerto. Un auténtico “no lugar”, tal como diría Marc Augé.

Pido disculpas a los arquitectos que dibujaron el nuevo teatro, pero realmente no me gusta. Durante un tiempo, los jóvenes artistas de entonces, soñamos con la conservación del frente del viejo teatro. Habían prometido respetarlo, pero preservar esa hermosura, hubiera sido dejar un vestigio de la perfección que fue y marcar aún más la falta de personalidad del edificio nuevo.

Los esfuerzos de la dirección actual del teatro, la programación de primera línea, las puestas y los desempeños, logran hacer olvidar que la sala no tiene buena acústica y que no fue pensada para la ópera.

LA CUEVA DE FELIPE

Mientras estudiaba en La Plata, animaba cumpleaños con mi acordeón en casas de fiestas. La Cueva de Felipe era un *bunker* de creatividad y trabajo. Laura Mariani, su propietaria fue mi Gertrude Stein, amable protectora de un muchacho artista en el cual creyó y al cual acompañó en su crecimiento.

Alfredo González, un mendocino de igual edad que yo, me acompañaba con la guitarra y formamos un conjunto “Pipo y Alfredo” que hizo roncha en el ambiente infantil platense. Sería gracioso ver a un muchachito de pelo largo con su acordeón y sus ropas estrafalarias, totalmente convencido de que era una gran estrella de los niños, fabricando carteles para exhibir en la puerta y organizando fiestas de cumpleaños diferentes a las tradicionales. Un público entusiasmado, cubría todas las fechas y no hubo niño en La Plata ajeno totalmente a la famosa “cueva”.

Recuerdo que en esos tiempos, yo adquirí mi precioso gato de juguete tejido por la húngara *Agi*, que me acompañó muchos años. Esa creativa mujer fabricó miles de animalitos de lana que hoy están en la memoria de otros miles de ex-niños que alguna vez recibieron uno de regalo. Tenían el cuerpo rayado y los ojos de botones.

En la “cueva” cantaba *Tristan Perroso*, la canción del perro que cazaba mariposas, *La Abeja Genoveva* de Marta Giménez Pastor y otros *hits* que hacían furor entre los pequeños platenses. A veces veo a Laura Mariani cuando voy a La Plata. Esta linda como siempre y me fascina con los recuerdos de esos años, que son nada menos que los años dorados de mi juventud.

EL MESÓN ESPAÑOL

En esos tiempos, tal vez unos años antes, hice *perfomances* en el Mesón Español, junto al pequeño caballito “Gaucho”. Era una vieja casona porteña del siglo XVIII que su dueño, Guillermo Macro había transformado en un restaurante para las familias.

Los domingos se llenaba de comensales, principalmente familias con niños, y mi presencia de trovador infantil venía como anillo al dedo. Cientos de familias tenían la costumbre de ir a almorzar los domingos a ese lugar. Hoy está transformado, hay salas teatrales, exposiciones y mucha vida cultural.

PROFESOR DE MÚSICA EN LOS JARDINES DE INFANTES

También me desempeñé como profesor de actividades musicales en jardines de infantes en Buenos Aires (*Arco Iris, La Ronda, El Globo Rojo*) durante la década del sesenta. Roberta Katz (*La Ronda*) fue mi maestra inicial de jardinería y mucho de lo que sé de los niños, me lo enseñó ella. Fue la intermediaria perfecta entre la sicopedagogía y la creación artística. Me dio ese *touch* de artista entendido en niños, que en su momento provocó sensación porque era algo inusual.

Hay una anécdota que siempre recuerdo. Era fin de año y los niños del jardín recibían sus evaluaciones. Algunos trepaban al preescolar y otros quedaban un año más en su salita. Un niño pequeño comenzó a hacer un agujero con su pala en la tierra, debajo de un árbol que había en el fondo. Me llamó la atención. Busqué a Roberta y la traje para que viera al niño. “Está enterrando sus ilusiones de ir al preescolar”, me comentó.

Mi agradecimiento eterno y mi deseo de felicidad para ella.

Brígida Morgenroth tenía en aquel entonces el jardín maternal *El Globo Rojo* en la calle Posadas. Esta increíble mujer, alemana de nacimiento, había llegado a Buenos Aires a los 18 años, huyendo de la guerra. Experta en el parto sin dolor, su trabajo cambió la vida de mucha gente y abrió nuevos rumbos en el tema de la maternidad. Cuando la conocí ya era una mujer grande que hablaba con acento. En *El Globo Rojo* yo jugué con los niños y crecí también.

En el jardín de infantes del Colegio *Andersen* de Belgrano, comí las tortas más ricas de mi vida. Todos los años, se festejaban los cumpleaños de los niños y la torta era decorada con una alusión a mi figura. Primero era sólo un acordeón y luego, cuando definí el personaje, los muñecos Pipo de mazapán, se presentaban en las más variadas formas y colores. Eran tortas monumentales, que alcanzaban para cien personas o más.

Alicia Marengo, mi amiga de la cual hablaré en otro capítulo, llevaba adelante el jardín en una casona aristocrática, en la calle ciudad de La Paz. El perfecto “caserón de tejas” del vals.

Había sido residencia de un diplomático noruego, si no me equivoco. Cuatro o cinco veces por día subíamos y bajábamos la interminable escalera de madera crujiente. En el patio hacíamos largos trenes y los pasajeros que viajaban conmigo, frecuentemente se me acercan hoy en la calle y me saludan para que conozca a sus hijos. ¡Ja,ja!...

Hoy la casona ha cambiado mucho porque se le han agregado comodidades y se la ha adaptado a los tiempos que corren.

Algunas veces voy de visita y recorro las bellas habitaciones del palacete, decoradas con cartulinas pegoteadas con colores vibrantes y miro las fotografías en las paredes, tan lejanas en el tiempo, donde se ve a Pipo sonriendo mientras abraza a niños que hoy tienen más de cuarenta años. Todo lo que quise hacer, lo hice en el *Andersen*. Ninguna idea quedaba frustrada. Yo tiraba la inquietud y enseguida salían a comprar lo que hacía falta: toneladas de papel crepé, pinturas, cartones…

Los maestros artistas podían hacer su función sin problemas. Alicia sabía que a los niños se los educa con magia y trataba muy bien a los magos. Me reconoció siempre y me ayudó a ser yo mismo.

Saludos para Ana Rocchi y para Graci, dos jóvenes maestras con mucho para dar.

El mundo mostraba su cara más feliz en ese jardín. El sol fulguraba eternamente en sus patios dorados. Trabaje en muchos jardines y de todos atesoro recuerdos.

Dos terribles anécdotas para cerrar este capítulo de mi paso por los jardines de infantes. La primera está relacionada con el autismo: un niño solitario y silencioso jugaba con su gran camión de madera en un rincón. De pronto, una niña más pequeña se acercó a él intentando participar de su juego. Hasta ahí todo era normal. Yo los vi desde lejos y como nada sabía sobre el niño, nada hice al respecto. El niño ni siquiera la miraba, hasta que la pequeña tomó el camión y se lo sacó de las manos. Todo ocurrió en un instante: el niño se levantó como un tigre, le quitó el camión y se lo partió en la cabeza.

La niña salvó la vida de milagro. Estuvo en terapia intensiva largo tiempo.

La otra, más cruel, sucedió en un día de cumpleaños en un jardín de infantes. Una niña, hija de diplomáticos extranjeros, llevaba puesta una larga bata de color blanco quebrado, llena de volados y puntillas… absolutamente realizada en materiales sintéticos. Tal vez gasa acrílica, o algún tipo de rayón en esa época.

La cuestión es que la niña se pavoneaba feliz con su llamativo vestido de princesa, cuando uno de los bordes tocó las velas encendidas de la gran torta, un instante antes de que los niños soplaran. Una llamarada azul la rodeó. El espectáculo fue dantesco.

CINE MUDO EN BELLAS ARTES

Los fines de semana tocaba el piano en el *Auditórium de Bellas Artes*, en la plaza Rocha acompañando películas mudas, fiesta que organizaban los estudiantes de cine y a la cual me acoplaba porque era un pianista ágil y adaptable al trabajo de ilustrar musicalmente las escenas. Como siempre toqué de oído, puedo improvisar cualquier melodía y versionarla del modo que me guste.

Recuerdo alguna de las películas que pasaban. Eran joyas invaluables de la antigüedad del cine. Para un arte relativamente nuevo, cien años, representan un universo arqueológico. *El perro andaluz, El acorazado Potemkim, La dama de las camelias, Nosferatu, Metrópolis*…y una película muda, donde el niño Napoleón Bonaparte era expulsado al patio nevado del internado por revoltoso y un águila gigante bajaba del cielo y se posaba a su lado. Es una obra maestra de Abel Gance rodada en 1927.

Dorados sesenta, donde trescientos jóvenes intelectuales podían pasarse una velada maravillosa viendo los contoneos de Chaplin o las caras dramáticas de Sarah Bernard, mientras develaban los abismales secretos de la imagen en movimiento.

MOCHILERO

Con mis compañeros y compañeras (una de ellas, Julia Díaz Vergara, la madre de mi hija Carmela) hice un viaje a dedo hacia Brasil y llevé mi acordeón para actuar en plazas y calles y poder ganar algún dinero. Ya había escrito para ese entonces una “operita” breve que representábamos y se llamaba *El romance de la Sandía Pía y el melón Simón* y algunas otras canciones sencillas. El fuerte eran las canciones de María Elena Walsh. En esos tiempos, estaba con nosotros Kubero Díaz, un muchacho que tocaba la guitarra y acompañaba las canciones. Hoy es una estrella absoluta del rock.

Actuamos en la televisión de Asunción del Paraguay y tuvimos un intercambio de palabras con los productores que nos sugirieron “cortarnos el pelo” a los varones porque “el general” (Stroessner) no simpatizaba con los *hippies*.

A Julia y a mí nos tocó salir a robar un pollo para comer. Era toda una aventura, condimentada con la atracción que sentíamos el uno por el otro, atracción que hoy tiene nombre y se llama Carmela. ¡Ja,ja!...

Nos internamos en la espesura, buscando alguna casa campestre que pudiera tener aves de corral sueltas. Compramos finalmente una gallina y volvimos con el trofeo, cuidándonos muy bien de no contar que conseguirla no había sido un acto de arrojo, sino una simple transacción comercial. Lugares como las ruinas jesuíticas de Jesús en el Paraguay, calaron hondo en mi sensibilidad de artista.

Una vez llegamos hasta el Brasil profundo, viajando en camiones y durmiendo al aire libre. Ahí se selló mi pasión por ese país maravilloso, tan variopinto, tan mimado por la naturaleza y hoy resplandeciente ocupando el quinto lugar entre los países más promisorios del planeta.

Las comidas, la música, la arquitectura colorida de casas con escoliosis y sifosis, torcidas por los siglos; la belleza de la gente, el dulzor de sus exóticos frutos, las hogueras en las playas, las complejas melodías interiores del idioma. Años después, en mis frecuentes viajes a Portugal pude comprender de donde proviene tanta locura y donde nace el río caudaloso de la imaginación para escribir, para hablar, para amar, para construir…

Un mochilero es un caracol sin baba, una ventolera que avanza sin rumbo, un valiente explorador con la brújula descompuesta, un barrilete con el hilo cortado.

JUVENTUD EN BUENOS AIRES Y VILLA GESSELL

Marchaba preso día por medio en averiguación de antecedentes por mi aspecto extraño y por tocar música en la calle. Pleno gobierno militar. A raíz de esos encierros pasajeros, la periodista Adriana Civita me hizo la primera nota estelar de mi vida, para una revista de *Editorial Abril.*

Villa Gessell tuvo un protagonismo único en esa etapa, porque cuando la primavera empezaba a calentar, nos trasladábamos al mar, para ganarnos la vida de una manera extremadamente curiosa. Yo tocaba el acordeón en la playa y cuando se reunía un público considerable, las chicas del grupo vendían muñecos hechos con cucuruchos de hilandería. En esa época, Villa Gessell era tan diferente a hoy que bien podría haber sido otra ciudad. El mismo Sr. Gessell, recibía a los jóvenes que nos acercábamos a su casa y nos convidaba con té.

Había algunas posadas, algunos restaurantes, mucho espacio verde liberado, aún en el centro, donde se alternaban las casas con terrenos baldíos arbolados.

Ya estaba en marcha un local que se llamaba *Gema Cosas Raras*. No sé si todavía seguirá en pie. El silencio, hermano de la tranquilidad y primo del sosiego, reinaba sobre una villa ideal, de playas semidesiertas que invitaban a caminar con lentitud.

Un grupo memorable de personajes, se doraba al sol, mientras vendían artesanías y pinturas. Mi compañera de entonces se llamaba Estela. Ella está definitivamente prendida a esos años dorados y vive en mi corazón, a pesar del tiempo transcurrido. Como hago con todas mis novias de la juventud, siempre mantengo el contacto con ella y nos escribimos. Actualmente vive en EEUU y parece que no piensa regresar.

Estela y otros amigos, habían comprado un enorme cargamento de bisutería, tal vez en un remate. Nunca supe bien de donde procedían esas maravillosas piezas de los treinta y cuarenta, algunas dignas de ser expuestas en sofisticadas vidrieras de anticuario. Lo sorprendente es que eran miles y miles y no se acababan de vender nunca. Todos comimos alguna vez, gracias a esa “mercadería” salvadora.

Recuerdo que estaban almacenadas en una vieja bañera de hierro que desbordaba. La pintora Cristina Villamor, compartió con nosotros esos tiempos de locura y fogatas en la playa. Ilustró bellamente el romance que le escribí: “la señora Villamor pintaba una mariposa que tenía sobre el ala un lunar color de rosa…”

Fue en los sesenta, en que viví la experiencia del “fumo”. Entonces era algo prohibido, pero tácitamente permitido a los jóvenes bohemios, que nos sentíamos protagonistas de una rebeldía feroz. Nunca más pude soportar la marihuana. Me hace doler la cabeza y me pone en un estado entre nauseoso y confuso que me deja claro que ya no tengo dieciocho años ni estoy junto al mar, cantando las canciones de Barocella:

*Mientras el mar*

*besa la playa queda*

*yo busco en vano*

*tu nombre entre la arena.*

*yo busco en vano*

*la luz de tu verano…*

Volviendo a Buenos Aires, recuerdo que algunas noches nos reuníamos en un edificio en el barrio de Once que había sido dado de baja por la municipalidad, seguramente para demolición. Era como de principio de siglo y ya no tenía luz ni gas ni servicio alguno.

Varios personajes de la época vivían allí, en lo que podríamos llamar, las primeras experiencias de ocupación ilegal.

Subir las escaleras crujientes de madera con una linterna en la mano, ingresar al departamento desvencijado y oscuro, apenas aclarado por velas, era una experiencia terrorífica. Todo terminó cuando hubo un asesinato en esas mismas escaleras. Dicen que el asesino era un loco agresivo que vivía solo en el cuarto piso y esperaba a sus víctimas agazapado en la oscuridad. La frenética locura de esos tiempos luminosos, nos llevaba a empezar una noche en la calle Corrientes viendo algo de teatro, comiendo luego en *Pippo* fideos con tuco y pesto, yendo al departamento de un amigo a escuchar música y a la madrugada, montándonos en alguna camioneta que aparecía, para terminar en una playa solitaria del mar a la media mañana, bañándonos desnudos, contemplados por las vacas que se mojaban las patas en el agua salada.

Daba lo mismo que fuera verano o invierno. Aun no entiendo cómo podía meterme en el agua gélida del mar, una mañana de agosto, sin problemas. Nuestras chicas eran mujeres de acero con interior de seda. Valientes, compañeras, solidarias con nuestras fantasías artísticas. Bellas con sus cabellos de gitana y sus faldas largas de algodón. Llenas de anillos y collares, bolsas y bolsitas con flecos que colgaban de sus cinturas, tostadas por el sol, no tenían problemas en dormir en la playa, bajo el resplandor de las estrellas.

Recuerdo que con sus esmaltes me pintaban las uñas de los pies que lucían con varios tonos diferentes y cuando tenía que vestirme de trovador me ponían ruleros para que el pelo me quedara lacio y con forma redondeada.

Eran muy diferentes a las chicas que veo hoy. No cultivaban amores fáciles por ídolos mediáticos, ni ejercitaban el amor como un juego intrascendente. Todavía conservaban algunos atavismos femeninos que hoy han desaparecido, no importa si para bien o para mal. Pintaban zapatillas para venderlas en la playa, bordaban complejos arabescos en la ropa, sabían hacer bizcochuelos caseros para el mate, se ocupaban de la domesticidad que da placer y pertenencia. Ideológicamente tenían todo claro, se jugaban por sus principios en el seno de la familia y frente a la sociedad. Se iban de las casas paternas para vivir con sus amores y se aguantaban la pálida de la falta de recursos y enfrentaban las consecuencias. Amaban como tigresas y vivían fuerte.

Guardo en mi corazón la imagen de esas mujeres artesanales, primitivas y profundas. Agradezco a la vida que me permitió vivir mi juventud a su lado y me descifró el enigma de los sexos, y me dio la absoluta certeza de que ser hombre era ser como éramos nosotros y ser mujer, era ser como eran ellas.

La última y la más inolvidable fue Verónica, a quien conocí cuando el éxito empezaba a tocarme. Condensaba con su presencia, el hechizo de todas las chicas de mi juventud. La amé muchísimo y su lugar jamás fue ocupado por nadie.

Todos vivimos muchas vidas a la vez. Una de esas vidas mías, pertenece solamente a Verónica. Claro que aún hoy nos vemos continuamente y nos prodigamos afecto sincero. Ella apenas se parece a ella y yo apenas me parezco a mí. Podemos recurrir a las fotografías, donde vivimos serenos, sin prisa, un eterno amor de primavera.

En esa época estaba inspirado y quería hacer narraciones rimadas. *El Romance de Natacha* es un cabal ejemplo de ese tipo de obras. Le siguen *El Romance de Alfredo*, *El mochilero de la luna*, *El Romance de la Sra. Villamor*, al que me referí anteriormente y *El Romance del Violinista Nicolás*.

TROVADOR

El Pipo trovador, es una creación de finales de los años sesenta.

Tan metido estaba en mi personaje, que andaba vestido de fantasía todo el tiempo y me presentaba en los lugares más insólitos con mi capa, mis cuellos de puntillas y mis zapatos de plataforma. Tengo una foto, que he puesto en mi página web, donde estoy en un cóctel de la óptica *Griensu*, en medio de gente formal y muy cerca de *Manucho* Mujica Láinez… todos de traje oscuro y yo vestido de raso y terciopelo, con el pelo lacio y largo. Hoy eso no significa nada, pero, ¿se hubieran animado a andar así por la vida en los años sesenta, milicos de por medio?

Vestido de blanco con capa y golilla, me paraba en las esquinas y cantaba a la gente que transitaba. Unos altos zapatos al estilo de Dalila Puzzovio me acompañaron muchos años. No sé cómo llegaron a mi poder. Los perdí en el farrangal de la vida. Hoy pagaría cualquier cosa por volverlos a tener. Una vez iba caminando por la calle con mi estrafalario atuendo y llevaba sobre los hombros al fotógrafo Urko Suaya que entonces era un niño. Un hombre se dirigió a mí diciendo: “Ustedes son los asesinos de la Sharon Tate”. La respuesta de Urko no se hizo esperar: “No te das cuenta de que es un trovador, bolu….”

JACQUES PREVERT

El poeta francés me chiflaba en esa época. Le había puesto música a sus poesías y las cantaba con fruición: “pero he aquí que el pájaro lira, pasa por el cielo y el niño lo ve…” “para hacer el retrato de un pájaro…” y muchos otros. Prevert es muy bueno y escribe como los dioses, pero en ese momento para mí era *too much*, me sabía de memoria horas cantadas de sus poesías. Siempre pensé que en el momento en que un artista pega en la gente, su obra adquiere una dimensión que luego declina un poco.

Hoy lo leo pero ya no me provoca “eso” que me provocaba. Yo soy otro, su obra es otra, el mundo es otro.

AVERIGUACIÓN DE ANTECEDENTES

He escrito una docena de canciones trovadorescas. Los temas son variados; un canto emocionado al edificio que en los sesenta se desplomó en la calle French: *El Suicida de la calle French* que “se suicidó en mitad de cuadra y de repente porque se cansó de estar entre la gente…”; un fuerte rechazo al desconocido que es vivido como antagonista “no te conozco ni creo en tu sonrisa, ni tomaré tu vino ni usaré tu camisa…” y muchas más que la gente escuchaba al pasar. De esa época es mi “prontuario” policial. Mi presencia en la guardia era extravagante. Quedaban estupefactos con ese bicho tan raro lleno de anillos, ropa de encaje y mangas farol enormes. No estaba muy difundida la imagen *hippie*.

Además yo era pulcro, bien afeitado, con ropa cuidada. No me parecía a los locos urbanos que duermen en las calles y se envuelven la cabeza con bolsas de polietileno. Era como una aparición cinematográfica o teatral. Una estampa intemporal de alto impacto. ¡Ja,ja!...

Me ponía en la puerta de la *Galería Santa Fé* o en la *Galería del Este*. También me paraba en Callao y Santa Fé en medio del ruido del tránsito. Había conseguido una flauta pequeña manejable con una mano y tocaba acordeón y flauta a la vez. Era como un pichón de hombre orquesta. No tendría más de veintiuno o veintidós años. La ropa me la hacía Lita Fuentes, una modista teatral de excelencia.

Las telas las había comprado en Quilmes, en una tienda trasnochada que vendía mercadería de cincuenta años atrás. La descubrí una vez que fui a visitar a María, mi niñera, que de mayor vivía en esa ciudad. Todos querían saber de dónde sacaba esos *chiffones*, esas sedas bordadas *deco*, esos brocatos dorados o rojos. Yo jamás dije donde estaba el yacimiento. Un día lo cerraron y nunca más.

PIPO Y LA CANA

Cuánto problemas tenía la cana conmigo, porque iba vestido de trovador. Cuántas veces me llevaron a la comisaría.

Hoy me cruzo con jóvenes y no tanto que van por la calle con el torso desnudo, descalzos, con pantalones cortos o trajes de baño, compartiendo las calles del centro y los micros con la gente que trabaja y anda vestida formalmente a pesar del calor. Veo a las chicas con los *shorts* un poquito mas arriba del lugar en que la pierna deja de llamarse así y pienso que hubieran hecho los melindrosos policías de los sesenta. No les hubieran alcanzado todos los cuartos de las comisarías para alojar tanta gente detenida. ¡Ja, ja!...

JUSTINIANO REYES DAVILA

El Pipo trovador está muy unido a la figura del uruguayo Justiniano Reyes Dávila, un vendedor de libros a domicilio de Tandil, que superando ampliamente su profesión original, se había transformado en un personaje fundamental de la cultura de la provincia de Buenos Aires, anfitrión generoso de los artistas noveles como yo. Entusiasmado con el joven poeta entrerriano, me ayudó a recorrer un hermoso camino artístico en Tandil, Bahía Blanca, Azul y en muchas otras ciudades y pueblos de la comarca. Reyes Dávila era también un humorista brillante y quedará en el recuerdo cordial de mucha gente, por sus valores humanos…y por sus ciento y muchos kilos de peso. Siempre recuerdo sus ingeniosas respuestas o reflexiones. Él decía que tenía “ridiculum” y no “curriculum”; “hagámoslo todo mal”, “la vida es un naufragio pero al revés, solo se salvan los que se tiran al agua”; “no tengo presupuesto para la tontería”.

Se llamaba en realidad León Sapiro (de origen judío libanés) y decía un chiste de un efecto maravilloso: ¿qué diferencia tienen los árabes con los judíos?... ambos somos semitas pero los judíos vendemos más barato.

Completaba con otra afirmación de alto rendimiento frente al público: “me gusta comer bife con ensalada… antes de cada comida”. Como en aquella época yo me psicoanalizaba, él aseguraba que a él también le iba muy bien porque hacía “todo lo que el psiquiatra le decía a Pipito” y por eso no tenía problemas.

Son infinitas las vivencias junto al *Gordo*.

Tenía insuficiencia renal y cada tanto se descompensaba. Una vez me avisaron que estaba internado de urgencia y yo tomé un *remisse* hasta Tandil, desesperado por no llegar a tiempo. Tardé algunas horas porque Tandil es lejos y cuando entré al sanatorio escuché una jarana de guitarras y de gente que cantaba. En la habitación estaba el gordo totalmente normalizado gracias a una transfusión y festejaba con sus amigos la recuperación rápida. Otra vez, lo dejaron irse a la casa andando, porque se sentía mejor luego de un episodio similar y se fue a una confitería a tomar chocolate con churros.

Yo estaba en la televisión y casi todos me conocían en la calle porque tenía un programa diario. Cuando me tocaban días libres viajaba a Tandil para estar con él y su hermosa familia. Era común que yo lo acompañara a los bancos y le llevara un enorme portafolio con documentación. La gente al verme quedaba perpleja y le preguntaba qué hacía un artista como yo cargando sus papeles.

“Lo tengo contratado como secretario”, afirmaba tranquilamente.

Fuimos invitados a una estancia, cuyos propietarios eran Amalita y Alfredo Fortabat. Yo canté mis trovadorescas al final de un asado criollo y Amalita le comentó a Reyes Dávila: “Ese chico que canta con el acordeón me parece un chico triste”. “Pipito no es triste señora. Pipito es patético”, respondió el *Gordo*.

Esa condición de tristeza y patetismo me ha acompañado toda la vida.

Al decir de Alejandra Pizarnik, cualquier día me voy a morir aplastado por una lágrima. ¡Ja,ja!

En una gran fiesta criolla, se homenajeaba a un legendario capataz bonaerense, y su hermana, una señora que entonces tendría mucho más de ochenta años (estamos en los sesenta) payaba con la guitarra. Su adversario era Lalo Figalo, un veterinario cantor que hacía furor en ese momento. Guapísimo y varonil, vestido como un niño estanciero con cinturón de cuero crudo con hebilla de plata, vaqueros a la moda y mocasines de *Guido*, dejaba el tendal.

Yo canté con mi pelo hasta los hombros y mi ropa de juglar con camisa de manga farol. Cuando la anciana cerró el show haciendo rimas, dijo:

*Yo le quiero agradecer*

*mientras templo la bordona*

*a esta linda señorita*

*que ha tocado “la acordeona.*

Más de quinientas personas lloraron de risa. La payadora jamás se enteró de que la señorita venía con premio debajo de su estrafalario atuendo.

Una de las anécdotas que más me gusta es la siguiente: Una mañana en que llegamos el *Gordo* y yo a una estancia, alertado por la peonada, se acercó al coche un capataz de unos sesenta años, con paso firme, enorme facón de plata atravesado en la cintura, sombrero negro, barba profusa y voz recia y sonora. Su presencia era imponente. Saludó al *Gordo*, repartió unas órdenes por aquí y por allá y pidió permiso para retirarse porque había mucho que hacer. El *Gordo* me miró y haciendo alusión al temperamental capataz me preguntó.

“-¿Sabés cuál es el problema de este hombre?

-No se me ocurre- contesté intrigado.

-Miralo bien cómo camina.

Yo volvi a mirarlo, con sus espaldas altas y fuertes, su paso marcial y su porte soberbio.

-*Gordo* ¿qué le pasa a ese hombre?

-¿No te diste cuenta? Es puto.”

Por supuesto, rompí a reír a carcajadas. Nada más alejado de la realidad. Era un maestro de la ironía.

Debo a Reyes Dávila mi amistad con Atahualpa Yupanqui.

Me lo presentó en Buenos Aires y lo trajo muchas veces a mi casa de la calle Paraguay a comer verduritas hervidas. El gran maestro ya estaba grande y su corazón había tenido mejores tiempos. El *Gordo* y Don *Ata* eran amigos entrañables.

Le envío mi saludo cariñoso de hijo espiritual a Reyes Dávila hasta su nueva morada que ya no está en este mundo.

ATAHUALPA YUPANQUI

Escucharlo era un privilegio. Sabía todo. Emitía una energía positiva que devenía en paz para sus interlocutores. Le llevé la guitarra muchas veces cuando actuó en ciudades de la provincia de Buenos Aires. Actuaba en la “Salle Gaveau” de París y yo le llevé la guitarra. Me sentí secretario de Dios. Lo ví cantar muchas veces en los teatros colmados de Europa que vibraban con sus vidalas que cortaban la respiración de un público que lo miraba como se mira a Dios. Su música era tan formidable que iba creando mitología a medida que tocaba. Sonaba a montaña, a arroyo helado, a humaredas de pastores, a sol quebrando rocas, a desolación y a muerte.

Durante el gobierno de Perón le habían quebrado un dedo de la mano derecha apretándoselo con una máquina de escribir. Eso lo hicieron porque era comunista. Los peronistas, que saben muy pocas cosas, no sabían que Atahualpa era zurdo. Pudo seguir tocando. Recuerdo sus trajes negros solemnes y una fina diadema de sudor en la frente. Los ojos achinados que miraban y rasgaban todos los velos.

Recuerdo sus coplas, tan mágicas que quedaban para siempre en la memoria como si alguien las hubiera grabado:

*Malaya mi poncho pobre*

*si se parece a las flores*

*todo lleno de remiendos*

*de diferentes colores.*

Comimos muchas veces en París en los restaurantes dónde podía pedir en castellano sin problemas, ya que Don *Ata*, nunca manejó con fluidez el francés. La intérprete oficial era Nenette, su esposa.

Tanta era su fama europea en los sesenta, que raramente pasaban diez minutos sentado a la mesa sin que alguien le pidiera un autógrafo. Aquel modo de fama, que no puede separarse de la admiración y del prestigio; la fama de los grandes que jamás se opaca y crece con el tiempo, sin depender de las apariciones en televisión ni de los escándalos de la farándula.

A Don *Ata*, le hago *chapeau* y me inclino para saludarlo porque es uno de los más grandes artistas de la tierra del siglo XX.

DADH SFEIR

Conocí a la gran actriz uruguaya gracias al *Gordo* Reyes. Pude verla actuar innumerables veces en Mar del Plata, en ciudades de la provincia de Buenos Aires y en la capital. *Ducho* es portentosa. Entonces cantaba en árabe, en castellano, en francés. Representa al Uruguay trascendente, al Uruguay políglota y culto. El pequeño país que supo iluminar Sudamérica con sus artistas memorables, talentosos, inmortales. Su vida y su ideología eran una. Sin fisuras.

Cuando frecuentamos, ella regresaba de vivir en el exilio sueco muchos años. Su presencia tenía fuerza. Ojos vivaces e inquisidores, una nariz importante que completaba su “máscara”, enmarcada por un largo pelo negro azabache, espeso y brillante. Era una libanesa de libro.

Se ponía un extraño vestido de gasa que le permitía transformarse: de pronto el cuello se volvía un pañuelo de cabeza, la falda una túnica romana que la envolvía. Recitaba poemas de Idea Villariño, contaba cuentos gauchescos de Don Verídico como nadie, cantaba tangos dramáticos como *La ultima curda* y hacía viajar a los espectadores por el profundo abismo de la belleza de la palabra pronunciada.

En Buenos Aires hizo entre muchas obras, entre ellas *Quién le teme a Virgina Woolf* y su actuación fue magistral. Años después la vi en Montevideo ya mucho mayor y no había perdido nada de su magia. La nombro en mis memorias porque aprendí mucho de su religiosa manera de ser actriz; entendí lo importante que es cuidarse, preservarse, para dar lo mejor en escena. Descansaba todo lo que podía en las giras, evitaba beber cuando estaba en tiempo de trabajo, se cuidaba la voz del frío y ensayaba con la concentración de una monja budista.

*Ducho* alcanzará los ochenta cuando estas memorias puedan leerse.

Es una intocable. Se merece cada distinción, cada premio. Verla en mi juventud fue una ocasión única de crecimiento espiritual.

WENCESLAO VARELA

Inolvidable. Un poeta gaucho uruguayo nacido en 1908 en el pueblo de San José de Mayo. Ya tenía sesenta años muy cumplidos cuando lo conocí. Con el sombrero negro de ala ancha puesto, el pelo blanco como la nieve blanca y un traje negro de funebrero, recitaba sus bellos poemas. “Qué lindo el campo, tenía bajo cada piedra un grillo…” era la línea que más me gustaba escuchar. En las giras bonaerenses que hacíamos con el *Gordo* Reyes y a veces con Atahualpa, allá por los sesenta, Wenceslao se lucía y levantaba suspiros, porque definitivamente, en esos tiempos la cosa telúrica arrasaba. Enfermo de casi todo lo que se podía estar enfermo, Wenceslado no podía tomar alcohol… por lo menos en público. Como nos tocaba dormir en el mismo cuarto de los hoteles y yo siempre fui muy transgresor, me ocupaba personalmente de llevarle en mi bolso la botella de ginebra. La familia lo requisaba antes de salir y recomendaba a todos que no lo dejaran beber. Él no era alcohólico ni mucho menos. Simplemente tenía vedado el alcohol por los médicos.

Lo siento, pero al cerrar la puerta de la habitación, pelábamos los vasitos que hay en el baño y nos clavábamos unos lindos *drinks*.

El tiempo se lo llevó, pero vive muy cerca de mí y me mira con sus ojos claros y alegra mi pasado con su estampa y su talento inigualable. Creo que junto con el admirado Yamandú Rodríguez, Wenceslao Varela y Osiris Rodríguez Castillo forman el triángulo que lleva la poesía popular uruguaya hasta la cima.

EGLE MARTIN

Egle Martin me llevó a *La Botica del Ángel* para presentarme durante una función repleta al legendario Bergara Leumann.

Apoyó fuertemente mi carrera inicial y su casa estuvo abierta para mí. Me introdujo en el *jet set* porteño y en el mundo de la farándula que manejaba muy bien. Con ella me sentí parte del “*tout* Buenos Aires”.

La vida bohemia de entonces me resulta inolvidable. En la casa de Egle se reunían entre otros Abelardo Castillo, el grupo *Almendra* incipiente, Sandro, las hermanas Socas Alvear, Rosita *Fru Fru*, actores, banqueros… toda una pléyade de gente interesante.

No me puedo olvidar del flaco Espinetta, joven y lleno de talento desbordante, canturreando las canciones que en ese momento acababa de componer, como *Muchacha ojos de papel* o *Plegaria para un niño dormido*. Egle preguntaba quienes se quedaban a cenar, ya pasadas las tres de la mañana y recién entonces se empezaba a preparar la comida y la noche se cerraba a pleno día. Escribimos juntos candombes y milongas que Egle me hace el honor de cantar, rodeada de tambores y acompañada de músicos de excelencia. Ir con ella a un cóctel era una experiencia. Todas las estrellas de *Antena* y *Radiolandia* de mi infancia la saludaban y le regalaban abrazos afectuosos. Se volvían reales las caras que yo conocía impresas en papel. El chico provinciano alucinaba.

En aquellos tiempos, las fiestas de la farándula eran deslumbrantes porque iban todos y estaban todos “producidos” para las fotos. Algo parecido a lo que son hoy las entregas de los *Oscars* en Hollywood. Se veían vestidos originales de los modistos de moda, joyas legítimas, peinados creados para la ocasión; se bebía y se comía mucho y rico, los camareros y los técnicos estaban en armonía con el ambiente festivo general.

Recuerdo una vez que pasé a buscar a María Vaner *Marilyn* por su casa en Palermo para ir a una fiesta. Estaba esperando el vestido. Tocaron timbre a la noche cerrada y alguien entró con él en brazos, recién terminado, impecable.

Recuerdo a Pinky el día en que se inauguraba el Teatro Municipal San Martín, vestida de negro con un modelo de Horace Lannes que tenía inspiración turca y se complementaba con un pequeño “fez” con borla.

El modisto estaba presente y se lucía con su obra sostenida por una de las más hermosas mujeres que han nacido en este país.

Recuerdo a la misma Egle, con hábito de monja color violeta obispo de *moiree* que le había creado Rosita *Frú Frú* para ella.

Hoy eso ha cambiado. Las fiestas son amontonamientos sin forma de gente de todo tipo, muchos de los cuales nada tienen que ver con el espectáculo. Los *super-stars* van de vaqueros con las rodillas a la vista, camisetas transpiradas y barba de tres días.

Es difícil encontrar varias figuras de leyenda en el mismo lugar. Sus presencias dependen de intereses de los medios y el ambiente general es deprimente, con los camarógrafos en chancletas y las bandejas pobremente dotadas. Sólo el día en que la revista Gente saca las fotos de los personajes del año, se recupera algo de aquel brillo y se puede ver a “casi todos” juntos.

Volvamos a Egle; Lucía Martínez Furque, la fantástica Egle. La *Negra* es una leyenda que no cesa de fluir, desde sus inicios en la revista porteña con pelo corto y flequillo. Me honra su amistad y me enriquece su cercanía. Sigue actuando, haciendo flamear alto el candombe rioplatense y despertando el rumor de la tamborería y los ecos dormidos de las fiestas del viejo Buenos Aires de color. Egle es, sin duda, una de las personas más talentosas y más “artistas” que conocí en mi vida. Ella lo sabe, siempre se lo repito.

LOS SESENTA

Los años sesenta en Buenos Aires fueron deslumbrantes.

Sólo el que los vivió puede entender su potencia y valorar su espíritu fundacional.

Las calles del centro viejo eran una fiesta de creatividad y color. Joan Manuel Serrat casi adolescente, se paseaba por la calle Corrientes con su guitarra al hombro y el pelo largo, adaptado a la bohemia porteña, haciendo amigos y cantando sus canciones antológicas. Horacio Ferrer lo entrevistó para la revista Gente y el público argentino empezó a conocerlo desde entonces. Buenos Aires siempre le fascinó desde su juventud, y es absolutamente sincero cuando manifiesta que una parte de él es argentina.

Por todos lados surgían artistas y se comunicaban entre ellos con fraterna generosidad. Recuerdo a Renata Schusseim dibujando y pintando un pequeño libro para regalarle a Serrat.

En esos tiempos los medios se ocupaban de los artistas y a partir de la energía que estos irradiaban, redactaban notas y hacían programas de televisión con ellos. Hoy la prensa fabrica sus propios productos al igual que hacen los funcionarios de la cultura y dan la espalda totalmente a lo que emerge del pueblo, a la verdadera cultura que es la que surge sin presiones para dar testimonio de lo que ocurre. El tema es que los medios son empresas y se subrogan el derecho de “crear” sus propios artistas, obviamente controlados y contratados por ellos. Algo parecido pasa con los funcionarios públicos de la cultura. Un director de cultura debe administrar el emergente natural del pueblo. Jamás debe programar a partir de sus intereses o sus gustos. Es un gestor, no un emisor.

Marikena Monti descalza, cantaba en francés.

Piazzola y Ferrer, los colosos del tango contemporáneo, estrenaban *María de Buenos Aires* con Amelita Baltar vestida de blanco, casi angelical, en contraposición con las Marías de hoy, que se empeñan en presentarse como mujeres de la calle, producidas exageradamente y vestidas de rojo. Piazzola vende su automóvil para pagar los gastos de la puesta.

La Minujín “epataba” a los porteños con su “Menesunda”. Marcial Berro y Marilu Marini aún no habían emigrado a Francia.

Se jugaba fuerte, se padecía el ideal, se pagaban los precios necesarios. No había *remisses* ni *catering* para los artistas. A lo sumo un taxi, si te daba la economía. Se ponía la vida en cada emprendimiento. Yo mismo comía salteado en esos tiempos, pero mi trabajo era impecable, el vestuario primoroso y la entrega no tenía fisuras.

JULIA DIAZ VERGARA

Julia nació en Misiones y llegó a la Escuela de Bellas Artes de La Plata a estudiar escenografía, uno o dos años después de que yo hubiera ingresado. Eso deja bien claro que es muuuucho menor que yo. ¡Ja,ja!...

Era una morena hermosa, con unas piernas torneadas y perfectas, adornada con una tonadita misionera que la hacía más graciosa y única. Desde que la vi, supe que su vida y mi vida estarían unidas. ¡Y cómo!

Julia me regaló a mi hija Carmela, que luego a su vez me regaló dos nietos y marcó para siempre la diferencia entre la soledad y la pertenencia.

Julia me acompañó largamente en mis tiempos de trovador. Actuó como mariposa en *La Fusa*, mucho antes de que apareciera la televisión en mi vida profesional. Julia fue mochilera y juntos viajamos al Paraguay y al Brasil y participó en las improvisadas actuaciones “alimenticias” (así decía Buñuel de sus películas comerciales) que realizábamos durante esas excursiones.

A partir del nacimiento de Carmela se formó una familia que hoy alegra y da sentido a mi vida. Ilustró mis libros, pintó “La Casita del libro” para *La Feria del Libro* de Buenos Aires, compartió conmigo charlas y actuaciones en muchos lugares y lo que es más importante, me dio su incondicional afecto y su desmesurada comprensión.

Juntos emigramos a España, ella con su marido, yo con mi compañero de entonces. Hoy nuestro vinculo es muy fuerte y la corriente de buen amor indetenible. Nos cuidamos mutuamente. Compartimos la felicidad de nuestros nietos.

Julia Díaz Vergara es una persona valiosa. Su fuerza creativa es sorprendente. Su capacidad manual y la plasticidad con que maneja los materiales, infinita. Hoy estamos muy cerca. Nuestra vida tiene mucho en común… menos la edad porque ella es muuuuucho mas joven que yo. ¡Ja,ja!...

SUSANA ITZCOVICH

El trovador también actuaba para los niños y tuvo un nido de amor y protección en la librería Pierrot de Susana Itzcovich, en el corazón de la Galería del Este, cercana al *Di Tella*, centro neurálgico de la bohemia y la intelectualidad del Buenos Aires de entonces. Susana llevaba adelante una librería especializada en niños y su acción cultural fue trascendente, porque el espacio funcionaba también como lugar de estallido de las vanguardias y todo lo que se producía o pensaba para los chicos, tenía presencia en su espacio reducido físicamente, porque era un local de galería comercial, pero enorme en su proyección de valores nuevos. Susana Itzcovich publicó también bellos cuentos del repertorio universal y es parte fundamental de la movida de los sesenta y setenta.

Para ese entonces decidí cambiar de Pipo Fischer a Pipo Pescador, para que el apellido sonara poético y sencillamente, lo traduje del alemán. Necesario es que diga que ese cambio de nombre, no fue pensado para ocultar supuestos orígenes que me avergonzaban como pretenden ciertos “investigadores” racistas y discriminantes, sino porque sonaba mejor un trovador que “pescara” niños, que un simple apellido extranjero, un sonido.

Cuando veo a Susana en las entregas de premios, en los actos culturales en que coincidimos, me alegro enormemente porque goza de un prestigio sólido y del cariño de mucha gente de la cultura que la reconoce como maestra y como persona fundamental en el género infantil. Nunca olvidaré su famosa “isla flotante” el maravilloso postre de clara batida y caramelo que ella hace como nadie.¡ Ja,ja!...

En su caótica casa-biblioteca-taller de la avenida del Libertador, pasé horas de felicidad y recibí cariño y amparo, en las tormentosas épocas de trovador ambulante.

EL GRUPO CAVIAR-NACHA GUEVARA

El grupo *Caviar* fue formado en los sesenta por el fabuloso Jean Françoise Casanovas. Los espectáculos que produjo en esos tiempos, definieron para siempre el rango de los espectáculos de cabaret en Argentina. Nunca se había visto algo igual; solamente los grandes shows de la revista porteña que yo no alcancé a ver en su época de oro, podían ofrecer ese nivel de vestuario, baile, actuación y electricidad. Es asombrosa la manera en que este muchachito francés entendió y puso en escena la mitología porteña, en especial el tango y sus mundos.

Vestido de mujer, bailaba el tango de salón con una majestuosidad inigualable. Prodigioso en sus *play backs*, Jean Françoise podía doblar una película acertando los movimientos de los labios sin el más mínimo desfasaje.

Vestido de negro con sus máscaras aterradoras, transformándose de virgen en espectro sadomasoquista, este artista dio luz a mis ojos de jovencito artista y marcó una senda de excelencia, que sólo fue igualada por Nacha Guevara. Nombro a estos dos grandes, porque sin ellos, el espectáculo argentino sería otro. Cuando yo estaba actuando con mi primera pieza para niños en el Teatro del Centro, veía a Nacha muy joven esperando a Norman Brisky en la puerta de la sala. Maquillada y vestida como una muñeca, sofisticada y única. Con pestañas de papel, flaca como una estalactita y con una presencia demoledora, empezaba su larga y fabulosa carrera.

Cuando hizo *Anastasia querida*, yo estaba recién salido del servicio militar y recuerdo que el público se escandalizó: su primer disco la mostraba en portada sentada en un inodoro. Nacha es fuego en escena; hoy la sigo viendo en todo lo que hace y no siento que el tiempo haya disminuido para nada su energía y su ángel. Verla fue y es una privilegiada experiencia teatral.

*Las mil y una Nachas* fue casi adictivo para mí. Corría el año 1973. Yo ya estaba trabajando en televisión. El *Margarita Xirgu* se estremecía con ese “monstruo sagrado” en escena.

EL VIEJO ALMACÉN

Mi profundo amor al tango, que comenzó con mi madre, que cantaba siempre tangos antiguos, se afianzó en mi niñez cuando mis padres me llevaban a los bailes familiares en los clubes de Gualeguaychú y se cristalizó definitivamente en *El Viejo Almacén* de Edmundo Rivero, legendario lugar de la noche porteña adonde yo tenía entrada libre. Allí escuché a los más grandes artistas típicos de este país, gracias a la generosidad del viejo artista y de sus hijos, Muni, Ligia y Jorge, que me ubicaban en donde podían, pero jamás me dejaban afuera en las rutilantes noches, donde cientos de personas del mundo venían a homenajear a Virgina Luque, a Alberto Podestá, a Leopoldo Federico, a Julián Plaza, a Pepe Colángelo y a muchos otros, con la presencia estelar de Rivero, maestro de cantores.

Rivero esperaba su turno jugando a los dados en la trastienda con sus músicos. Esa costumbre marcaba su profunda ligazón con el mundo tanguero. Por supuesto, cantaba tres tangos y se retiraba. Otra cábala, que pocos conocen, y que vuelve locos a los japoneses que contratan a los artistas y esperan que canten veinte o treinta tangos seguidos. ¡Ja,ja!... no sé si han transado con la “modernidad” pero la tradición es que se canten tres tangos y se bajen. Igual pasa en las milongas. Se baila una tanda que son tres y chau. Más, es levante.

*El Viejo Almacén* es un lugar fantástico, antiguo hospital para soldados, pequeño como una *boite* francesa. Cálido, multifacético, enclavado en medio de la leyenda urbana, acodado a la avenida Independencia, con su puerta mirando al bajo.

Escribí un tango para Rivero, recordando la reja que da a la calle Balcarce, la botella rota con una bombita de luz dentro y la voz grave del viejo maestro “oscura y tierna como el amor”.

Para Rivero, un malvón varonil de su ventana y un brindis a fondo blanco. ¡Salud, maestro!...

Estamos viviendo entre finales de los sesenta y el principio de los setenta.

**PIPO PESCADOR. INICIOS Y APOGEO**

PABLO LIJTZTAIN

Un padre del jardín *El Globo Rojo*, Pablo Lijtztain, se interesó por mí, viéndome trabajar con los niños, entre los cuales estaba su propio hijo. Organizó mi actuación en el *Auditorio Río de La Plata* (Figueroa Alcorta y Pueyrredón) un 6 de enero de 1972 a las tres de la tarde, con auspicio del entonces *Banco Ciudad*. La presentación fue un suceso y Pablo me acompañó durante muchos años en mi ascenso.

Puede decirse que el auditorio marca el comienzo oficial de mi carrera infantil. Por eso he tomado el año 1972 como hito de inicio. Esa misma mañana del 6 de enero había nacido mi hija Carmela. Pasé la noche sin dormir, la mañana en vilo por la emoción de ser papá tan joven e inexperto, me comí un plato de ravioles en la clínica y marché a mi primera función.

Esta no era mi primera experiencia teatral con Pablo. Antes habíamos inventado un *café concert* para niños en *La Fusa*, un local teatral que estaba por Pueyrredón y Santa Fé. Era propiedad de Silvina Muñiz y Coco Pérez. Había también una sucursal en Mar del Plata. Lo nuestro en *La Fusa* era *café concert* con mamadera libre. ¡Ja,ja!... así se llamaba, en referencia a la canilla libre de la época.

No es menor en mi vida esa experiencia. Primero, porque fui tal vez el primero que transitó esa manera de hacer teatro para niños, con ese estilo coloquial e íntimo que tiene el *café concert*; segundo porque compartía la sala nada menos que con Vinicius de Moraes, María Betania, María Creuza, Toquinho y todas las estrellas del entonces naciente *bossa nova*.

Me quedaba fuera de hora para escuchar los ensayos, charlar con los brasileros y compartir momentos maravillosos con artistas de fama mundial. Es posible que haya vivido una pasión con una cantante brasilera, tal vez fue con una de las más representativas de ese estilo musical maravilloso. Sin *La Fusa* el panorama de Buenos Aires en los sesenta y en los setenta hubiera sido otro.

Pablo fue un buen compañero de ruta y me ofreció su casa y el calor de su familia. Me ayudó a descifrar la gran ciudad que yo conocía muy poco y me resolvió problemas y se ocupó de la edición de mis canciones, con la *Editorial Antisopa*, que él fundó. Yo era un chico de veinticuatro o veinticinco años, llenó de salvaje energía que él supo canalizar.

Gestionó mis primeros contratos con *Canal 13* y también llevó adelante campañas con el *Banco Ciudad*. Él tuvo la idea del *Festival de la Canción Infantil*, que fue exitosa y dejó un *long play* que grabé con obras de autores desconocidos en su mayoría. Pablo también llevó adelante las negociaciones con la RCA. Fue lo que se dice un “manager” para los primeros tiempos de mi carrera. adelante las negociaciones con la RCA. Fue lo que se dice unentinaapo y seductor como pocos.dan millones de argentinos que fuer

Le estoy profundamente agradecido. Pipo Pescador es, en parte, una creación de él. Sin su serena capacidad de negociación, quizá este muchachito veinteañero que tocaba el acordeón en los jardines de infantes, no se hubiera transformado en un artista exitoso.

EL AUDITORIO RÍO DE LA PLATA

El *Auditorio Río de la Plata*, hoy felizmente transformado en estacionamiento, merced a las gestiones de alguno de los intendentes que la ciudad ha tenido que soportar en los últimos años, era un lugar especial, que nos habían legado generaciones anteriores, con capacidad para muchas personas, todo sol, luz y alegría.

Primero aparecieron algunos padres con sus niños, que andaban paseando por la zona y luego empezó a venir muchísima gente de todas partes y las funciones se transformaron en un éxito rotundo.

Las escenografías eran prestadas por *Canal 13* y se armaban divertidas ambientaciones, algunas alusivas a mi nombre Pescador. Redes, pececitos de cartón plateados…

Yo bajaba desde una cabina de control que había en las gradas altas, mientras una orquesta en vivo me recibía. Cuando trepaba al escenario, comenzaba una fiesta de participación del público que en su momento, no tuvo igual. Allí cantaba *Tubutacaesunahamaca*, *La Milonga del Fideo Fino*, *La Marcha de los Antisopas*, *La Canción del canguro* y muchas otras. Los padres subían al escenario a saltar como canguros con sus niños en el regazo y el espectáculo que ofrecían era imponente. Podían subir cien padres a la vez y llenar el escenario con una energía potente.

Los estudiantes de derecho de esa época que iban a la biblioteca de la facultad, alternaban penal y romano con “abajo la sopa” y “yo sé que mi papá no es un canguro” ¡Ja,ja!..Hay muchos abogados que recuerdan el bullicio que emergía del vecino auditorio y entraba por las ventanas de la Facultad de Derecho. Era tan fuerte la gritería que muchos detestaban la fiesta que perturbaba el estudio complementario de los fines de semana. A veces me encuentro con algunos y nos reímos con el recuerdo. Espero que no me toque nunca un abogado de esos de contrincante en un juicio o de juez en un litigio. ¡Ja,ja!...

Mucha gente acudía los sábados y domingos con sus hijos para verme. Se vendían boinitas de tela negra con pompón y acordeones pequeñas. Ya empezaba el *merchandising*, pero todavía era muy primitivo e ingenuo. Las boinitas eran hechas a mano por las esposas de los mismo organizadores y representaban un pequeño negocio “trucho” de aquellos tiempos, porque se vendía sin boleta, como si fueran chipas. El lugar se llenaba de hermosas chicas *hippies* de falda larga y flores en el pelo. Había docenas de bellezas que caminaban por los parques y se acercaban atraídas por la música.

Pronto el lugar sobrepasó todos los límites de capacidad. Cámaras de televisión, periodistas de radio y prensa escrita hicieron de mi presentación un fenómeno mediático. La bajada que realizaba desde la cabina de sonido hasta el escenario era cada vez más difícil. Los niños querían saludarme, los padres querían sacar fotografías y la orquesta repetía varias veces la presentación porque Pipo no llegaba nunca al estrado.

Había que poner a alguien que me abriera camino, dulcemente, pero con constancia y un poquito de autoridad. Algo así como un guardaespaldas de juguete.

MIGUEL VALENCIA

Allí aparece Miguel Valencia, un chico de diecisiete años que contrataron para ese fin. Era flaco, no muy alto, de pelo rizado color cobre. “Miguelito” se constituyó en uno de los seres luminosos de mi existencia. Fue un compañero incomparable, un amigo leal, una persona de esas que renuevan la fe en la vida. Me acompañó como secretario unos cinco años y viajó conmigo incansablemente. Conservo en el recuerdo un atardecer en Machu Pichu con Miguel y Carmela, todavía niña, en el momento en que una densa nube baja se interpuso entre nosotros, que dejamos de vernos durante unos instantes.

Siempre estaba conmigo y me ayudaba en todo. En la película *Luces de mis zapatos* necesitaban a un negrito que tocara la maraca. No había ningún extra disponible y alguien se fijó en él, que observaba la filmación cada día. Sin darle mucho derecho a negativa, lo maquillaron, le dieron unas maracas y lo integraron en la orquesta. De forma inesperada se transformó en actor y lo pasó de maravilla. ¡Ja,ja!

Cuando me fui a Europa, apretado por el gobierno militar que me asfixiaba, dejamos de vernos. Me enteré de que él también estaba de viaje porque tenía una nueva profesión, la gastronomía.

En la década del ochenta apareció en Madrid de visita. Venía de Ibiza. No se lo veía bien. Estuvo conmigo dos o tres días. Era tiempo de fiestas. Durante la Nochebuena se descompuso y empezó a vomitar. A la madrugada lo ingresé en un hospital porque había perdido el control de la mirada y sus ojos estaban desviados. Estuvo en un pabellón de infecciosos asistido por un respirador y en terapia. Su madre acudió desde otro lugar de España. La Nochevieja estaba peor y nos fuimos a nuestras casas con oscuros presentimientos.

Iba cruzando un puente sobre el río Manzanares a las tres de la mañana de un primero de enero del ochenta y cuatro. Vi la imagen de Miguel dentro de un círculo dorado que se alejaba rápidamente hacia el abismo.

A la mañana siguiente lo consideraron oficialmente muerto y tuvimos que verlo detrás de un vidrio, con sus veintitantos años y con una cartulina numerada en el dedo gordo del pié, tapado con una sábana hasta la cintura. Enviaron el cuerpo a Buenos Aires.

Durante mucho tiempo, una sombra me seguía por mi casa madrileña y yo comencé a asustarme. Miraba hacia una puerta y la silueta se disolvía en la oscuridad. Decidí consultar a un clarividente. Hoy ya no lo haría, porque el budismo me ha aclarado perfectamente los alcances de la muerte. En ese momento no tenía alternativa.

Me dijo que Miguel había muerto súbitamente y que su espíritu no se adaptaba al cambio. Que debía encargar una misa cantada de difuntos. Tuve que mentirle al cura, porque las misas se hacen luego de un año del fallecimiento y decirle que era su aniversario.

Una helada mañana de enero a las siete, asistí solo a una solemne misa de réquiem por mi joven amigo. Desde entonces, nunca más tuve apariciones. Buena fortuna y felicidad para Miguel Ángel Valencia.

**ANÉCDOTAS DE LA PRIMERA ÉPOCA DE PIPO PESCADOR**

En 1972, fui contratado por *Canal 13*, luego del éxito en vivo que logré en el ya mencionado *Auditorio Río de La Plata*.

QUIQUE FLOWER

Ese ridículo nombre setentista hubiera sido mío. Yo moría por llamarme así y me parecía divertido y actual. No sé quién me disuadió y me propuso traducir mi apellido del alemán y dejarme mi apodo de toda la vida.

Hoy me sentiría avergonzado. Es un nombre de comedia musical hippoide. ¡Ja,ja!... no podía dejar de mencionarlo porque es mi obligación compartir con el lector el alto riesgo que corrí en esos tiempos del cólera.

NIÑAS VIOLENTAS

Alrededor del año 1973, fui contratado por un gran colegio de monjas que hay en Belgrano. Tenía veintitantos años y estaba en la cúspide de mi carrera y de mi pinta. Llevaba el pelo largo, me vestía como *hippie*, salía en la televisión todos los días y cantaba con el acordeón canciones soñadoras.

Las buenas monjas consideraron que el espectáculo del galancito infantil era apropiado para niñas de todas las edades. Me presenté una mañana en un enorme salón ciego que sólo tenía una gran puerta vidriera y el escenario al fondo. Se sentaron primero las niñas pequeñas, luego las mayores y al final, las de los últimos grados que eran preadolescentes. Yo estaba ubicado desde mucho tiempo antes en un espacio que había detrás del escenario; era un espacio sin salida.

Mi show empezó con normalidad. Todas las niñas cantaban y respondían a mis estímulos. Al final, con los saludos, una niñita de la primera fila se levantó espontáneamente a darme un beso. Jamás debió pasar eso. Otra hizo lo propio y otra y otra, hasta que una muchedumbre se apoderó del escenario y las niñas mayores accedieron desde el fondo, empujando ferozmente a las niñas pequeñas y pudieron llegar hasta mí. Caí al suelo, manejado como un muñeco de trapo por la muchedumbre enardecida. Cayeron las niñas mayores encima de mí y comenzaron a tocarme, a apretarme los testículos, a besarme en la boca con frenesí, a darme mordiscones, a romperme la ropa y a arrancarme mechones de pelo.

Fue una experiencia horrible, una forma de violación que nunca había experimentado. Yo era un artista infantil; hasta ahora lo más violento que me había pasado es que me dieran un pegajoso besito de caramelo.

Las monjas, desesperadas se sacaban los gruesos cinturones de cuero y comenzaron a dar cintazos a diestra y siniestra mientras trataban de liberarme. Fueron unos minutos angustiantes. Quedé tirado en el suelo, semidesnudo, con la boca mojada con la saliva de muchas niñas distintas, con sangre en la cabeza y faltantes de cabello. Me lo tenía merecido por bonito.jaja!...

LA RATA

En la primera temporada en el teatro, cuando se abría el telón, yo bajaba desde la parrilla vestido de blanco en un avioncito-hamaca, con hélices que giraban de verdad. Mientras bajaba cantaba la canción del buen día: “Corre la luna redonda y ligera su lenta carrera y se va…”

Un *spot* potente me iluminaba en la oscuridad del escenario para destacarme. A medida que los niños me empezaban a ver aparecer en lo alto, los clamores y suspiros en la platea crecían. ¡Ja,ja!..

En esa función, el acostumbrado asombro estaba teñido de unos gemidos como de terror; mientras bajaba crecía el extraño rumor y mis radares de artista me anunciaban que algo raro pasaba.

Un niño me gritó: “¡Pipo, hay una rata grande en el escenario!” En efecto, en el piso me esperaba una enorme rata negra que se dibujaba apenas, en la tiniebla, lo suficiente para ofrecer una imagen dantesca. Parecía no haberse dado cuenta de la presencia de la gente y se frotaba las manitas y se rascaba la panza con total tranquilidad. El simpático hurón que tenía en ese entonces el teatro, no había sido efectivo; tal vez, como decían las viejas de los gatos, lo alimentaban demasiado y no se sentía impelido a hacer su trabajo.

ESPECTADORES EN EL ESCENARIO

Cuento esto porque sucedió y no es frecuente. No quisiera que se malinterprete como una fanfarronada. Era tanto el público que fluía en la época de oro, que los empresarios decidieron poner sillas en el escenario para que el público pudiera pasar y sentarse. No era cuestión de perder la venta de veinte o treinta entradas más. Resultaba muy extraño actuar rodeado de gente sentada, algo parecido a ser el muerto en un velorio ¡Ja,ja!...

Cuando un artista trabaja, percibe el interior del escenario como un ámbito privado y resuelve sus movimientos con la seguridad de que no es observado ni de atrás ni de los costados. Importa también la distancia con el público. Hay unos metros fundamentales que otorgan magia al artista. Esa es la razón por la cual la invitación de honor a un teatro siempre es la quinta fila al centro.

Antes de esa fila, los actores todavía son demasiado reales. Recuerdo que me daba un extraño pudor que la gente volviera la cabeza hacia atrás y me viera en calzoncillo cambiándome el traje ayudado por la vestidora. No hay nada menos atractivo que un actor secándose el sudor con una toalla, dándose unos lambetazos de polvo para opacar el brillo de la cara, mientras la vestidora le prende los botones de la camisa, le cierra la cremallera de la bragueta y lo sostiene del brazo para que se ponga los zapatos sin perder el equilibrio.

Los espectadores se comportaban en forma rara también porque no estaban en su lugar convencional sino que eran “como artistas”… todo el mundo los miraba cuando subían y supongo que se sentirían incómodos. Les tocaba mi espalda encorvada y mi perfil de anguila flaca. ¡Ja,ja!...

LA HUIDA DESDE EL CUARTITO DEBAJO DEL RING

Actuaba en una capital del norte argentino, en los lejanos setenta. Se trataba de un estadio que habitualmente ofrecía boxeo. Tenía que cantar en medio del ring que a su vez estaba en el medio del enorme hangar. Debajo del ring había un cuarto, que contenía guantes, toallas y otros enseres que se usaban durante las peleas. Había muchísima gente. Yo esperaba desde hacía una hora en aquel cuartito y podía escuchar el murmullo. Primero como zumbido de mosquito y con el tiempo rugido de león. Mi oído estaba tan acostumbrado a evaluar los rumores que podía calcular con bastante exactitud el número de personas. Digamos que el rugido anunciaba no menos de cuatro o cinco mil. ¡Ja,ja!

Salí de mi escondite, brillé una hora en el ring y me volví a meter en el cuartito, para esperar que la gente se fuera… pero la gente no se iba. Querían verme y tocarme. Yo usualmente no tenía problemas en aparecer, besar a los niños y firmar, pero en esa ocasión había demasiada gente y me esperaba un avión para regresar a Buenos Aires esa misma tarde.

Una nutrida cantidad de público esperaba sin inmutarse que yo saliera de mi escondite. ¿Qué hacer? A alguien de la producción se le ocurrió una idea “genial”. Le pidieron a un muchachito ligeramente parecido a mí que se pusiera mi boina con pompón y al grito de: ¡Ahí va Pipo!... salió corriendo gradas arriba como intentando escapar por las galerías altas. Todo ocurrió en un minuto; la gente comenzó a correr en dirección del chico, mientras yo me escapaba ágilmente por una puerta lateral del estadio y trepaba a un coche que me dejó en el aeropuerto.

No sé qué destino corrió el pobre Pipo “trucho”. Si lee estas memorias, le pido disculpas porque tal vez la pasó mal.

DORMIR VESTIDO

Tengo la rara costumbre de dormitar vestido boca arriba. Me acuesto cuidadosamente, estiro las prendas que llevo puestas para que no se arruguen y con las manos a los lados, “apolillo” relajado durante un rato. Esa costumbre proviene de la época de oro de Pipo.

Vestido de luces, me vencía el cansancio y no tenía tiempo de acostarme formalmente en una cama, desvestido y con pijama.

Aprendí a descansar así, con las lentejuelas puestas, maquillado y listo para el escenario o la cámara. Sueñitos de urgencia que me reponían para seguir con las largas jornadas de trabajo que a veces se extendían por doce o más horas. Nada debía dañarse ni arrugarse. Nunca tuve la paciencia de quitarme el maquillaje con crema de limpieza. Cuando terminaba el día, una ducha caliente barría con pinturas, lacas para el pelo y el cuerpo finalmente estaba liberado.

Un día visitaba con mi nieta la catedral de Sigüenza y de pronto ella exclamó: ¡mira abuelo, ese señor duerme igual que tú!... Se refería a la estatua de un caballero que descansaba sobre su antigua tumba de piedra.

EL NIÑO CON LA PATITA ENYESADA

Un día iba caminando por la calle Santa Fé, practicando “alpedismo” y una señora muy paqueta se acercdias por candos los niñño patita enyesada porque se habia maginaria ml mundo y residir en otros pavisin lo mismo mas barato y só a saludarme. Me contó que su hijo estaba con la patita enyesada porque se había quebrado jugando. El niño me miraba todos los días por *Canal 13* y estaba fascinado con el programa y el personaje. Yo le pregunté dónde estaba el niño y ella me respondió que ahí nomas por la calle Arenales. La acompañé, llamé a la puerta del cuarto del niño y entré. Lo que el niño sintió en ese momento no lo olvidó jamás. Muchos años después subo a un avión y la azafata me invita a pasar a primera clase por gentileza del comandante. El comandante era aquel niño.

EL AVIÓNESPERA

Me habían contratado para actuar en el ingenio Ledesma. Había miles y miles de niños en la fiesta. Yo debía terminar de grabar en *Canal 13* y marchar hacia Aeroparque para abordar el único avión del día hacia Jujuy. Mi presentación estaba ajustadísima. Llegar y subir al escenario para cerrar el show al atardecer. Un mecanismo de relojería.

Por una casualidad el centro estaba pesado (¡Jaja!) y se pasó la hora del despegue. pavisin lo mismo mas barato y sedio de la desaprobacibrque para abordar el o y residir en otros pavisin lo mismo mas barato y s Llegué unos 15 minutos atrasado. Alguien me transportó en un camioncito de los que andan por la pista y me subí al avión con mi valija en la mano, en medio de la desaprobación de los otros pasajeros. El avión me había esperado. Yo creí que mi figura había logrado ese milagro, pero con el tiempo comprobé que el ingenio Ledesma es muy poderoso y un llamado a la persona apropiada de la persona apropiada, lo realizó. Creerme tan importante me hizo bien en su momento. Había que tener alta estima para aguantar el ritmo que vivía en esas fechas.

EL LORITO REPETIDOR DE BARADERO

Regresaba de Rosario un día de otoño, vestido de Pipo y maquillado, con el tiempo justo para volver a aparecer frente a las cámaras. Había grabado algo a la mañana en esa ciudad y tenía mi programa a la tarde en *Canal 13*.

Miguel Valencia me sugirió descansar un ratito en la chacra de un tío que estaba al costado del camino, a la altura de Baradero. Allí comeríamos algo y luego emprenderíamos el camino. El chofer estuvo de acuerdo. Llegamos entre ladrido de perros y revuelta de niños excitados por la presencia inesperada de un automóvil. En esos tiempos no había celulares y no se podía avisar que uno llegaba de visita. Bajé del coche y me enfrenté a un niño de unos siete u ocho años que seguramente me veía por televisión. El chico quedó petrificado. Entró como en un estado catatónico.

“-Hola ¿cómo te llamás? -le pregunté.

-Hola ¿cómo te llamás? -me respondió

-¿Vos sabés quién soy yo? -agregué.

-¿Vos sabés quién soy yo? –dijo”.

Era un diálogo increíble. El pobrecito estaba tan conmovido que no podía discriminarse de mí y sólo repetía lo que yo le decía. Hoy, mi lorito repetidor tendrá unos cincuenta años. Vaya para él este afectuoso recuerdo.

LOS DIBUJOS EN EL VIDRIO

Los dibujos en el vidrio causaron sensación. Era algo tan simple como tomar un pincel fino, un plato con témpera blanca y trazar figura que con el rebrillo de la luz del estudio adquiría contornos mágicos, como de fulgor flotante. A veces cantaba mientras dibujaba y otras mi voz grabada recitaba algún poema. La cuestión es que esa fórmula fue inolvidable para los niños.

Dibujaba barcos, unicornios, soles, lunas y muchas cosas más. Aún hoy cuando firmo autógrafos hago esos dibujos que tengo automatizados como si fueran mi firma. Me gustaría que un grafólogo me cuente cómo se configuran esas formas en el cerebro para poderlas repetir con eficacia absoluta toda la vida con pequeñas variaciones pero sobre una estructura fija. Puedo hacer esos dibujos en instantes y son todos diferentes.

LA NOTA LARGA DE VIOLÍN

Grababa en la RCA en la calle Paroissien. Entonces, los músicos tenían “boxes” individuales y el operario debía organizar los volúmenes porque tocaban a la vez, como si estuvieran en un concierto. El que cantaba estaba en su puesto y si alguien se equivocaba, había que empezar todo de nuevo.

Aún conservo las “tortas”, anchas cintas de catorce o dieciséis canales que guardan los sonidos que dirigía Mike Rivas. Llegaban intérpretes de variadas procedencias, según los instrumentos que necesitaran. Todos leían a primera vista y en minutos estaba lista la improvisada orquesta para grabar. Ese día le tocaba a una canción bella: “Adónde está la música”. Empezó a correr la música.

De pronto, el violín que llevaba la melodía se trabó en una nota larga que descendía como si estuviera haciendo un *glisando*. De pronto cesó de sonar.

Se interrumpió la grabación y alguien miró en el *box* del violinista, un músico muy anciano. Allí estaba, sentado en su silla y levemente inclinado hacia un costado, con el violín apretado entre el mentón y el pecho. En la confusión nunca supe si murió en ese instante o unas horas después en el sanatorio, porque se lo llevó una ambulancia.

Sí supe que su vida se apagó haciendo lo que le gustaba hacer, acompañado de sus pares y en la dignidad del trabajo, cosa que pocos ancianos pueden lograr.

EL CUMPLEAÑOS DEL NIÑO ITALIANO

Fui contratado por una elegante señora italiana. Era el cumpleaños de su nieto y ella me quería en la fiesta. Se arregló todo y un coche me llevó el día indicado al lugar indicado. Gran casa en San Isidro, parque arbolado, personal de saco blanco, alto *standing*… “todo París”. Así decía mi querida amiga Lilia Vives, anticuaria en el San Telmo primitivo de los sesenta. Los niños corrían y saltaban y me costaba encontrar al cumpleañero entre tantos enanitos alborotados. Actué, nos divertimos mucho y llegó la hora de apagar las velas, sin que yo hubiera podido identificar al dueño del día.

Traen la torta, la iluminan y de pronto la buena señora aparece, teléfono en mano, hablando en italiano con un niño que estaba en Italia. Le decía quiénes habían venido a su cumpleaños, los regalos que tenía, que estaba yo y que le cantaríamos el feliz cumpleaños y los amigos soplarían. Allí me anoticié de que el “cumpleañero” estaba paseando por Italia y la abuela le había hecho un cumpleaños virtual en Buenos Aires.

Veamos como normal festejar el cumpleaños de un niño que no está presente y ungir como presidente de Venezuela a un señor que tampoco está en su país en el momento de la asunción del mando, ya que estamos en tren de disparate.

EL PIGMEO

Durante el apogeo de mi carrera, las demandas sobre mi persona eran agotadoras. Yo creía (tenía el corazón muy limpio) que cuando me invitaban yo debía responder porque era desconsiderado no hacerlo. No había entendido el juego económico; no había terminado de enterarme que la presencia de las figuras hay que pagarla. Recuerdo haber escuchado a un empresario famoso del momento hablando por teléfono (yo lo esperaba en un cuarto contiguo) negociando la presencia de la máxima estrella de ese tiempo, a la cual le iban a dar un premio en alguna ciudad provinciana. El empresario decía que agradecía el premio pero que si querían que la chica fuera, eso costaba dinero.

Vivía agobiado por las invitaciones a comer, por los homenajes en no sé dónde y las inverosímiles estrategias que la gente utiliza para convocar figuras de moda sin pagarles. Eso lo aprendí tarde y nunca fui verdaderamente duro en el momento de cotizarme.

Había un señor muy conocido que criaba caballitos pequeños en una estancia cercana a la capital. Los vendía, a precios siderales, a las grandes figuras internacionales que llegaban a Argentina para comprárselos. Este señor quería a toda costa que yo fuera un mediodía a su estancia porque llegarían unos clientes con niños que eran fanáticos de Pipo Pescador. Logró entusiasmarme con la promesa de que me regalaría un “pigmeo” a cambio de mi presencia y mis canciones. Yo llamé a mi padre, que en ese entonces administraba una enorme estancia, *Villa Lila*, en Entre Ríos y juntos organizamos los detalles para llevar el “pigmeo” al campo. Todos estábamos alborotados porque un caballo chiquitito, brioso, de cuerpo estilizado, era una rareza.

La jornada transcurrió tranquila, yo canté, fui aplaudido y al final me entregaron mi “pigmeo”. Pero no era un caballo, era un gallo pigmeo.

La decepción y la bronca fueron tremendas. El famoso señor ya no estaba cuando reclamé por él. El gallito durmió en el balcón de mi departamento en Juncal y Bustamante. A las cuatro de la mañana empezó a cantar con tal estridencia que despertó a todo el barrio. Esa misma tarde se lo llevó la señora que hacía la limpieza y el cuento termina aquí.

VELAS EN EL OBELISCO

Festejaba los 25 o los 26 años. Ya no puedo precisarlo. A José Melli, un amigo que ya ha partido, se le ocurrió una idea loca que prosperó porque yo estaba loco. ¡Ja,ja!...

José tenía un primo que era chofer de la línea 39 y el cumpleaños se festejó, todos disfrazados, al atardecer de un día de abril (29 es mi cumple) adentro del colectivo, mientras hacía su trayectoria habitual con gente desconocida subiendo y bajando. Eran los setenta. Otra Argentina.

Puede imaginarse el lector subir a un micro cuyo chofer lleva galera y chaleco de lentejuelas (mío) y donde adentro va Pipo Pescador tocando el acordeón y gente bailando y tomando champagne. Un delirio. La cosa terminó parando en el obelisco un instante y bajando todos a cantar la canción del cumpleaños feliz y apagando las velitas. Esas cosas hacía yo y… encontraba secuaces capaces de seguirme.

PIPO PESCADOR FRENTE A PERÓN, ISABELITA Y LÓPEZ REGA

Un día del niño, seguramente en 1974, había viajado a Gualeguaychú para pasarlo con mis padres. A veces hacía esas cosas; desaparecía porque sí en una fecha clave y dejaba a los productores hablando solos.

La cuestión es que habíamos ido a comer un asado a *Villa Lila*, el campo que mi padre administraba. Era cerca del mediodía cuando un *jeep* de la gendarmería se vio llegar a lo lejos, envuelto en una nube de polvo. Me buscaban a mí por orden de presidencia de la nación. Ahí salió Enrique Fischer, a toda máquina hacia la capital.

Al llegar, pasé por mi departamento en la calle Oro y Güemes, me afeité, me maquillé, me vestí, me puse la boina y, acordeón en mano, me presente en la residencia de Olivos, donde estaban reunidos miles de niños. Esperé mi turno en el despacho que Perón tenía en el parque, cerca de un gran tinglado donde estaban todos.

Cuando salí al escenario, sentados en la primera fila estaban Perón, Isabel, su mujer, y “el Brujo”. *El auto de papá* hizo vibrar a la concurrencia y Perón, con su sonrisa de chino, hizo los movimientos que hacían los niños.

Perón era un seductor natural; sabía exactamente cuál era el mejor comportamiento que debía observar en cada caso. Mi familia era antiperonista; en aquel tiempo, yo no tenía clara mi posición porque estaba demasiado ocupado con mi momento de gloria y confieso que no pude evitar sentirme atraído por su magnetismo. Al bajar del escenario fui al despacho y lo saludé. Era absolutamente encantador.

Estaba tan exquisitamente vestido que parecía un actor de cine. Era un hombre viejo pero muy bien puesto, alto y elegante. Sus ojitos vivaces escrudiñaban al interlocutor como un bisturí. Sabía halagar al otro y hacerlo sentir bien. Verlo era plegarse a él.

A Isabel y a López Rega los vi solo de lejos. No me apeno. Ninguno de los dos me interesaron jamás en lo más mínimo.

En otra parte de estas memorias volveré a tratar el tema de ese día en Olivos. Lo aclaro porque todavía no estoy gagá. Un detalle. Los niños estaban muertos de hambre. Habían sido recogidos de las villas a la mañana temprano. No habían comido en todo el día. Lo hice notar. La solución fue “manguear” a *The Embers* algo así como mil hamburguesas que los niños devoraron. No tengo constancia de que los organizadores del evento las hubieran pagado. Mi pálpito es que las hamburguesas fueron a inventario ciego. Puedo equivocarme.

TRES DIAS EN PARIS, TRES DIAS EN NUEVA YORK

Siempre me ha gustado viajar y, en cuanto podía, me tomaba un avión para conocer lugares nuevos. Después del último show del domingo me iba directo al aeropuerto. Dormía en el avión y llegaba a mi destino, el lunes por la mañana, bien descansado porque a esa edad y con la fatiga de tres shows, dormía durante todo el viaje. Al llegar, me tomaba un taxi y buscaba un hotel. No llevaba equipaje, sólo un bolso de mano porque el miércoles a la noche debía regresar a Buenos Aires para grabar en la televisión y luego volver al teatro.

Siempre volvía de mis viajes con algo raro que en Argentina no existía y que me servía para el teatro. Recuerdo las primeras gorras con visera luminosa o los globos de metro y medio de diámetro que flotaban sobre el público mientras yo cantaba: ¡a qué vamos a jugar, vamos a jugar a la pelota…!

Los empresarios ni sabían que yo hacía eso, porque con las funciones vendidas, hubieran elevado su presión arterial. Yo decía que me iba a descansar al convento de *Los Focolaris* en la provincia de Buenos Aires o que me iba a ver a mi familia a Gualeguaychú. ¡Ja,ja,ja!

COMENTARIO DE NIÑOS ESPECTADORES

Un día, estaba diciendo mi *speech*  previo a la canción del tren:

“Cuando termina la jornada laboral, los papas dejan presurosos sus oficinas y corren a tomar el tren porque quieren volver a casa”.

Una niña me gritó desde platea: “Mi papá se va de la oficina al club porque dice que no la puede aguantar a mi mamá”.

Otra vez estaba diciendo mis complicados trabalenguas del tejo y de la teja. Una niña cruzó rauda el centro de la platea, subió al escenario y encarándome con total desparpajo me dijo: “Pipo, por favor ¡dejate de decir pavadeces!”

Otro día siento una vocecita aguda que me grita: “-Pipo, yo soy medio “parienta” de vos. Me dijo mi mamá que ella es prima de una tía de tu papá y que yo vengo a ser sobrina segunda de tu papá y por lo tanto soy tía tuya. Cuando tenga tiempo, haré un curso de genealogía, lo prometo ¡Ja,ja!

Un niño sube al escenario durante una escena. Llevaba en la mano una *Bananita Dolca* toda manoseada. Me la ofrece: “Agarrate la mitad porque yo estoy medio empachado y ya me comí tres”.

EL CHUPETIN BOLITA

Cierro con una anécdota de final feliz, pero de desarrollo dramático.

Yo actuaba y muchísimos niños permanecían de pie al borde del escenario. Los padres los dejaban abandonar las butacas porque estando adelante me podían ver mejor e inclusive, tocarme los pies cuando me acercaba mucho. De pronto, un niño quedó paralizado con los ojos fijos y una palidez cadavérica que me asustó. Hice encender la luz y pedí si había un médico en la sala, porque presentí algo grave. El único médico que había en la sala, era un papá joven.

Tomó al niño de los pies con una sola mano y lo colgó boca abajo como se hace con los recién nacidos. Con la mano libre le dio un golpe seco y enérgico en la espalda y el niño largó un chupetín redondo de caramelo sólido que tenía alojado en la glotis. Unos minutos más y hubiera muerto asfixiado. Desde entonces, detesto los chupetines de bolita de caramelo sólido. No quiero que mis nietos los conozcan.

MOMENTOS ARTÍSTICOS QUE RECUERDO

Recuerdo la a la inefable mariposa de mi canción, siempre representada por alguna bailarina joven y bella que, envuelta en su cucurucho de tela verde, fingía comer y luego dejaba caer su prisión y mostraba un hermoso cuerpo envuelto en una malla blanca o negra y abría unas enormes alas bordadas en lentejuelas. La poesía del principio, servía para la transformación. Luego venía el rock y todos los niños se subían sobre las butacas y abrían los brazos fingiendo volar. Esa no era la única vez que se subían a las butacas. Los propietarios de los teatros me pasaban la cuenta día a día de las butacas rotas. Fueron mariposas Alicia Bruzzo, Elena Roger, Julia Díaz (la madre de mi hija) Griselda Siciliani y muchas celebridades más. Todo esto a lo largo de los años. Griselda por ejemplo, no había nacido cuando yo cantaba el auto de papá en *Canal 13*.

La máquina que se encendía y formulaba preguntas al público, luego reemplazada por el Anciano Enigma que hacia magistralmente Fabio De Tommaso, años después.

El árbol del show *Pipo para en todas las estaciones* del año, un precioso objeto teatral que podía florecer o perder hojas frente a los niños. Imposible acordarme de los colaboradores que tuve en aquellos tiempos. Mónica Vargas y Hugo Lagomarsino entre muchos otros.

Los dinosaurios con personas adentro, pioneros entre la parafernalia de muñecos cabezudos que vinieron después, la vaca *Amarela* que yo ordeñaba en público, con dos personas adentro y el balde lleno de lentejuelas blancas que volcaba sobre los niños.

Los títeres variados que me acompañaban, la preciosa cacatúa de *El mar esta serenito*, el Oso patinador que se caía y se levantaba mil veces al compás de su canción.

Posteriormente el payaso *Canuto* que se vestía en un minuto, hecho también por Fabio De Tommaso y yo, tocando el acordeón.

Anteriormente había trabajado en televisión con Canela en *La Luna de Canela* y en el programa *Buenas Tardes, mucho gusto* de la legendaria familia Muschnik. También en el viejo Canal 7 en el programa: *Después de los deberes* escrito por Sara Gallardo. Compartí algunos programas de Mirta Golberg con *Las trillizas de oro*, a quienes recuerdo con cariño.

Ese canal era el feudo indiscutido de la bella Pinky, que en esa época estaba en su apogeo. Nadie era importante si no era reporteado por ella en cámaras. Creo interesante comentar que esos primitivos programas iban en vivo y que muchas veces debíamos prolongar la presencia en el aire, porque todavía restaban minutos antes de que entrara la tanda comercial que marcaba el final. Normalmente se les pedía a los niños que dijeran una poesía. Eso suponía grandes riesgos porque nunca se sabía que diría el niño al aire y lo que dijera ya estaba dicho. Estábamos en el programa La luna de Canela y nos hicieron señas para que estiráramos un poco más.

Preguntamos quién podía hacer algo frente a las cámaras.

Una niñita pequeña y compuesta, llena de volados como un repollo, pidió que la dejaran decir un verso. Yo hice de filtro y le pregunte cómo empezaba. Me contestó que era el famoso “soy chiquitita”. Confiado la dejé seguir adelante.

Frente a la cámara dijo:

“Soy chiquitita

soy un juguete

me subo a una mesa

me caigo

y me rompo el oje…

SARAH BIANCHI

En el programa de Canela, conocí personalmente a Sarah Bianchi y Mane Bernardo, las insignes titiriteras que venían enalteciendo el género con presentaciones en los teatros oficiales y giras por el interior del país. Mi amistad con Sarah duró hasta sus últimas horas en el sanatorio Anchorena donde falleció, más de cuarenta años después.

Sarah fue una hermana mayor y un ejemplo en mi vida que está grabado para siempre. La acompañé y colaboré en muchas de sus actividades porque estar a su lado era para mí un placer. Viajé mucho con ella, le entregué en el teatro Cervantes el premio María Guerrero, participé en funciones de su Museo Argentino del Títere, le regalé muñecos antiguos que la fascinaban y no falté nunca a la noche de los museos, tocando en la esquina de Piedras y Estados Unidos con mi acordeón *Cirila*…

Sólo le fallé un poquito al final, porque me había pedido que tocara el acordeón en su velorio, pero confieso que no pude hacerlo. Era demasiado fuerte para mí y además podía interpretarse que yo pretendía robar con mi actuación, el momento sublime de su despedida, cuando cientos de artistas se acercaban a ella y le depositaban muñequitos, regalos, flores de papel y esquelas con palabras de amor y agradecimiento. Me enseñó que no hay que quejarse de nada y atesorar proyectos hasta el final. En efecto, quince días antes de morir, presentó su último libro en el Centro de la Cooperación. Tenía casi noventa años. Un año antes habíamos viajado a Bahía Blanca. Yo fui en avión y ella en autobús. Al regresar, yo sugerí que volviéramos juntos en avión y ella se negó. La amada Maryta Berenguer, amiga bahiense, me ayudo a develar las razones ocultas: no quería volver en avión porque la obligaban a embarcar en silla de ruedas por su edad, según los reglamentos de la compañía aérea.

Fuimos al aeropuerto y yo puse la cara frente al jefe de embarque y conseguí que me dejaran abordar llevándola del brazo, yo de un lado y Maryta del otro.

Fue velada en su museo, sobre una enorme pastilla de escenario que yo le había regalado y que me acompaño en la época de oro en los teatros. La cubrimos con su poncho como ella quería y comimos empanadas con vino, como ella quería. El diario *La Nación* me pidió una despedida y yo la escribí en el momento. La dejamos dormir la última noche junto a sus muñecos y nos fuimos, para regresar a la mañana siguiente y llevarla al cementerio.

Muchos de los que la amábamos, Edda Díaz, Maryta Berenguer, Silvia Paglieta los titiriteros de siempre, sus parientes, su secretaria Silvia Musselli y otros cercanos, la despedimos con enorme tristeza, aceptando la realidad de los años, sabiendo que personas como ella, no volverán a aparecer jamás.

Sus estrafalarios últimos deseos, escritos de puño y letra, dejaron claro que Sarah era lo que se dice, todo un personaje.

Su nombre completo era Sara Haydée. Como no le gustaba el segundo nombre le agregó una hache al primero y resolvió el problema.

BUENAS TARDES, MUCHO GUSTO

odosos﷽﷽﷽ñejemplo en mi vida que est el fin del mundo. todosEn el programa *Buenas Tardes, mucho gusto*, me presenté en cámaras por primera vez en mi vida. Lo conducía Ana María Muchnik y era de los primeros programas dedicados al hogar y la mujer. El libro que debía representar era del recordado Sergio Del Checo, y mi trabajo consistía en salir de una caja, vestido de muñeco y cantar:

*Mi vida fue muy triste y complicada,*

*yo nunca tuve nada ni siquiera un juguete,*

*al cumplir seis corriendo fui a la escuela,*

*a que el maestro ciruela me enseñara a leer!*

Recuerdo los nervios que tenía y las horas que tardé en aprender esa letra.

ANA INCHAUSTI

Quiero dejar un recuerdo afectuoso y agradecido a Ana Inchausti, fonoaudióloga y profesora de canto, que me ayudó en esos tiempos de exceso de trabajo y “ronqueras”. Gracias a su ciencia, pude salir adelante y rendir, con mis cuerdas cansadas del mal uso en lugares abiertos con sonidos inapropiados o a viva voz. A su casa de “Palermo chico”, acudían todas las figuras relevantes del momento, desde Mercedes Sosa a Julia

Elena Dávalos y en su casa también conocí a los queridos “Arroyeños” ya que “Chani”

Inchausti era su hermano. Guardo por ella un afecto enorme y siempre estará presente en mi vida.

MARIA BOROS

Era un personaje y sin ella toda una parte de mi vida dejaría de tener sentido. Me enseñaba a emitir la voz cantada, pero su castellano apenas balbuceado, le impedía hilar fino y pasarme sutiles enseñanzas fundamentales en el oficio. María ejemplifica perfectamente lo que se llama el aprendizaje de un idioma en su etapa meseta. Decía “el teatro de Culón, ¡que locura de último grado!... y otras expresiones similares.

Sabía lo que sabía de castellano y así quedó su sabiduría congelada. ¡Ja, ja, ja! Nunca mejoró ni empeoró su dicción durante los cuarenta o cincuenta años que paso en Argentina

Ella había sido una buena cantante y así lo atestiguaban afiches de la Europa de antes de la guerra. Robusta y bella, con sus claros ojos azules y su pelo rubio como el sol, María Boros, mi profesora de canto, colmó mis jóvenes años de magia y de exquisitas mermeladas. ¡Ja, ja!... Era además, una cocinera estupenda de goulash y otras delicias húngaras.

En su juventud había vivido el horror de la guerra. Su belleza deslumbrante debía ser disimulada con un espontáneo maquillaje de barro que su madre le improvisaba antes de salir a la calle a buscar agua potable. Los soldados rusos estaban por todas partes y una joven tan guapa correría una suerte nefasta si era descubierta.

En la década de los ochenta, la acompañe a Hungría a visitar a sus hermanos y familia, luego de muchos años de ausencia y participé de ritos entrañables de la cultura magiar y estuve a su lado cuando buscamos las tumbas de sus padres y hermanos en un cementerio abandonado, que había sido ocupado en cultivos y árboles frutales, al terminar la guerra.

Gracias a ella, Budapest no tiene secretos para mí, porque extendí largos meses mi visita y descubrí lugares inolvidables de esa bella ciudad del Danubio. Bajo el comunismo, con unos pocos dólares se compraban miles de “forits” y me di el gusto de ir todos los días a la ópera durante cuatro o cinco meses seguidos.

MARIA LAURA FACAL

María Laura Facal, doctora en fonoaudiología, autora de libros inolvidables sobre la voz, me ayudó largos años con su ciencia y me honró con su atención especial. Pero tantos años de gritar e imponerme sobre miles de niños chillando, sólo podían repararse con largos silencios trapenses. Llegué a estar veinte días sin pronunciar palabra, escribiendo en papelitos. María Laura, aunaba su experiencia científica con una delicada manera de enseñar a cantar acompañándose de su guitarra.

ALICIA BRUZZO

Antes de acceder a la fama, cumplí actuaciones en tabernas, cumpleaños y teatros barriales acompañado de Alicia Bruzzo, bella como una flor de escarcha, flaquita y movediza, con sus enormes ojos oscuros y dueña de una energía de potrillo en el escenario, que luego la vio brillar en piezas memorables. Me la había presentado Saulo Benavente. Alicia era sobrina de Alicia Miguens, la primera mujer del escenógrafo. Tendría entonces menos de veinte años. Estuvo conmigo algunos años y luego el destino inexorable la llevó a la fama grande y desarrolló su carrera de estrella. Mis recuerdos con ella son caseros, modestos, casi memorias de saltimbanquis. Con una enorme casaca colorada inflada por dentro con goma espuma hacía de "Tía Naturaleza"... una señora gorda que en invierno teje y teje y en verano borda y borda, según los versos de Marta Giménez Pastor. Nadie hubiera dicho que esa jovencita tan delgada, que se esforzaba por inflar los mofletes, lucharía toda su vida con la obesidad.

Alicia era demoledora cuando desplegaba sus dotes dramáticas y su figura caló hondo en la escena argentina.

Fue un especial honor comenzar junto a ella. Haber compartido las primeras horas de creación, aquellas que no se olvidan jamás.

ALICIA MARENGO

Fundadora del legendario Colegio Andersen de Belgrano, Alicia fue para mí un hada protectora. En los primeros tiempos de Pipo, ella ofreció el contrato de trabajo salvador para el joven artista que andaba a los tumbos con su economía, el plato de comida en el comedor del colegio, el contacto para lograr algo que en ese momento era necesario para construír la carrera. Sólida como educadora y firme en sus principios, es adorada por generaciones de jóvenes y hoy no tanto que pasaron por las aulas de su casa de estudios. Es además mi defensora apasionada; no permite que nadie me critique

y los detractores de mi figura se dan la frente contra un paredón…jajaja!...

Con Alicia Marengo hemos recorrido un largo camino de actuaciones, cumpleaños grupales, encuentros culturales y charlas. En los salones del Andersen he cantado mis tangos y he presentados mis libros. Todos los modos de encuentro de padres y alumnos, de niños y adolescentes, de maestros, de especialistas en diversos temas, han tenido espacio, bajo la mirada atenta de Alicia.

Su portentosa memoria le permite saludar por su nombre a miles de alumnos y exalumnos a quienes reconoce, a veces muchos años mediante. Madre y abuela, tiene entre sus nietos, uno con autismo que le ocupa muchas horas y la pone en guardia para conseguir las más modernas terapias. El crecimiento del Colegio Andersen, el anexo en Pilar, la escuela para autistas, única en su genero en el país, habla de su energía y su espíritu de avance. Alicia Marengo es uno de los puntales de Pipo Pescador y una buena amiga de Enrique Fischer.

MARTA GIMÉNEZ PASTOR

Yo había conocido a la extraordinaria poetisa y autora en ocasión de hacerme una nota en la revista *Vosotras* cuando estrené *Guau Tris* en el Teatro del Globo. Durante gran parte de su vida, había sido maestra. Al igual que con Sarah Bianchi, vivimos una amistad que se prolongó hasta su deceso. Sus canciones son preciosas y marcan una generación.

Marta Giménez Pastor ocupó un lugar fundamental en mi vida creativa; su talento era inagotable, su cultura igual de vasta y, al ser mucho mayor que yo, aportaba un bagaje de información, acerca de una Argentina que no conocí.

En su juventud modeló frente a Eva Perón para que eligiera vestidos, en la vieja residencia que se erigía donde hoy es la Biblioteca Nacional. Es fácil imaginar lo que significaba una tarde charlando con ella. Frecuentaba a todos los personajes de la cultura porteña, especialmente a los que ya eran viejos en los sesenta, testigos invaluables de otros tiempos. Gracias a ella conocí a Marta Mercader y a Mirta Arlt.

Con su hija Mireya, la asistimos en el momento en que entró a una cirugía de la cual no regresó.

MARÍA ELENA WALSH

María Elena Walsh, pionera absoluta, brillaba desde principios de los sesenta (*Canciones para Mirar* se estrenó en 1962 en el teatro San Martín) con shows y películas que pueden considerarse fundacionales. La historia del espectáculo argentino sería otra sin ella.

Mi carrera con los niños hubiera sido distinta sin el antecedente de su genio. Le debo mucho y lo reconozco siempre. Todos recibimos un destello de su fulgor. María Elena es la madre espiritual de todos los artistas infantiles de este país y de muchos otros países. Antes de su aparición no podemos hablar de espectáculos para niños importantes de verdad. Es a partir de ella que el género crece, se desarrolla y alcanza sus puntos más altos. Su talento enjoyó la niñez de millones de argentinos y le regaló espacios mágicos. Su obra es inmortal.

Los alcances sociales, intelectuales y artísticos de sus canciones para niños son infinitos. Eso, sin hablar de su obra para adultos que es harina de otro costal e igualmente prodigiosa que la infantil.

Yo la admiré intensamente por su talento y su valentía y tuve la fortuna de llegar de Europa un día antes de su fallecimiento y estar en el triste momento de la partida.

No fui su amigo. El día en que me la presentaron, tendió un muro frío entre su persona y la mía y estirándome la mano me dijo: “¿Cómo le va?” Y no dejó lugar alguno a un acercamiento. Cuando la llamé por teléfono, siempre fui atendido por otros y jamás pude volver a verla personalmente. Ignoro cuál fue su realidad, los juegos de su vida y las razones por las cuales era tan inabordable, por lo menos para mí. Lo que me importa es su legado incomparable, su valentía y su personalidad avasallante, que jamás se doblegó ante nadie.

HUGO MIDÓN

La Vuelta Manzana de Hugo Midón había comenzado en 1970 y se mantuvo muchos años en cartel. Este espectáculo era único en su género porque presentaba escenas ilustradas con canciones que versaban sobre los oficios. La coreografía era de Mónica Pechansky. El lugar que ocupa esta puesta es destacado. Junto al compositor Carlos Gianni, Midón lleva al máximo nivel la canción infantil ilustrada que había comenzado la Walsh y ese dúo (Midón-Gianni) que se constituye con esa obra, será fecundo y transitará un largo camino que sólo cortó la muerte, doloroso trance que enlutó al teatro infantil argentino para siempre.

Su lento e inexorable deterioro tuvo en vilo a muchas personas; la maldita enfermedad no lo perdonó y le hizo pagar duros precios. Los actores lo adoraban.

Sus canciones y libros, de una belleza sin par, cuidados y refinados, dejaron claro que crear para los niños era una tarea de alto vuelo. Yo cantaba en televisión *Bate que bate la clara y la yema*, canción de *La vuelta manzana*, que hablaba del oficio de cocinero y los niños se fascinaban. También *Construyo puentes para que me encuentres*… del oficio de albañil. Llevé su cajón y lloré amargamente su temprana muerte. Su entierro convocó a la farándula entera. No faltaba nadie.

Tuvimos contacto fluido toda la vida y acudí a sus estrenos y disfruté de su sensibilidad única.

CANELA

Canela (Gigliola Cecchín) brillaba entre los niños con su *Luna de Canela* en la que participaron actores de la envergadura de Enrique Pinti, entre muchos otros. Publicó bellos discos de canciones propias y del repertorio internacional. Con su belleza y su sonrisa pícara, ella fue un halo de frescura y afectividad para los niños que la amaban. Estoy seguro de que Canela fue la más destacada conductora infantil de todos los tiempos; su delicadeza, la elegancia de su presencia, el lenguaje cuidado y la búsqueda constante de excelencia para su público, no tuvo igual.

El incipiente Pipo encontró lugar y trabajo en su programa.

En sus programas no cabía un lugar común. Jamás explotó su belleza con ropa insinuante o transitó los caminos del mercantilismo que con el tiempo se volvieron rutina en muchas de las artistas que vinieron después. Canela fue un lujo para los niños de los sesenta. Tempranamente se retiró de lo infantil. Tengo una nota de prensa que compartimos, donde da las razones de su alejamiento: problemas de presupuesto para pagar ensayo a los actores, falta de apoyo para mantener en buena forma el programa y la demanda de sus hijos, a los cuales sentía que le quitaba tiempo, para insistir con un emprendimiento artístico que no crecía como ella hubiera deseado.

El programa *Colectivo Imaginario* que viene sosteniendo desde hace años, habla de su alto nivel intelectual y refrenda su buen gusto. Me dijo el otro día, en un encuentro fugaz, que seguía escribiendo y publicando libros infantiles.

Canela y yo, con la ayuda de otras eficientes personas, preparamos la habitación museo donde vivió Federico García Lorca en el *Hotel Castelar* de Buenos Aires.

Pipo Pescador tiene una deuda con Canela y le agradece con alegría, deseándole ventura personal.

DIBUJOS ANIMADOS ARGENTINOS

En los setenta había dibujos animados en la televisión, de variados orígenes. Algunos provenientes de Estados Unidos; otros producidos en el país como los del exitoso creador García Ferré que regaló a los niños personajes entrañables que hoy se recuerdan como símbolos de una generación. Hablo de Anteojito, Hijitus, Larguilucho y el Profesor Neurus, pero había más.

García Ferré fue el dueño absoluto de la imagen cinematográfica que miraron los niños argentinos en los sesenta y setenta. Todo un grande. Todo un maestro. Además de sobrio y humilde. Felicidades para él.

ZAPATOS ROTOS, MARGARITO, BALÁ Y OLMEDO."arcíla apropiada, el moentose vea vieja herida, pero siempre se quejue gestionan su proder..ece es la apropiada, el moentose v

Apareció *Zapatos Rotos* conducido por Mona, vinieron también los payasos españoles, Gabby, Fofó y Miliki, y fue a partir de principios del setenta que se tomó seriamente el tema infantil como "negocio" del espectáculo.

Imposible soslayar a Margarito Tereré y su mundo fantástico, de la mano de la querida amiga Jovita Díaz. Capítulo aparte merecen actores como Carlos Balá, que trabajaba con gran éxito en televisión y convocaba multitudes especialmente en los circos. Hay un reportaje de *Clarín* que compartí con él, donde confiesa que cursó solamente hasta sexto grado y toda su obra fue pura intuición. Bendita intuición que hizo divertir a varias generaciones que lo idolatran. He visto pasar una línea de transporte colectivo que lleva en sus ventanas un logo que representa la cara y el flequillo inconfundible del viejo artista, con una leyenda que dice “Feliz cumpleaños” y me emociona esa idea homenaje tan fresca y tan inspirada. Alberto Olmedo, unos años antes que todos nosotros, fue una presencia clave, dado que su talento extraordinario y su versatilidad para adaptarse a los papeles que se le encomendaban, le permitió crear un *Piluso* (1960/1967) inolvidable. No tengo claro si Olmedo hizo teatro para niños en esos tiempos. Presumo que se habrá presentado en grandes eventos del momento porque su popularidad era enorme, pero que no habrá hecho una temporada teatral completa, lo cual afirma más mi teoría de que, hasta principios de los setenta, no había conciencia de la explotación en vivo de los programas exitosos de televisión.

PANORAMA INFANTIL DE LOS SESENTA Y SETENTA

Yo llenaba teatros en la calle Corrientes, los payasos españoles, también. Recuerdo un *Luna Park* que compartí con ellos, colmado hasta el último lugar. Comenzaba una explotación de televisión y teatro que no ha cesado, recorriendo un largo camino en donde se ha visto de todo.

No era frecuente en esos tiempos que los artistas infantiles se destacaran tanto y figuraran a la par de los artistas para adultos, compartiendo, por ejemplo, la mesa de Mirtha Legrand de igual a igual con los consagrados. Los artistas infantiles de toda la vida eran los payasos en el circo, los magos y titiriteros en los festivales o los malabaristas en el parque. Podían ser geniales, pero estaban destinados a ser parte de un arte considerado menor.

Había teatro de autor y actores especializados en niños, pero su fama estaba reservada sólo a los iniciados. Conste que he buscado en Internet en estos días el nombre “Roberto Aulés” (un actor fundamental de la historia del teatro infantil) y no he podido encontrar un solo dato ni sobre su persona ni sobre su obra. Recién en el *Diccionario de Autores Teatrales* de Perla Zayas de Lima, que editó Argentores, pude hallarlo al fin.

Ese destino gris cambió para siempre. El espectáculo para niños empezó a jugar fuerte. No siempre jugó bien, pero sí jugó fuerte.

Hay una larga lista de artistas que con más o menos suceso cubrieron el espacio infantil durante esos años, apareciendo y desapareciendo constantemente y proponiendo cosas más o menos iguales a las que en un principio propuse yo: participación del niño en las canciones y shows, mensaje ecológico o formativo y cuidado especial en la presencia, con ropas fulgurantes y preservación del nombre en las marquesinas, es decir, configurándose profesionalmente, cosa que antes se había visto poco en el género. Raramente tocaban instrumentos musicales, porque esa era una destreza que no se adquiría de un día para otro.

Creo, en lo personal, que el desfile de artistas fue excesivo. Tanta gente y tanta alternativa aportaba muy poco y confundía a un público novel. Todos los actores y actrices que tenían un “bache” en sus carreras, aprovechaban para postularse como “ídolos” de los niños. El público jugaba con esta “lluvia” de estrellas y cambiaba de bando constantemente. Era tiempo de infidelidades; hoy te quiero y mañana no sé.

Todos sin excepción se apoyaron en la “participación”, sistema que yo implementé cuando nadie lo hacía y que me dio suceso porque era algo nuevo y servía a las apetencias pedagógicas del momento. Esa participación, que al principio era creativa y buscaba unificar la acción de los niños, dejaba un enorme espacio de interpretación personal de los movimientos que eran sugeridos, jamás manipulados.

Yo cantaba:

*¡Ay cómo trabajan*

*el cielo y el mar,*

*uno hace viento*

*y otro echa sal!...*

Los niños hacían viento y echaban sal como les nacía, en una coreografía variada y espontánea, que nada tiene que ver con las órdenes casi castrenses de los artistas de hoy.

En estos cuarenta años de carrera, he observado cómo esa participación se va volviendo compulsiva y forzada, hasta llegar a la mecanización que los fabulosos *Luthiers* ironizaron en la *Canción para moverse* que resume como ninguna la penosa evolución de esa tendencia que hoy es insoslayable para que cualquier artista en vivo sienta que es exitoso. Miles de canciones que dicen lo que hay que hacer, han copado también los espacios adultos y en los boliches bailables, es común el movimiento dirigido con canciones que ordenan mover la cola, dar un salto…

Yo estaba indignado con la irrupción de producciones y estrellas nuevas que iban desfigurando el ideal de “lo infantil” por la cual habíamos luchado los artistas formados en los sesenta, con una ideología de servicio y calidad que veíamos desvanecerse. Empecé a configurarme como un crítico y dije lo que pensaba abiertamente en los medios. Pagué el duro precio de meterme en las vidas y negocios de mis colegas y de suponerme mejor que ellos. Esa actitud, que no pude evitar y que aún hoy me acompaña, fue la causante de que yo no haya sido nunca considerado parte de la “farándula” y que muchas personas del ambiente tengan reparos con mi figura. Sonaba raro que un artista se erigiera en “juez” de sus colegas.

Confieso que me irritaban las apariciones constantes de nuevos artistas que copaban el mercado y desplazaban todo el tiempo a los artistas que habíamos logrado un espacio, sin tener nada mejor que decir. Una de las siniestras reglas de oro del espectáculo argentino, es la suplantación de personas por otras personas, sin razón alguna, solamente en homenaje a la novedad. Julieta Magaña resplandeció junto a los niños en los setenta. Bella y talentosa, emergía de una de las familias más tradicionales de la farándula (sus padres eran Ángel Magaña y Nury Montsé) y supo presentarse frente al público con su cancionero ágil y divertido y su indeclinable respeto por la profesión y por los niños. Julieta me honra hoy con su amistad.

Siempre pensé que no es necesario cambiar tanto los referentes de los niños porque éstos no pueden adaptarse tan rápidamente a los cambios de personas, así como no se adaptan a los cambios de maestras. La única razón era comercial, gente nueva que costara menos a los canales. Esa costumbre, está hoy en el apogeo total. Todos los días cambian las bailarinas de los programas de competencia y los galanes de las tiras. No se pueden configurar carreras; sólo apariciones fugaces y luego la nada. Hace falta un permanencia medianamente razonable para poder desarrollar un ideal artístico, para tener un espacio propicio para hacer crecer una ideología, afianzar una posición estética o adquirir peso propio para brindar desde un lugar valorizado, la obra que se ha producido en el silencio y que se desea mostrar.

Solamente se busca aparecer, lucirse, mostrar la cara para que los otros los vean, haciendo cualquier cosa, contando al noticiero un accidente que acabamos de ver, sin otro fin que el puro narcisismo. Eso lo saben los productores de televisión y han desarrollado una sabia programación que permite a miles de personas hacerse ver en su barrio, en su ámbito de trabajo, consiguiendo el famoso “minuto de fama”.

Me siento un privilegiado porque he podido estar presente cuarenta años. Yo soy un artista con principios y razones, no un trabajador dispuesto a servir a quien me pagaba a costa de mis principios. Jamás publicité una golosina o cualquier otro producto que no me pareciera apto para los niños. Recuerdo que rechacé una contienda cuerpo a cuerpo con un personaje popular de la Lucha Libre en esos tiempos porque no estaba dentro de mi estilo de trabajo y eso me costó disgusto y pérdida de dinero, pero no me arrepiento. Viajaba por el mundo en busca de experiencias nuevas, y no me importaba si mientras tanto los productores quedaban chaireando en el aire, maldiciendo al loco que tenían en su elenco.

Visitaba normalmente escuelas y actuaba en ellas, aunque todavía no existían las actuales salidas de los niños a ver espectáculos en forma masiva.

Respecto de la televisión para chicos, al principio de los setenta había una gran conciencia de calidad, que peleaba con las necesidades de ganar audiencia. En el diario *Clarín*, *Nación* y otras publicaciones se trataba el tema de la televisión infantil constantemente (Selva Echague, Ruth Mehl o Gloria Guerrero, entre otras) y se reprochaba el uso de la pantalla para negocios de corte grueso y poca calidad. Tengo en mi archivo docenas de notas de esos diarios, analizando las temporadas y advirtiendo al público sobre lo que vería. Es más. Un diario importante de este país, dividía las gacetillas infantiles en dos zonas: teatro para niños y televisión en vivo.

Eso podía ocurrir porque aún no estaban armados los multimedios que permiten hoy emitir cualquier cosa por televisión o en teatro, apoyados en la cobertura de seguridad que le da a la super-empresa la posesión de diarios, canales y radios. Actualmente, un crítico de un diario que pertenezca a un grupo, está imposibilitado de juzgar con libertad un producto de su misma empresa.

Veo asombrado cómo un crítico que hace unos años me dio un golpe brutal en su diario, porque no le gustó un espectáculo mío, porque le pareció demasiado comercial, hoy canta loas a shows sin libro, sin puesta, sin dirección y… en *play back*.

Felizmente los grandes diarios van dejando de lado la costumbre de criticar los espectáculos; reemplazan ese caprichoso y arbitrario ejercicio de destruir o entronizar a alguien por la información y la orientación. Hoy en día cada vez que voy a ver una película suelo leer en internet la opinión del crítico de cine y me sirve. Su opinión, digo, no su sentencia. Un panorama de lo que se trata la obra y una opinión es mucho mejor que una aniquilación que, como Atila, pasa el arado sobre las ruinas.

En mi juventud había un crítico célebre que tenía digestión lenta; había que arreglar que fuera a ver el espectáculo antes de cenar; si cenaba primero, todo estaba perdido.

ROCKY ROCK

El Confer trabajó muchos años duramente (ignoro si hoy sigue tan enérgico) y no se les pasaba casi nada que pudiera herir lo que ellos consideraban un buen "estilo de vida". Yo mismo lo sufrí en carne propia cuando en Canal 9 me levantaron *Rocky Rock* (1981). Con este personaje me adelanté a los tiempos algunos años. Era un trovador galáctico que provenía de otro planeta y no sabía reír. Cantaba *rocks* que yo había compuesto para él y que aún hoy me parecen buenos. Horrorizó al gobierno militar de entonces. Menos mal que los militares no llegaron al auge de los “*Transformers*” porque nos hubiéramos librado de ellos sin esfuerzo.

Los *Transformers* combinados con un dibujo japonés de estos días les hubiera provocado un ACV… a los milicos y a las autoridades del CONFER ¡¡Ja, ja!!

Dicen que una abuela de la élite gubernamental le encendió la tele a su nieto para ver al dulce Pipo y cuando vio mi personaje entró en cólera y consiguió que su marido diera la orden. La cuestión es que me lo levantaron en dos semanas y la prensa se hizo una fiesta.

*El rock es un fuerte zumbido*

*vibrante como un alarido*

*te hace picar el oído*

*es como un sarpullido.*

Rocky Rock representó para mí una nueva ilusión. Fue mi grito de protesta personal. Con su figura me adelanté un tiempo a lo que vendría. Como siempre pasa en este bendito país, me faltó producción, me faltaron posibilidades reales de crecimiento. Fue apenas una energía solitaria y aislada que no pudo sobrevivir. En otro lugar del mundo, tal vez hubiera sido un suceso. También Rocky fue un aprendizaje. Me enteré finalmente de lo que puede hacer la prensa, de la calidad moral de algunos periodistas.

Hasta entonces, con Pipo no había tenido problema alguno. Pipo venía rutilante y no había nada que decir. Otra cosa fue el tratamiento que dieron al fracaso. En ese entonces yo era todavía más ingenuo de lo que soy hoy y creía que la prensa era bien intencionada. Me mostraban cartas de niños que tenían “miedo” a mi personaje y luego me pedían que yo contestara las cartas. Todo eso les servía para revolver basura y prolongar el escándalo unas semanas. Tarde me di cuenta de que Rocky no volvería a vivir nunca más y que solamente estaba sacando fotografías en el velorio. Fue doloroso. Yo solamente quise aportar algo distinto. Joderse y tomar quina, es la mejor medicina.

A partir de entonces empezaron los llamados amenazantes para que saliera del país porque…. no había lugar aquí para maricones. Es curioso que recién entonces, los militares se acordaran de que yo podía ser un poco “modosito” ¡Ja, ja! Me dejaron trabajar cubierto de lentejuelas, con el pelo hasta los hombros, vestido como un “hippie”, con pantalones pata de elefante y pañuelo al cuello que colgaba casi hasta el piso. Mi personaje de Pipo sobrellevó sin problemas la “dicta blanda” pero aparentemente *Rocky Rock* provocó el rechazo unánime de la “dicta dura”. Me acompañaron al exilio mi hija Carmela, que tenía 9 años, y su madre, Julia Díaz Vergara, que viajó con su flamante esposo, todos en dulce montón, como diría mi vecina.

**ESPAÑA**

PRIMERA EXPERIENCIA PROFESIONAL

En España, me esperaba una invitación para trabajar en la Primera Cadena de Televisión española y allí me quedé cuatro largos años, para regresar con la democracia de Alfonsín. Recuerdo que conocí al “doctor” en la embajada argentina. Allí me dijo que los artistas teníamos que volver al país, que ya no había razón para permanecer en el extranjero, porque la democracia se había restaurado. Lo que no me dijo Alfonsín es que la democracia no traía trabajo para los artistas como yo. “Los hombres de la cultura son los desaparecidos de la democracia” tituló María Elena Walsh una inolvidable nota en Clarín, a poco de asumir el flamante presidente.

España fue una experiencia compleja. Lo primero que debo dejar claro es que en esos tiempos, los argentinos emigrados estábamos tan presentes en aquel país que comenzaron a rechazarnos. La fama que me precedía, llegó a los oídos de los entonces artistas infantiles españoles y los celos y temores no se hicieron esperar.

Se me demoraba todo, tenía una actuación en televisión un día y luego otra veinte días después. Pero no puedo negar que la pasé muy bien en lo personal, porque Madrid vibraba en el destape y la noche en las callecitas antiguas era una fiesta inolvidable.

Debo contar que en esa primera estadía en España mi vida pudo haberse terminado y sólo el instinto de conservación y la buena suerte que siempre me acompaña me salvaron. Fui con un amigo a bailar a un boliche de moda *Alcalá 20* y cerca de las once y media empecé a sentirme inquieto. Decidí irme y salí a la noche congelada con mi amigo que refunfuñaba porque le hubiera gustado quedarse y no entendía por qué yo me quería ir. Al otro día me enteré de que alrededor de la una de la madrugada, el lugar se había incendiado y habían muerto docenas de jóvenes asfixiados.

Algunas noches dormí en una curiosa bohardilla de uno de los barrios más antiguos de la ciudad. Era un departamento de techos bajos con el típico acceso a los tejados de pierna. Yo podía asomarme a la Madrid secreta que comparte el cielo con las palomas, la Madrid de terrazas pequeñas y soleadas, la azotea de la Villa y Corte.

La buhardilla madrileña resultó ser de Marilina Ross. Nunca hablé en mi vida con la inolvidable “Raulito”, pero puedo decir que dormí en su casa. ¡Ja,ja, ja!

La vida es rara. Ella había regresado a la patria, luminosa con el éxito avasallador que había tenido en España y alguien cuidaba su bohardilla, cuarto o quinto piso por escalera. Creo que decidí dejar de fumar una noche de invierno en que me di cuenta que se me habían acabado los puchos y no tuve fuerzas para enfrentar los diez tramos de tracción a sangre.

En Madrid primero y en otras capitales de Europa después, comencé a tocar tangos en el piano para ayudarme con los gastos. Allí se afianzó mi amor por esa música tan fascinante.

El dueño de uno de los lugares donde actuaba en Madrid, estaba en pareja con una bella mujer de la aristocracia española. Me sorprendió saber que entre sus títulos figuraba del de condesa de “Cabeza de Vaca”… Resultó entrañable descubrir que yo había oído mucho tiempo atrás ese extraño nombre. Fue en la escuela, porque así se llamaba Alvar Núñez, el legendario adelantado en el Río de la Plata.

El diario El País publico una nota que se llamaba “Argentinos al carajo”. No era fácil vivir y trabajar…

En España colaboré en el programa *La Cometa Blanca* dirigida por Lolo Rico y dibujé historietas en la revista *Don Micky*. En esos tiempos sembré relaciones y me forjé un lugar que me permitió volver a trabajar y realizar giras por docenas de ciudades con el espectáculo *La Magia de Leer* que se extendieron hasta muy entrados los noventa y publicar libros de cuentos como *Cuentos de Torralba de Calatrava* o *María Caracolito*, editados con la colaboración de la Diputación provincial de Ciudad Real, años más tarde.

LOLO RICO

Lolo Rico es una personalidad importante de la intelectualidad española. Su libro *La tv fábrica de mentiras* dio mucho que hablar. Hacía televisión para niños con un contenido muy cuidado, y su programa *La bola de Cristal* es referente de lo mejor en el género. Con ella aprendí mucho y no me sentí tan solo en un país desconocido.

Yo estoy agradecido a Lolo porque me ayudó a entender España y me presentó a gente invaluable como Rosa Chacel. Con Rosa Chacel cultivé una hermosa amistad que comenzó cuando ella me pidió que le recordara lugares y costumbres de Buenos Aires. Estaba escribiendo su libro *Alcancía de Ida y Vuelta* (1982) y quería ser precisa cuando nombrara algunos lugares porteños, ya que había vivido un tiempo en Argentina.

Rosa me refirió anécdotas jugosas sobre el ambiente cultural porteño de los años treinta y me dio miradas personales de celebridades como Victoria Ocampo y otras. Decía que la literatura para niños “era una estupidez”, para dejar claro que había solamente buena y mala literatura y que dentro de la buena, había alguna que se adaptaba mejor a un niño lector que otra. Yo siempre he pensado algo parecido. En nombre de la literatura infantil se han publicado mamotretos que no tienen perdón.

Rosa era mordaz y tenía un afilado sentido del humor. Un día la llevamos con el auto de Lolo al *Hotel Ritz* de Madrid, a un encuentro de homosexuales de toda España. Era pleno destape. Franco había muerto hacía unos poquitos años. La acompañé hasta la puerta y allí entró al vestíbulo del brazo de dos de los organizadores. Antes de dejarla atiné a decir: Rosita, ten cuidado, aquí hay mucha lujuria. Ella me contestó al vuelo: “no te preocupes Enrique, nunca me he sentido tan segura en mi vida, aquí a las mujeres nadie las toca”.

Vuelvo a Lolo Rico. El suceso que narraré, ocurrido en su casa del barrio Conde de Orgaz, marca la situación en que estábamos los argentinos refugiados en España a principio de los ochenta. Había una fiesta y el *tout* Madrid estaba presente. No daré nombres, pero con los concurrentes a esa reunión se había hecho todo el cine español de la década. En un momento, Lolo me presentó y dijo que yo tocaría tangos en el piano. Comencé a tocar *La Cumparsita* y los concurrentes, lentamente se fueron levantando para ir a otras habitaciones o partes de la casa. Se desparramaron por la casa, a la biblioteca unos, al parque otros, y me dejaron… ¡solo!

Rosa Chacel que estaba a mi lado me dijo:

“Hijo, si me lo hubieran contado no lo hubiera creído”.

Es comprensible lo que pasó. Los artistas tenemos muy clara nuestra zona de caza y mordemos si alguien se mete en ella. No guardo rencor por ese desprecio.

Lolo Rico hizo llevadera mi estadía en España. Ella me ayudó a comprender un país y un idioma que a primera vista parece igual al nuestro, pero que con la experiencia se revela como abismalmente diferente. Borges lo dijo como nadie: “Con España nos unen muchas cosas, solamente nos separa el idioma…”

Las tardes de invierno en su casona de las afueras de Madrid, su talento portentoso de escritora, el calor de su amistad, llenaron horas de felicidad que sin ella, hubieran sido de soledad y aislamiento. Lolo Rico sigue escribiendo y publicando, creo que ahora reside en Bilbao.

BLANCA ÁLVAREZ MANTILLA

Con el tiempo, todo se revirtió y España comenzó a mostrarme otras caras positivas y muchos de esos artistas fueron mis amigos y lo son hoy todavía.

El tema del acento no fue menor. Constantemente hostigaban desde la gerencia a la directora del programa de televisión en el que yo trabajaba, con ese tema. Era la transición política y todavía no se habían abierto las puertas completamente a la diversidad. Hoy conviven en los programas y tiras infantiles españoles todos los idiomas de la lengua sin problemas. Un zorrino es argentino, un gato es venezolano y una princesa es gallega. Cabe un homenaje afectuoso a Blanca Álvarez Mantilla, entonces gerente del área infantil de la televisión española, amiga fiel y compañera de viajes y tertulias, hoy desaparecida.

Con Blanca pasé una de las vacaciones portuguesas más lindas de mi vida. A la madrugada nos íbamos a alta mar a levantar pulpos en pequeñas barcazas, junto a los curtidos pescadores. Yo llevaba el acordeón y con la música me pagaba la experiencia. Una vez nos tocó un mar embravecido y tuvimos que atar a Blanca al palo mayor porque no podía estarse en pié y no había ningún lugar seguro en una nave tan pequeña. En casa de Blanca conocí a Pilar Miró, y trabé con ella una amistad sincera.

Blanca Álvarez había sido una de las primeras presentadoras de la televisión española.

EL AUTO DE PAPÁ CON CIENTOS DE MILES DE KILÓMETROS

Lo doloroso en España fue constatar que los payasos Gabby, Fofó y Miliky habían gastado mi *Canción del Auto Feo*.Cruzando una plaza, encontré unos niños cantando mi canción y quedé sorprendido; ignoraba que fuera popular en aquel país. Lo indignante fue encontrarme con cero pesetas en mi cuenta de derechos de autor. En la SGAE no había un centavo y nadie sabía nada. En SADAIC tampoco porque esto había pasado a doce mil kilómetros de distancia y no era popular internet.

Un largo y penoso juicio a SADAIC, conducido por Luis Mangiavillano Viegas, un abogado de un poco más de veinte años entonces, culminó en una discreta satisfacción moral y económica. Perdí millones y lo que es más duro, la posibilidad de ser yo el que jugara por primera vez con los españolitos, usando mi canción y beneficiándome con su fuerza arrolladora. El juez consideró negligente a SADAIC por no haber enviado las fichas internacionales correspondientes en su momento.

No tengo claro quién tuvo la culpa, pero alguien la tuvo. Si el dinero entró en la SGAE alguna vez, tampoco lo sabré nunca porque cuando hice el reclamo ya la contabilidad de esos años había cerrado y no quedaban vestigios contables de tanto tiempo atrás.

El robo de derechos que sufrí en España durante esa época, es la diferencia entre que hoy yo sea un hombre de recursos limitados y no un hombre rico.

Hubo autitos en las plazas y *shoppings* para que los niños se montaran, pagando cien pesetas de entonces y dieran una “vuelta” escuchando mi canción. Miles de niños cabalgaron miles de veces en esos autitos. Centavos, sólo centavos para mí, cada vez que se usaba el autito y mi canción, me hubiera significado una fortuna que nunca cobré. La canción fue usada en cientos de “galas” por los payasos.

Todos ganaron dinero con mi canción menos yo. Lamento no poder guardar de los payasos españoles el mismo hermoso recuerdo que guardan millones de argentinos que fueron sus *fans* en los sesenta.

Felicidad y buena fortuna para Gabby, Fofó, Miliky y su gran familia de artistas.

Con mucho esfuerzo personal y de la gente que me aprecia y valora en España, vamos logrando que los españoles se enteren de que la famosa canción no es de los “Milikys” sino de un autor argentino. La célebre revista *Interviú* me hizo una nota en Ciudad Real recién en 2004 y para eso alquiló un auto antiguo y realizó una producción importante para presentarme en sociedad y dejarme decir cuánto había sido dañado por la explotación de mi canción en España. La nota nunca salió. El poder vence sobre la justicia.

**LOS NIÑOS DE LOS AÑOS SETENTA**

Para definir el chico de los setenta, diría que era más formado y menos informado. Todavía la familia conservaba un estilo de vida de mitad de siglo. La televisión era importante pero no era excluyente como ahora. Se rescataban valores, personas y actividades independientes.

La enfermiza tendencia argentina a consumir lo que la pantalla pone de moda, aún no había contagiado a toda la población. El sicoanálisis reinaba y los argentinos revolvían sus fantasmas y sus culpas con los niños. Los padres pagaban sus culpas con paseos, caminatas, partidos de fútbol y visitas al teatro. El teatro estaba de moda, y la gente llevaba a los niños con naturalidad. Había dinero en la calle y aún existía una clase media que buscaba lo suyo con independencia.

Comprar una entrada para el teatro era una decisión de los padres, que todavía elegían y para elegir seleccionaban y se informaban. Se tenía muy en cuenta el jardín de infantes adonde concurrían los hijos y se controlaba la escuela bien de cerca. Yo diría que la decepción aún no se había quedado con todos los baluartes. Los chicos de entonces tenían más claro el camino. Si se estudiaba una carrera se podían obtener logros, el estudio hacía crecer y multiplicaba las oportunidades. Había violencia desde el poder, sin embargo era posible ver niños jugando en las calles. Los niños iban a las plazas, volvían solos de la escuela y la imagen de los agentes de seguridad, hoy tan común en las escuelas privadas no existía.

Tampoco se habían popularizado los celulares que permiten a los padres localizar constantemente al niño, aunque tal vez sería preferible que se comunicaran más con él. Los celulares aportan tranquilidad a los adultos, pero quitan espacio mágico a los niños que viven fragmentariamente sus experiencias imaginarias con el llamado de control. Esta afirmación se apoya en el hecho de que he estado jugando con niños, metidos en una trama dramática que les divertía, y a cada rato le sonaba el celular a uno de ellos, porque la madre quería que le contara cómo estaba y cómo se sentía en la reunión.

A veces los padres tenemos que discernir si estamos cuidando a nuestros hijos o estamos tratando de moderar nuestra propia inseguridad.

A los padres de hoy (2011) les cuesta entender por qué sus hijos son tan demandantes y ansiosos. Es prácticamente imposible compartir una reunión serena en un departamento donde haya más de un niño. Constantemente aparecen, cortan la conversación, riñen con los otros niños, empiezan a ver un programa de televisión y se aburren, quieren salir, quieren volver…

Tienen juguetes pero no pueden jugar, los piden con vehemencia y luego los dejan, los juguetes no son sus amigos, no los interpretan cabalmente, no se sienten identificados con ellos. Han abandonado definitivamente las actividades tranquilas como leer o dibujar. Tal vez habría que buscar una respuesta en la nefasta y mercantilista televisión a la cual los padres los entregan sin restricciones, priorizando el entretenimiento, la distracción, la ocupación banal del tiempo por sobre los proyectos en común, que unen y crean pertenencia.

La televisión utiliza la nefasta estrategia de hablar a los niños (y a los adultos) dando por descontada una adhesión incondicional que cala fuerte en las mentes inmaduras y les quita albedrío.

“Lo que los niños quieren…,” “Lo que deben tener…,” “Compralo…”, “¡Cómo!... ¿todavía no lo tenés?...”

Una de mis sobrinas, que tiene varios hijos pequeños, cuenta que un sábado los llevó por la mañana al parque, al mediodía a comer hamburguesas, luego al cine, después a jugar a los inflables y regresaron a la casa a la tardecita para cenar y acostarse. Los niños le preguntaron qué harían luego de cenar porque estaban muy aburridos. No están aburridos. No pueden dejar de recibir estímulos, tienen cataratas de adrenalina que no son capaces de contener, estructuras de ansiedad imposibles de desmontar. Luego viene el hartazgo de los padres y la agresión. Después sigue la culpa y la adquisición de nuevos objetos o de nuevas distracciones para lavarla. Es una rueda perversa que no deja de girar. Lamentable. Nadie protegió a nuestros niños de esto, cuando todavía era posible. Todo se había vaticinado. Cientos de ensayos lo advertían. Pocos escucharon. La televisión para chicos que yo comencé tenía asesoramiento sicopedagógico, porque era plena fiebre del sicoanálisis. No hacíamos nada sin consultar y analizar.

MIRTA GOLBERG

Mirta Golberg cumplió el delicado papel de asesora pedagógica con una calidad irreprochable. Culta, inteligente y conocedora profunda de la niñez, Mirta fue fundamental en mi carrera y aprendí mucho de ella.

Fue también, autora de un precioso programa (*Te Veo Veo*) donde participé largamente. Durante mucho tiempo, llevó adelante otros programas infantiles que hicieron historia y eso la ha perfilado como una autoridad indiscutible en el género. Con las famosas *Trillizas de Oro* trabajó mucho y muy bien. Aún tenemos una relación personal y nos encontramos cuando los medios nos piden opinión sobre alguien o algo relacionado a los niños. Llena de proyectos, tiene un programa *Caminos de Tiza* en televisión que lleva varios años en el aire.

Mirta Golberg es una página de la historia del espectáculo infantil en Argentina.

LOS PROGRAMAS DE T.V. INFANTILES DE LOS SETENTA

El formato era simple. Presentación, lectura de cartas, y generalmente un tema del día que se desarrollaba de distintas maneras. Yo dibujaba en el vidrio y cantaba canciones alusivas. En *Veo Veo* yo recibía casas hechas de cajas de remedios para terminar formando una enorme ciudad, diseñada totalmente por mis pequeños espectadores. Todo era en estudio, grabado previamente. Había visitas, y raramente entrevistas en exteriores. Trabajaban con nosotros los mejores actores de la época (Cecilia Rosetto, Enrique Pinti, Carlos Andrés Calvo, Adriana Aizemberg, Roberto Carnaghi… imposible recordar a todos) y sea con papeles cortos o largos, toda la pléyade de los setenta pasó por mis programas. Venían de visita las estrellas del canal y viajaban conmigo en el auto de papá. Fotografías en blanco y negro lo atestiguan.

A veces recibíamos dibujos animados europeos de gran calidad porque el canal accedía a ellos. Esos eran los mejores. Otras, debíamos compartir la pantalla con materiales de poca calidad y mucha violencia y no pocas veces había duras reyertas alrededor del tema. También soportábamos “visitas” no deseadas que venían impuestas desde la intervención. Hoy eso es normal en un programa de televisión pero entonces, no estábamos acostumbrados. Teníamos libreto y lo respetábamos.

Nos acompañaba un público de niños en grupos que se cambiaban cada tanto para evitar que se cansaran. Durante los intervalos, los artistas de entonces, compartíamos con nuestros niños encuentros personales que aún están en el recuerdo de los adultos en que se han convertido.

Una nota reciente en cartas de lectores de *Clarín* atestigua ese trato cordial y afectuoso que yo tenía con los niños. Una abuela cuyo nieto fue olímpicamente ignorado por una “estrella” de la televisión de hoy, me ponía de ejemplo recordando como traté a su hijo una vez que nos encontramos personalmente.

Con el tiempo, esa ceremonia del contacto en vivo con la gente, fue desapareciendo y el personaje de Gasalla de la estrella infantil que odia a los niños y se vuelve histérica y agresiva cuando está fuera de cámara, cobró realidad entre muchas artistas, cuyo único interés por los niños era el dinero que ganaban, ebrias de promoción y completamente desafectadas.

Los programas duraban una hora y los directores de cámara generalmente se sentían menospreciados cuando los asignaban a programas infantiles. No había *catering*. En una jornada hacíamos hasta cuatro programas. Lo que sí recuerdo es la problemática de los paros y las huelgas del personal técnico que nos sorprendía en el momento menos pensado.

María Inés Andrés, fue una honrosa excepción, entre los directores de televisión para niños. Amó sus programas y los cuidó como nadie. Yo tuve el privilegio de tenerla en el control varios años y la recuerdo con luminosa presencia. Que mi eterna gratitud llegue hasta donde ella esté.

El infantil era, a pesar de todos los esfuerzos, un género menor, tanto en televisión como en teatro, adonde nos conformábamos con el espacio que nos dejaban las obras de adultos de la noche.

Yo he trabajado con teatro llenos, en el reducido espacio del proscenio, con un fondo de tres metros y una escenografía casi tocándose con el borde del escenario, que ocultaba atrás el mamotreto de la obra nocturna. El escenario era para los “verdaderos” artistas. Nuestra entrada costaba menos de la mitad que las otras y no había mucha garantía de que hiciéramos algo que valiera la pena.

No puedo terminar de disolver mi fastidio hacia un rockero famoso (que murió hace algunos años en un accidente de tránsito), porque dejó sobre el escenario su equipo monumental un sábado a la noche y no cumplió con su promesa de levantarlo antes del mediodía del domingo. Cuando lo llamaron a su casa para exigirle que liberara el espacio, contestó que: “Pipo Pescador se podía ir a la mierda”. Él estaba durmiendo.

Toda mi vida estaba entregada a las canciones, las presentaciones en vivo y la tele. No tuve mucho tiempo para dedicarle a Carmela en sus primeros años, pero la vida da revancha y he podido lavar mi falta con mi nieta Guillermina y mi nieto Lucas, a los que ya les tocó en suerte un abuelo más desocupado.

LUCES DE MIS ZAPATOS

La película *Luces de mis Zapatos*, del laureado Luis Puenzo, significó una experiencia nueva para mí. Creo que es un bello film, con una fotografía irreprochable, la coreografía de Oscar Aráiz y las actuaciones de Norman Brisky y Luis Politi junto a muchas otras figuras. Puenzo se rodeó de la mejor gente del momento y su personal técnico fue de excelencia.

Gabriela Toscano recién comenzaba su carrera de actriz y tenía en la película unos ocho años. Miguel Valencia, a quien dedico una página en estas memorias, fue “arriado” espontáneamente para que apareciera como negrito tocando música.

Mi hija Carmela, que entonces era una bebita, tiene un flash vestida de princesa, luego de la escena en que la reina deja salir un montón de niños que estaban escondidos bajo su falda .

Las semanas de filmación fueron una buena experiencia; conocimos una vieja estancia de la familia Obligado y compartimos encuentros con sus integrantes. Un recuerdo para Blanquita Olabego, la maquilladora de esa producción. Durante la filmación apareció Carlos Palacios, que hacía un breve papel de hijo tonto de un malvado. Surgió una amistad con él que aún dura. Lo curioso: el hijo tonto se transformó en uno de los más importantes *régisseur* de ópera de este país. Hoy Carlos Palacios monta *Pagliaci*, *El matrero*, *Il Ballo in másquera*… y muchos otros títulos de alta gama.

Aún tengo que investigar bien si, en el cine donde filmamos algunas escenas, estaba en esos tiempos oculto el cuerpo de Eva Perón dentro de una caja que decía afuera Armada Argentina. Leí en el libro *Santa Evita* que estuvo un cine en la avenida Córdoba cerca de Chacarita. Debo dilucidar bien el tema porque yo me sentaba a descansar y a dormir la siesta sobre un cajón parecido al que cuentan. Si era ese el cajón, convengamos que es un recuerdo macabro. ¡Ja, ja!...

A veces chequeo la película en casa y en algunas escenas me veo un poco duro. La verdad es que yo nunca fui actor, en el sentido real de la palabra. Mi trabajo era trovadoresco y mi fuerte era la capacidad de enganchar a los niños en vivo para transmitirles la pasión del movimiento creador.

Mis nietos miran *Luces de mis Zapatos* y se ríen porque no pueden asociar al abuelo sesentón de panza cumplida, con ese joven flaco y largo vestido de blanco que enamora princesas.

LOS ZAPATOS LUMINOSOS

Hoy es común ver a los niños con zapatillas que destellan con luces multicolores. Ellos saltan y corren y las zapatillas laten con sus rayitos incandescentes. En los años setenta era toda una sorpresa ver en el escenario a un artista que caminaba con luces secuenciadas en sus zapatos. El mismo efecto de las lucecitas que giran vertiginosamente en las marquesinas, pero en pequeño tamaño, despertaba la admiración de mis niños de entonces.

Lo incómodo es que los primitivos zapatos debían alimentarse a través de un cable y yo salía a saludar caminando lentamente y tenía que detenerme cuando la “soga” no daba para más. El telón se cerraba sobre Pipo Pescador y alguien venía a desenchufarlo para que pudiera escapar. Algo parecido a un mono atado a una cadena. ¡¡Ja, ja!!... Justo es decir que la idea de los zapatos fue un golazo.

ROSARIO

Todo bicho que caminaba iba a parar a Rosario. Rosario era en los sesenta y setenta, la Broodway de la Argentina. En el hotel nos encontrábamos todos.

En esa ciudad conocí a mi gran amigo Enrique Guevara, que entonces se presentaba en un *café concert* con un actor vestido como Susana Giménez que se llamaba Susana “Shock” por la publicidad que la diva hacía en esos tiempos de jabón *Cadum*.

Es otra amistad que ha llegado hasta hoy, con la cual me honro. En Rosario vi bailar a la mítica Rita “la salvaje”. La recuerdo ya mayor, semidesnuda, divirtiéndose muchísimo con los jóvenes que estaban entre el público. Cuando calaba a algún niño bien, le preguntaba quién era. ¿Vos sos hijo del doctor tal?... para terminar asegurando que ella lo había “estrenado” a su padre hace muchos años, entre las carcajadas de todos.

Atesoro gratas memorias de Rosario y expreso mi eterna gratitud a Carlos Bermejo, el famoso conductor de radio y televisión que siempre encontró un lugar para entrevistarme en sus múltiples programas y me brindó una amistad larga y generosa. Rosario era una fiesta junto a él y su esposa, anfitriones encantadores que hacían fulgurar cada minuto de mi estadía.

Hace unos cuantos años, Bermejo hizo una gran fiesta para su programa *Magazine* donde concurrió todo el mundo. Desde Mirtha Legrand a Goyeneche, Ricky Martin incluido. Allí vi por última vez al Polaco Goyeneche y me saqué la foto, ambos con saco blanco, que atesoro para siempre.

En la mesa, un médico insigne me comentó que el Polaco tenía un determinado color en la piel que anunciaba su final y hasta me dijo cuánto tiempo duraría. Fue terroríficamente exacto. Allí aprendí que la falta de captación de oxígeno se refleja en el color de la piel. Goyeneche se quejaba porque le habían quitado el cigarrillo y me dijo: “Pipito no me dejan fumar, sin el pucho no puedo vivir”.

En Rosario volví a mostrar todo lo que hice en Buenos Aires y forjé un público ferviente que me fue fiel toda la vida. En Rosario pude ver mucho teatro bueno, porque actuaban los mejores y todas las salas estaban cerca y eran accesibles para mí porque me invitaban siempre a ver todo.

Otra característica del Rosario de entonces era que el público adoraba el teatro y llenaba las salas. Esa condición determinó semejante desborde de cartelera.

Una vez una señora le dijo a Don *Ata* (Yupanqui): “Venga a actuar a mi pueblo porque nadie viene nunca”. Don Ata respondió: “Por algo será señora, por algo será” ¡Ja, ja!

Sentados en la escalinata del Monumento a la Bandera, los jóvenes artistas de entonces veíamos salir el sol, muertos de frío, pegados unos con los otros como chimpancés. Amo esa ciudad por su escala perfecta, sus edificios clásicos, sus plazas generosas y el largo beso del río. Amo sus teatros, sus peatonales, el olor a café y a medialunas. Sus parques de arboledas viejas, que parecen salidos de un cuadro impresionista y sus palacios victorianos la hacen única. ideo FP ya está la Milonga del Fad con el fo. veces una mansa ciudad provincianay sus palacios victorianos la hacen as estridenc

A veces Chicago con sus historias de mafia, a veces una ciudad provinciana grandota y mansa como una elefanta de circo.

NINÍ MARSHAL

Unos pocos años después del *boom* de Pipo Pescador, fui contratado por un empresario argentino para recorrer gran parte del país con mi espectáculo infantil.

Quiso la buena suerte que el mismo empresario contratara también a Niní Marshall para que actuara a la noche en las mismas salas en las cuales yo actuaba de tarde. Eso significó para mí la posibilidad de sentarme en la platea gratuitamente para ver a esa dama actriz, muchas veces, y en diversas salas.

La señora tendría ya sesenta y tantos años supongo. Su bella piel rutilaba joven todavía y sus ojos expresivos bailaban al compás de las disparatadas secuencias de “*Se nos fue redepente*”, tal el título de la obra que representaba entonces. Verla fue un privilegio raro, porque Niní era más una artista de los cuarenta y cincuenta que de los setenta.

Siempre actuaba igual, su técnica era cuidada y jamás buscaba la risa del espectador más de una vez, especulando con la exageración de un movimiento o la repetición de un gesto eficiente. Cuando caminaba como Cándida, movía dos veces la cadera con torpe coquetería. Lo hacía sólo dos veces. La gente deliraba y ella, que podría haber sacado provecho repitiendo el movimiento para conseguir una carcajada más, seguía adelante sin inmutarse. Otras veces, decía una palabra mal dicha como “trípoli” en vez de trípode o “rensidencia” en lugar de residencia y no esperaba la reacción de la platea. Continuaba su rutina con la natural sobriedad de un gran artista que deja fluir la belleza y desarrolla armónicamente la escena sin conceder nada que altere la estética en función de un efecto fácil. El que no agarraba el pájaro al vuelo, no recibía ayuda extra. Compartí con ella algunos momentos inolvidables para mí que era un joven de algo más de veinte años, sorprendido por su sencillez espartana, su timidez natural y su religiosa entrega a la profesión, que estaba por encima de todo.

Recuerdo también un maravilloso anillo de brillantes que solía usar y que me contó se lo habían regalado productores de cine mejicanos en la época de oro.

En el velorio de sus restos, en el teatro Cervantes, compartimos con su hija Angelita frente al cajón cerrado entrañables recuerdos; ella, hablando de su madre y yo, de mi fugaz coincidencia profesional con una de las más portentosas artistas argentinas de todos los tiempos.

A la mañana siguiente, volví al teatro porque supuse que, una vez pasado el momento de los noticieros de la televisión, no aparecería mucha gente de la farándula para el entierro. Eso sucedió. Muy pocos conocidos llevamos el cajón. Tan pocos, que algunas manijas fueron agarradas por los empleados de la funeraria. Sirva este comentario para conocernos mejor: si no hay cámaras encendidas, no hay artistas disponibles en los grandes momentos del mundo del espectáculo.

Cuando salimos a la calle Libertad con el féretro y luego en el cementerio, una multitud de personas comunes, lloró a la portentosa Niní.

Pero la balanza es siempre justa: los que se ríen a carcajadas con ella son muchísimos y con el tiempo hay más admiradores nuevos. Esa cara de payasa no pasa desapercibida a nadie. Mi nieta vio una vez *Hay que educar a Niní* conmigo en la televisión de España y siempre recuerda a esa “tía graciosa que se hacía la niña”.

D ´Anunzio decía que no se muere, sino que se desciende al misterio absoluto.

EL DISCO AMARILLO Y OTROS

Hablaré un poco de mis discos que fueron varios. Quiero también expresar que mis canciones para niños son más de trescientas y que muchas tienen cierto merecimiento.

Los L.P. del momento reflejaron parte de esa inmensa obra. Llegué a grabar más de cien temas, pero… *El auto de papá* pegó fuerte y casi no dejó espacio para que el público conociera otras canciones. Le siguieron en suceso la *Marcha de los Antisopas* y la *Canción del Canguro* (que los padres jugaban en el escenario, llevando a sus hijos en brazos y saltando). Curiosamente a finales de los ochenta gustó una canción mía que sugería “malas” palabras y que hablaba de un cazador y un pajarito. El pajarito decía, hablando de su calzoncillo agujereado por las balas:

*ya no podré ponérmelo*

*porque está lleno de agujeritos,*

*no quiero hacer un papelón*

*se me verá el cu….*

La canción se llamaba “A la pipeta” y monté un espectáculo con ella.

Esto lo cuento porque tuve que escuchar hace un tiempo a una artista infantil decir que ella había inventado las palabras “prohibidas” en las canciones para los chicos.

No es todo. En mi primer L.P. ya estaba la *Milonga del Fideo Fino* y en la película *Luces de mis Zapatos* el *Guapo tanguito*. Hablamos de los años setenta y pocos.

Hay una autora de tangos para chicos en la actualidad, que también afirma que ella fue la primera en utilizar el ritmo de tango y milonga para los niños. Según ella, esta “invención” se realizó hace cuatro o cinco años, cuando se le iluminó la lamparita. ¡Ja, ja!...

El lector pensará que yo debería volar por encima de esos detalles. Sin embargo no puedo hacerlo. Me molesta siempre la injusticia, la postergación, el descuido en la información. Quien tiene una actuación pública, debería saber muy bien que está en un terreno lleno de gente susceptible, sensible al olvido. Gente para quién es muy importante que los demás reconozcan lo que inventaron o lo que inauguraron. A los científicos les pasa igual; los he visto enojarse porque alguien se atribuye una práctica que ellos hicieron primero.

El disco amarillo fue un capricho cumplido para mí. Tuvieron que importar discos de ese color que no eran frecuentes en esos tiempos. Unos años después se habían popularizado y los L.P. juveniles lucían colores estridentes. Adentro de la tapa del disco amarillo escribí los nombres de todas las personas que me ayudaron a llegar arriba. Aún no era budista pero el agradecer me ha salido siempre natural.

Me llamaba la atención la premura con que la empresa discográfica me hacía firmar contratos para nuevos discos. Salían uno detrás del otro sin parar… hasta que dejaron de salir. No había más discos, pero sí contratos para futuros discos que tal vez no se grabaran nunca. Tarde comprendí que la empresa discográfica buscaba tenerme atado. Hoy me sé todas las trampas y tengo armas para todas las batallas, pero no me sirve de mucho. Atahualpa Yupanqui decía: “cuando uno es artista nuevo quiere la gloria y la guita se la deja a las empresas. Cuando uno crece y aprende quiere la gloria y la guita. Ahí empiezan los problemas”.

Recuerdo una fotografía con varios niños en la confitería El Molino frente a una torta descomunal de cumpleaños. La fotografía era el reverso del disco simple *Feliz cumpleaños*. Todos los participantes esperaban el “ok” a la fotografía porque sabían que luego se podría “atacar” la torta. En realidad la fotografía más interesante fue la de la orgía de chocolate. ¡Ja, ja!...esa era “la” foto.

En la portada de uno de mis L.P. está Mañanita la paloma con las alas entrecortadas. No me gusta mucho. Los adiestradores de pájaros los tienen con sus alas intactas. Los veo en los shows de los hoteles de Europa con mis nietos. Águilas temibles, guacamayos y otros pájaros responden a las órdenes porque están adiestrados. No hay mutilación de sus facultades naturales. Vuelan y regresan a sus amos. Mi pobre paloma no estaba adiestrada; si le hubieran crecido las alas, posiblemente se hubiera fugado.

Escuchar esos discos hoy es extraño. Estaban pensados y mezclados para su uso en el Wincofon. El sonido es agudo y las estridencias marcadas, buscando efectos de sonido filoso, que gustaban en ese tiempo. Hoy se aprecian más los bajos y los armónicos finos, porque hay aparatos de alta fidelidad.

**FINALES DE LOS DE LOS SETENTA. EMPIEZA LA GUERRA**

Comenzaron las mediciones de *rating* de la pantalla infantil (cosa que al principio no existía) y nos levantaban los programas con más “agilidad” que antes.

Los canales fueron abandonando lentamente la ingenua posición que tenían respecto de la televisión para niños y empezaron a jugar sucio entre ellos, desconociendo el principio de no hacer competir programación infantil con programación adulta de manera que se pudo ver un programa para niños en un canal y en el mismo horario un culebrón en otro.

La guerra empezaba y las reglas se desdibujaban rápidamente. La televisión infantil ya no era vista como un servicio a la comunidad, sino como un negocio más. Algo mucho peor: la niñez dejó de ser un campo incontaminado de ilusión y afectividad pura para transformarse en un “mercado” interesante y no explotado. La calle Corrientes empezaba a ser tomada en cuenta y nadie quería perder el control sobre las actuaciones en vivo de los artistas, y eso se vio en los contratos, que ya no nos dejaban “libres” para hacer teatro y marcaban claramente que el canal entraba en el nuevo negocio con una buena parte.

Un caso inolvidable fue el recibo de una carta documento de un canal de aire de entonces, donde el director me pedía que “bajara el nivel de mi programa, para poder llegar a las audiencias más humildes”. Ese telegrama estuvo en mi casa durante años. A mí que soy una rata de biblioteca, lamentablemente se me traspapeló. Lo siento tanto… Si lo tuviera conmigo, podría decir el origen y la fecha. Estaría bien cubierto. Sin él, sólo queda la anécdota imprecisa. El éxito de mi Marcha de los Antisopas provocó un conflicto comercial entre mi canal de ese momento y una empresa fabricante de caldos, ya que yo aconsejaba a los niños, no tomar sopa.

Empezaba la guerra pero aún había códigos, digo esto porque comparado con lo que pasa hoy, aquello era un cantón suizo. Teníamos problemas, nos reuníamos para tomar decisiones, pero quedaba tiempo de revisar la programación, intentar cambios, etc.

Fundamentalmente había con quién hablar, éramos recibidos y discutíamos los acontecimientos. Nos encontrábamos en la calle también sin previo aviso, pero eso no era lo corriente.

Muy al principio, *Canal 13* estaba dirigido por los “cubanos” (Goar Mestre y socios) pero en muy poco tiempo, ingresaron a la televisión los famosos “interventores” de los gobiernos militares que reinaron con su desconocimiento del medio y su censura insaciable. Igualmente insaciable era su avidez por robar.

Los militares fueron rateros vulgares, apropiadores de las vidas que no les pertenecían y supieron entregar al país sin problemas, firmando como estatal la deuda externa que era mayormente privada. Los militares viejos que tuvieron poder, al igual que la bestia chilena, murieron ricos y poderosos y dejaron familias acomodadas para siempre que no se avergüenzan del origen espurio de sus rentas.

Muchos artistas fueron impuestos por ellos, ante el estupor de los que creíamos merecer lugares que nos eran usurpados. Mi presencia en los medios (portada de la revista del diario *La Nación* en 1972, póster de la revista *Billiken* en el mismo año, algo impensable para un artista infantil del momento y menos para un artista infantil varón, me consolidó fuertemente. Salir en aquellos tiempos en la portada de la revista del diario *La Nación* era todo un acontecimiento, lo mismo que tener un póster de regalo en la revista *Billiken*. Era el premio a una trayectoria y el aval de la gente que sabía valorar.

La importación de programas del exterior, cambió el panorama para siempre: ejemplos como *La Familia Ingals* o *Heidi* marcaron la tendencia, con algunos años de diferencia en sus apogeos.

Recuerdo bien esos tiempos porque mi hija Carmela vivía ilusionada con Heidi. Toda la parafernalia de la niña austríaca, la silla de ruedas de su amiga lisiada, el abandono y la orfandad y las escenas sentimentales cursis, culminó en una estética muy particular que pegó fuerte en el país. Los programas dieron protagonismo a un estilo de vida idealizado e inexistente en la sociedad argentina. Allí surgió la indumentaria victoriana que aún utilizan los personajes de las tiras para niños y adolescentes, los sombreritos y las faldas, los tiradores bordados, las caminatas por prados verdes con perros de raza…

Las bellas niñitas y niñitos rubios de la familia Ingalls dejaron una fuerte impresión en la estética de la niñez argentina, por lo menos de las clases medias. El huevo de serpiente que esperaba en el nido, la represión que quemaba la realidad, determinó que muchas personas decidieran congelar una niñez incontaminada, idealizada y libre, que vivía en un país ideal. Los niños tenían que ser rubios de ojos celestes y el mundo feliz… ciego frente a la matanza y el horror que se presentía.

Los dibujos animados eran crueles y fantasmagóricos. Tenían un alto contenido de violencia. Hoy se han refinado en su crueldad y agresividad, pero en aquel momento impactaban mucho porque eran los primeros.

En los setenta, el entonces flamante teatro San Martín, ofrecía excelencia para los niños y aún tenían fuerza los emprendimientos con títeres y se los consideraba una opción. *David y Goliat* de Ariel Bufano en 1977, fue una joya infantil que resultó piedra fundamental para iniciar la larga lista de piezas memorables que el teatro mantuvo en cartel, entre las cuales se destacó el célebre *Circo Criollo*, unos años más tarde. La inspiración llega hasta nuestros días.

Siempre lamenté no haber trabajado en el Teatro San Martín. Jamás fue escuchada ninguna propuesta de las que hice. Se me contestaba de la dirección que las programaciones ya estaban cerradas. Lo que nunca supe es cuándo se abrían.

Es curioso, pero en estos últimos años, han desaparecido María Elena Walsh, Marta Giménez Pastor, Sarah Bianchi y Hugo Midón. Con ellos se ha ido el fulgor de una época irrepetible.

LA FERIA DEL LIBRO INFANTIL

En 1989, participé activamente junto a Roberto Castiglioni y Marta Díaz en la primera edición y los autores se acercaban a los niños con una bella precariedad que no ha sido mejorada con las grandes puestas industriales de hoy. Fue en el pabellón “Freers” de la Rural y logró instantáneo suceso.

Hansel y Gretel caminaban de la mano entre los niños y los famosos leían cuentos, cosas que hoy todavía hacen. En las salas se podía ver teatro infantil del mejor. No olvidemos que el teatro es un género literario como cualquier otro.

Títeres y marionetas cerraban la oferta. El libro infantil fulguraba.

Esa Feria es una rara joya que aún convoca a un tipo de padres y madres fervientes que ha decidido que sus hijos tengan otras opciones durante las vacaciones de invierno.

LA FERIA DEL LIBRO DE OTOÑO DEL AUTOR AL LECTOR

En lo que respecta a *La* *Feria del Libro de otoño*  en Buenos Aires debo decir que esa magnífica ceremonia de la cultura nacional, se ha desvanecido y hoy no es más que un paseo neutral que podría perfectamente tener como motivo el libro, la venta de rulemanes o cualquier otro rubro imaginable. Simplemente la gente camina y pasea, los niños piden folletos y los guardan en bolsitas para tirarlos en la calle, cuando las madres les recuerdan que en la casa no hay lugar para entrarlos.

Hace un par de años, la feria estaba en una tarde esplendorosa de público; había miles y miles de personas caminando por ella.

Se dictaba una conferencia sobre Borges. Escritores de gran renombre, que habían sido cercanos a don Jorge Luis hacían la oferta imperdible. Preocupado por no encontrar lugar, me acerqué a la sala casi una hora antes y me puse en la puerta iniciando la cola. Cuando por fin empezó el acto, no había más de veinte personas.

Este ejemplo deja claro que el público que asiste a la feria, no tiene intereses relacionados con la literatura o por lo menos en ese caso no le interesaba Borges, que es mucho decir.

El ejemplo de las salas sin público se puede ver constantemente. Viene la familia, los amigos y ya está resuelta la presentación del libro o la charla. Por los pasillos abarrotados caminan y caminan multitudes.

Hay excepciones; la presencia de los intocables de fama mundial con mucha prensa en circulación. Si los rodea un escándalo mediático mejor todavía. Los escritores bostezan en sus mesas de firmar con una pila de libros aburridos enfrente. Jajaja!....

Ese fenómeno es nuevo, no hace mas de quince años atrás el público de la feria era público del libro y eso se hacía notar. La Feria del Libro es hoy una pura puesta en escena, casi totalmente ajena a la lectura. Lo mismo que el Teatro Colón, lo mismo que tantas otras expresiones de la cultura hoy invadidas por la tendencia populista de abrir puertas para poder decir que no las dejaron cerradas. Usar el Teatro Colón para cantar boleros, es simplemente quebrar su esencia, transformarlo en otra cosa. La gente se sentará en la platea, pero el prodigio de la ópera estará ausente y la experiencia Teatro Colón, será un pobre espejismo.

Sería hermoso que “todos” los que lo deseen pudieran ir al teatro colón a ver una ópera.

Eso sería verdadera justicia social, eso sería oportunidades iguales.

Ir al Colón a escuchar un festival de rock con amplificación no vale.

Espero que el lector interprete mis palabras en su justa medida. Hay quien piensa que el acceso a los lugares es un aliciente para el ascenso cultural. Yo pienso que no. Una persona que entra todos los días a limpiar un quirófano, no se vuelve cirujano con el tiempo. Jaja!...Se vuelve cirujano si va a la facultad y estudia.

He visto a una artista de la televisión firmando un previsible libro de poesías de su autoría con una cola de fans de ciento cincuenta metros y en el vecindario, un ilustre novelista argentino de fama internacional haciendo sapo y mordiendo su birome.

He tenido que esperar en plantón media hora para acceder a un vaso de plástico con un café que me quemaba las manos, y luego bebérmelo de pié. Gracias. Abandono. “Too much…” . Mi casa es más cómoda y menos conflictiva, porque yo soy un justiciero y sufro. Ver el éxito de la feria por tv es mejor y más descansado.

Hoy los libros especiales se consiguen en internet sin problemas. Las personas que tienen algo que decir prefieren otras opciones, otros ámbitos, menos ruidosos y concurridos con público más específico. Por cierto, los editores y libreros han aprendido a salir del paso y han montado productos atractivos que les permiten declarar que “venden mucho” y están conformes. Me alegro por ellos. No tengo nada más que decir, porque finalmente la feria es una feria. Si se las arreglan para vender libros, además de choripanes, pizzas, globos, llaveros y cuanta chuchería pueda uno imaginarse, los felicito.

Viene el tiempo en que debo abandonar para siempre la “estética burguesa” que ya no volverá. Prefiero aquella feria, serena, sin aglomeraciones, con confiterías donde te atendía un mozo y se podía tomar un té y charlar sin tener que hacer cola para luego usar frágiles tenedores de plástico quebradizos al comer un trozo de torta.

Aquella feria donde venían escritores de todo el mundo y el presidente de la nación se dignaba a inaugurarla. El último presidente que vi fue Menem. Alguien me dice que también fue De la Rúa. Yo no recuerdo haberlo visto. Seguramente a los presidentes les resulta más fácil aparecer por cadena nacional. Dicen lo que quieren decir a una lente. Bancarse la presencia real de gente que piensa y puede disentir es más complicado. Maria Elena Walsh le venía reprochando al presidente Alfonsín su inercia ante la ley del libro. El presidente hizo alusión a ese reproche públicamente y dijo textual: “yo sé que María Elena Walsh aquí presente esta enojada conmigo…” Había mas de mil personas y Alfonsín decía su discurso. Aquella feria era una arena donde los intelectuales y los políticos se medían.

Si hoy el presidente tiene que aparecer en vivo, mejor que sea con público alquilado, que dirá todo lo que le dicen que diga y aplaudirá como los extras de la tele cuando se lo indiquen.

Con la salida de Marta Díaz de la feria, ocurrida en 2010, quedó definida una nueva política con la cual yo no estoy de acuerdo, pero que responde mejor al modelo de estos últimos años, que deseo fervientemente tenga a largo plazo un resultado positivo para la cultura de nuestro amado país y levante el nivel del ciudadano común, para que la feria vuelva a llenarse alguna vez de gente con interés en la literatura, que colme las salas y discuta en los pasillos sobre temas relacionados con la creatividad y camine con bolsas llenas de libros valiosos.

Yo guardaré en mi recuerdo muchas salas repletas de niños que venían a cantar conmigo. La feria fue un ámbito cordial para mí en los ochenta y noventa.

LEER ES UN PLACER

En aquellos tiempos se leía más y el libro era una ilusión que se cumplía. Era el apogeo de las grandes enciclopedias, de los fascículos por entregas en los kioscos. María Elena Walsh, alcanzaba categoría de mito. Se vendían los libros infantiles como pan caliente. Elsa Isabel Bornemann arrasaba con sus niños enamorados.

Merece un párrafo mi posición respecto a los niños y la lectura: yo no creo que la lectura deba publicitarse porque no es una actividad a la que se accede por la compulsión que despierta un aviso.

Leer es un hábito y como tal, se adquiere en la infancia y se conserva el resto de la vida, porque es el resultado de la comunicación fluida entre la literatura y el individuo. He visto patéticas campañas en pro de la lectura que consistían en regalar libros a la gente en la playa, para ver con tristeza como al atardecer los libros quedaban abandonados y se volvían basura, porque una directora de cultura pensaba que se puede “degustar” un libro para luego leer otros como si de hamburguesas se tratara.

Para que el niño lea, los padres tiene que leer, la literatura tiene que tener presencia en la mesa diaria, debe haber tránsito fluido de libros y los autores y obras tienen que ser motivo de conversación, de análisis entre los integrantes de la familia. Tal vez una escuela que vuele alto podría crear ese hábito en un niño de familia no-lectora si sostiene largamente una política de acercamiento al libro.

Sólo la literatura salvará a la literatura, porque en ella misma está la clave de su propio suceso.

XUXA

El tema de Xuxa da para mucho, pero lo trataré brevemente porque lo que me interesa decir de ella es apenas conceptual. Linda, con talento, con una parafernalia de *merchandising* que nadie tuvo antes, brillante vendedora de discos e imagen, Xuxa transforma para siempre el espectáculo infantil. Yo me atrevo a decir, y esto es una opinión puramente profesional que no la toca en lo personal (la conocí en España y me resultó una persona encantadora) que esta artista brasilera frivolizó definitivamente el mundo del niño. Enfocó toda su obra a la venta y a la explotación y sacó de juego las manifestaciones creativas alrededor de la infancia que tenían valores, búsqueda estética o significado. Planteó un esquema que aún hoy tiene vigencia y goza de larga vida: martillar todo el tiempo las canciones del CD que está en la calle, exhibirse hasta el delirio haciendo todo y de todo, transformando el hecho artístico infantil, solamente en un desfile interminable de canciones pegadizas. Sólo baile y canto. Las acciones sociales, ecológicas y humanitarias orientadas al culto de su persona, a la adoración de su imagen y al suceso comercial. La etapa de los ochenta y noventa, que en Argentina fueron de alta frivolización también, le facilitó el marco ideal. Todas querían ser Xuxa y aun hoy lo quieren ser. Para actuar para niños hay que ser linda, cantar apenas y tener buen productor. Todo lo demás es irrelevante.

LAS ANIMADORAS INFANTILES DE MINI Y BOTITAS BLANCAS

En Argentina se empezaron a ver las primeras muestras de las vedettes sexys para los niños; todas le deben algo a Xuxa.

Apareció y sigue apareciendo una lista interminable de señoritas guapas de minifalda y botitas que coparon durante décadas la programación infantil. Apoyadas en su belleza y en esquemas impactantes aunque superficialmente tratados, como la ecología, el amor a los animales, la integración de los niños con discapacidad, las blondas artistas brillaron hasta el hartazgo.

El público se acostumbró a verlas en la pantalla infantil y luego en las revistas, exhibiendo sus romances, a veces con hombres viejos y poderosos. Algunas provenían de la revista porteña o del mundo “sexy”. Todo estaba bien. No importaba el origen ni la intención. Eran exitosas y punto.

Todas las temáticas eran tocadas en los programas de televisión, con la única condición de que se mantuviera la presencia omnipotente de la señorita guapa y que luego la temática tratada abriera la puerta para una canción o para un festejo. El dolor tiene que ser disuelto y la fatalidad transformada en alegría.

Todas las acciones positivas estaban destinadas a levantar la imagen de la “Xuxita” de turno. Si iba al *Hospital de Niños* a repartir regalos, era con las cámaras detrás, si visitaba una escuela carenciada, también. “Que la izquierda no sepa lo que da la derecha” no tuvo valor en este caso.

Ese sistema de concurrir a un hospital a levantar imagen ha tenido y sigue teniendo adeptos en el mundo del show y de la política. He visto llegar a la hija del poder de turno, bajar del auto, caminar hasta las primeras camas de niños terminales, hacer el gesto de darles un juguete sonriendo a la cámara, repetirlo dos veces más para elegir la mejor toma y salir a toda prisa como vino, sin dirigir la palabra al niño elegido, ni importarle la expectativa que creaba en los otros, que quedaban frustrados o recibían mecánicamente un regalo para cumplir, una vez terminada la “fiesta”.

No sé cómo calificar esa actitud; a veces no encuentro una palabra suficientemente vehemente. Tampoco a la prensa que se presta a esa parodia cruel, que es frecuente en las villas o en los lugares carenciados. Cero valores. Me fui por las ramas y debo regresar al “estilo” promovido por Xuxa.

El público argentino aceptó con adoración estas nuevas reglas del juego. Se formaron generaciones de padres de hoy que creen que esto es lo que se debe hacer para los niños y no vieron jamás ninguna otra cosa. Hoy tenemos a la vista el resultado. Basta con caminar por la calle Corrientes una tarde de vacaciones y fijarse dónde se orientan las colas de público. Quiénes tienen un cuarto de sala y quiénes sala llena. La mediocridad bien promovida logra milagros. Al decir de Groucho Marx: “Nada tiene más éxito que el éxito…”

SHOWS PARA ESCOLARES

Los ochenta y noventa trajeron una modalidad nueva en el mundo de los niños: el encuentro multitudinario de escolares en grandes espacios. Esto permitía a miles de pequeños, muchas veces de modestos recursos, asistir a un espectáculo por muy poco dinero. Con mis dos socios de entonces, los empresarios teatrales Roberto Bisogno y Patricio Colombo, montamos inolvidables shows como *La Magia de Leer* y muchos más y los paseamos por toda la Argentina. Era duro meterse en una combi a las 6 de la mañana y llegar a las 8 al lugar de trabajo para preparar todo lo necesario y dar dos o tres funciones seguidas en el mismo club o estadio. Al final del día volvíamos todos dormidos en la camioneta, en una especie de “cama redonda” que no respetaba ni nombre ni condición de ninguno y nos repartían en nuestras casas, a veces para sólo dormir y volver a salir al otro día.

Esa maravillosa y fecunda temporada de “escuelas” como la llamábamos, encontró su fin cuando la tragedia de *Cromañón* (2004). Estilo argentino genuino. Todo se descuida, hasta que ocurre un accidente.

Entonces comienza un control vehemente que dura un tiempo y calma la conciencia. Después nuevamente el caos. Todo bien. Así somos. Ya fue imposible conseguir que los padres y maestros salieran a encuentros multitudinarios y los niños se quedaron sin esa experiencia, que siempre terminaba en abrazos y besos con los actores y sándwiches compartidos en grandes rondas de niños sentados en el suelo. A esas giras fueron jóvenes actrices y bailarinas que hoy son estrellas y tengo fotografías que las harían estremecer, durmiendo la siesta sobre una parva de telones o maquillándose detrás del escenario con un vaso de agua para aflojar el *Pan cake*. Les agradezco sinceramente esas horas de felicidad compartidas y el estoicismo conque soportaron las incomodidades. Las tendré muy cerca de mi corazón junto a Patricio y a Roberto.

Durante esos años, una joven maestra jardinera y su marido, apoyaron fuertemente mis presentaciones multitudinarias en las escuelas y juntos, realizamos cientos de presentaciones, esta vez en la zona sur.

El matrimonio poseía un colegio llamado *del Árbol* que se destacaba de los demás por su gran calidad pedagógica y la relación que establecía entre la escuela y la familia. Cristina y Rubén García Urreta han sido también compañeros de trabajo y creatividad y están marcados con fuego en la carrera del Pipo de entonces, rondando los cuarenta años, con una energía increíble. Podía hacer cinco shows en un día. Hoy haría uno y breve, en lo posible.

LA URSS

En 1987 conocí a un funcionario ruso originario de Ucrania. Me escuchó tocar tangos en mi stand de *La Feria del Libro* y comenzamos una amistad breve que incluyó visitas al Viejo Almacén de Edmundo Rivero, el querido maestro, inspirador de mi amor por la música ciudadana. Digo breve, porque él venía a presentar un libro sobre la tragedia de Chernóbil (1986) y pronto regresó a su tierra. Me dijo que en unos meses me llamarían para invitarme a la URSS y que esperara con paciencia porque en ese mundo comunista todo marchaba lentamente. Unos meses después fui invitado a la Unión Soviética donde permanecí mucho tiempo y regresé en varias oportunidades. Allí me di el gusto de pasear en elefante por la pista del *Circo de Moscú* tocando el acordeón. También toqué en la calle frente a un público que aplaudía entusiasmado los tangos. Filmé un documental interesante y recorrí la inmensidad del territorio hasta Samarkanda y Bukara, en el fin del mundo.

Viajé por la compañía *Aeroflot* y aproveché una estadía gratuita de una semana en la bella isla de Malta.

Rusia fue una experiencia inolvidable. Caminar las calles de Moscú, ver a la gente haciendo colas con veinte grados bajo cero para llevarse un trozo de carne de res cortado, sin cuidado, con un hachazo sobre una enorme mesa.

Concurrir a las cenas de los funcionarios, con toneladas de caviar, vodka de primera marca y manjares traídos de todo el mundo, me hizo comprender cómo es el corazón humano. Yo tocaba tangos con el acordeón o con el piano y los hacía soñar en la sobremesa. Los salones herméticamente cerrados por el frío, con docenas de personas fumando sin parar eran asfixiantes.

En Moscú filmé varios documentales que están en mi depósito, en enormes “tortas” de un sistema Pall que hoy son irreproducibles. En aquellos tiempos, la Unión Soviética había adquirido, en Estados Unidos, cámaras y material de filmación que ya estaba obsoleto en aquel país. Cuando llevo las “tortas” a los nerviosos operadores de los estudios de imagen de hoy, las miran con la misma cara con la que mirarían a un Pitecantropus Erectus entrando por la puerta de calle.

Viví un amor en Moscú. Durante el día caminábamos por las calles heladas y luego entrábamos al departamento de su familia, donde dormían muchísimas personas hacinadas, debajo de enormes mantas infladas, supongo que rellenas de plumas. Entre ronquidos, caminando en punta de pié, nos dirigíamos a un rincón de la cocina donde había una cama esperando. Era sin duda el espacio más privilegiado de la casa.

Durante el día, tenía un automóvil a mi disposición y yo aprovechaba para recorrer la ciudad y descubrir sus misterios. Recuerdo el palacio Ostankino, totalmente abandonado, con pasto creciendo en las grietas de sus pisos de mármol, con partes del techo destruidas, cayendo la nieve sobre muebles de valor incalculable.

Recuerdo también los hombres morsa, abriendo pozos en el río congelado para tomar gélidos baños junto a su familia. Conservo en mi heladera, una caja de maquillaje para payaso con el sello de la URSS que me ofrecieron en los camarines del elenco. En esos tiempos, la gente tenía (teníamos) un olor fuerte, porque no había petróleo para calentar el agua de los baños y en mi hotel, el *Rossía,* solo se habilitaban las duchas una vez a la semana. No había dentífrico ni antibióticos. Había que tomar sulfamidas. Por suerte, no tuve problemas de salud. Imagino que una cirugía en esos tiempos, hubiera sido algo tenebroso.

Disfruté la amistad de un benemérito escritor de la URSS, llamado Lev Ustinov y comí muchas veces en su casa, aprovechando el privilegio de poder hablar en español con él, ya que Lev lo había aprendido en Cuba.

Era raro estar hablando con un insigne escritor ruso de pelo blanco y ojos claros, que hablaba como Amelita Vargas en sus películas. ¡Ja, ja!.....

De Lev es el cuento *El barril de miel* (Bochka mioda) que trata de la vida de un muchacho malcriado e insensible al dolor de los demás que llevaba como todos los jóvenes y niños de la Rusia antigua, un barrilito de miel colgando de su cintura para alimentarse cuando tuviera hambre en el campo. Endulzado por la miel, Peter ignoraba los padecimientos de la gente de la aldea donde vivía, dominado por un zapatero cruel y su hija. Le promete matrimonio a la malvada joven, olvidando su anterior compromiso con la hija del alcalde. Unas gotas de amargura que vierte su prometida en el barril, lo despiertan. Toma conciencia de lo que está pasando, lucha contra los malos y se transforma en el héroe del pueblo.

En Moscú vi ballet y ópera casi todos los días. Tenía entrada libre cuando quisiera. Los rusos hacen sentir príncipes a los invitados. En las escuelas de baile, los niños ensayan sus animados bailes cosacos con zapatos de hierro que pesan mucho. Fortifican sus piernas con el esfuerzo y cuando se los quitan para actuar, vuelan por el aire.

En un teatro de Moscú dedicado a los niños, con sillas pequeñas y edificio graciosamente disminuido, vi las obras clásicas infantiles, durante varias tardes.

Lo inolvidable para mí es que algunos príncipes y algunas princesas eran personas mayores que representaban papeles de adolescentes. Pregunté a Lev Ustinov acerca de esa particularidad y me dijo que los actores estaban contratados para esos papeles y hasta que se jubilaran los seguirían haciendo, sin importar el *phisique du rol*.

CARTAGENA DE INDIAS

Algo parecido me ocurrió con Colombia, ese bello y variado país. Canté en una fiesta porteña y me escuchó el entonces embajador colombiano en Argentina. Fui invitado oficialmente y permanecí meses en el hotel *Caribe* de Cartagena, estudiando la mitología de los piratas, las historias de la Inquisición y la rica tradición de brujas y hechiceros. Cartagena de Indias es un Toledo caluroso.

Fulgurante ciudad amurallada que hay que conocer y caminar. Allí viví un raro amor, en la vieja casona que una gran familia había mandado construir en el siglo diecinueve. Estaba en la Isla Bomba, zona donde dicen que García Márquez se inspiró para sus Cien años de soledad. Ese amor, con una mujer madura, enriqueció mi vida. Con ella aprendí secretos de la tierra, sabores de la selva y misterios de los pájaros que cantan las horas y anuncian el amanecer.

El Caribe es para mí una hermosa dama treinta años mayor que yo, culta y refinada, sofisticada y natural como una orquídea. Tal vez ya no viva; igual no me atrevo a decir su nombre, porque esas páginas de oro no tienen que opacarse con ningún error táctico. Los piratas que asolaron Cartagena, escucharon el eco de su apellido ilustre y temieron a la espada de sus antepasados.

La sangre más antigua de Sudamérica corría por sus venas y su amor por Colombia era tan grande y tan tenaz que quedó en mí, indeleble como la cicatriz de un mordisco de pasión. Conservo un importante material de archivo y espero poder escribir un libro sobre los piratas en el Caribe colombiano.

Regresé de Colombia lleno de riqueza cultural, acrecentado mi patrimonio de amigos y mejor cocinero, porque aprendí a hacer el “arroz con coco”.

Cuando lo prueben, justificaran este comentario que parece intrascendente. Abandono la crónica de Cartagena contándoles que un simpático joven que servía en el hotel Caribe donde me alojé largo tiempo se llamaba William Guillermo. Ese nombre repetido en dos idiomas me fascinó.

LIBROS Y DISCAPACIDAD

Los ochenta y noventa trajeron también la posibilidad de editar libros. Dejo un legado de obras literarias que escribí con pasión como el *Libro de Cabecera*, *Palabras* *para una maestra jardinera, el Libro Loco, Cuentos para contar en el ascensor, El libro de los chicos valientes, La magia de leer* y los tres libros destinados a que los niños comunes comprendan la realidad de los niños con discapacidad, entre otros. Es mi aporte a la inclusión porque nadie puede querer a quien no conoce. *María Caracolito* para el síndrome de Down, *Casa sin Ventanas* para el autismo y *La Campana bajo el Agua* para la hipoacusia.

Aquí cabe manifestar mi opinión sobre la inclusión de los niños con necesidades especiales en el mundo de los niños comunes. Para incluir a alguien hay que conocerlo y estar en condiciones de entender su mundo. De lo contrario sólo lo toleraremos. He visto muchas instituciones educativas que solo toleran a los niños con necesidades especiales. Es un paso ganado, antes ni siquiera los dejaban entrar.

Un colegio importante de barrio norte de Buenos Aires, en el cual iniciamos una encuesta sobre el tema de la inclusión en los ochenta, nos manifestó que un niño con síndrome de Down no daba con el “perfil” del colegio y por lo tanto no sería recibido.

Otro fue más “piadoso”: contestó que les encantaría recibir a un niño diferente, pero que, lamentablemente, no tenían personal especializado para atenderlo.

Ahondando más en la discriminación, debo informar que, aún hoy, hay colegios que no reciben niños enanos, con alguna deformidad o… cuyos padres ostentan una situación económica precaria, con autos de marcas secundarias o viejos.

En los ochenta, un funcionario de la embajada de cierto país árabe, tuvo problemas para anotar en un colegio privado a sus niños, ostensiblemente oscuros y delgados, vestidos con otro tipo de ropa que la que usan los chicos de clase media alta y que, a primera vista, les daba un aspecto de niños humildes. También debo contar que tuve una triste experiencia cuando, queriendo “incluir” en un espectáculo mío a un niño con síndrome de Down que pudiera actuar, me dirigí a una actriz, que como profesora de teatro, se ha destacado por su labor con los niños discapacitados. Cuando le manifesté que quería pedirle “prestado” a uno de sus actores más lucidos, para llevarlo a mi espectáculo, se cerró completamente y cortó la comunicación conmigo. No le interesaba que ninguno de sus “niños” especiales apareciera actuando en ningún lugar que no la incluyera, porque gran parte de su egolatría estaba puesta en la posesión de sus artistas. No importa quién era la famosa actriz; importa que la discapacidad es también un buen mercado para algunas personas que dicen que buscan el “crecimiento” de sus alumnos, pero en realidad, usan a sus alumnos para ganar dinero y poder, especialmente en la comunidad de la familia involucrada. Cuando aparece la oportunidad de liberar a los niños para que se manejen en la vida real, muchos maestros se vuelven avaros y miserables y sólo piensan en ellos y en mantener el control de su grupo.

La inclusión es, en realidad, un acto natural que los niños realizarán espontáneamente, con la sola condición de estar informados. He visto a un grupo escolar jugando a la pelota con un niño con espina bífida que no podía caminar y dos niños lo llevaban en “sillita” y corrían con él por la cancha, hasta que eran reemplazados por otros que hacían lo propio.

Los beneficios que recibe el niño común que incluye son inmensos: aprende a conocer y aceptar la diversidad de la vida, desarrolla sentimientos positivos y humanitarios, contempla el esfuerzo enorme que hace el niño con problemas para adaptarse a un mundo que le exige más de lo que puede hacer y aprende a ser fuerte y a sostener sus ideales hasta el final, además de familiarizarse con la realidad de la minusvalía, cosa útil, porque la vida es muy cambiante y da sorpresas y nadie está librado de los caprichos del destino.

Rechazo totalmente la peregrina teoría de algunos padres que consideran que los chicos con necesidades especiales “demoran” el aprendizaje de sus geniales hijos. Creo que lo intensifican y le dan una dimensión insospechada. Aprender a vivir es lo más importante. Lo otro es solo instrucción y en algunos penosos casos, adiestramiento.

Esta bastante difundida la práctica de preparar a los niños para realizar “funciones” determinadas en el futuro. Se desdibuja la apertura al universo que debe significar la educación para ser reemplazada por un adiestramiento específico que prioriza la clase económica de los alumnos y los códigos establecidos que debe dominar para integrarse. Es común que algunos centros educativos privados, cambien fechas de vacaciones, de comienzo de clases y otras para adaptarlas a las necesidades específicas de sus alumnos “clientes”. También que destaquen festejos y fechas que pertenecen a la cultura de otros países, con el fin de crear rasgos en las costumbres que diferencien a los niños que concurren a esos centros. También es común que desarrollen un léxico propio que les sirve de código de autorreconocimiento. Dejan claro a los alumnos que no se puede decir “hermoso”, sino “bello”, ni “rojo”, sino “colorado”, ni “oficina”, sino “escritorio”… para poder diferenciar rápidamente al que lo diga y discriminarlo.

Como anécdota contaré que hubo un famoso colegio porteño de monjas que enseñaba a dibujar la letra zeta de una manera única, con una colita hacia abajo virada hacia el lado izquierdo, para dejar una marca indeleble en el modo de escribir de las niñas que habían estudiado en él.

Eso no parece estar mal en sí mismo, pero es innegable que esas prácticas separan irreversiblemente a las personas en elites y dificultan la unidad cultural de un pueblo que trabajosamente intenta hace unos pocos siglos, configurarse con personalidad propia.

Nada tendrá en común un niño educado de una manera con otro educado en forma diferente; la pesadilla de un país separado en compartimientos estancos incomunicados entre sí, demora nuestro crecimiento y ayuda a que cada uno se vea sólo a sí mismo y a su entorno y Argentina, signifique sólo un territorio común habitado pero no una nación. Borges lo decía: los argentinos somos españoles o italianos que estamos residiendo aquí.

Retorno al tema de mis libros.

*El Libro Loco* tenía forma trapezoidal. *El Libro de Cabecera* tuvo muchas ediciones y muchos ilustradores. A todos los valoro y agradezco el aporte enriquecedor que le brindaron. Tengo una palabra de admiración a la ilustradora María Teresa Cibils, que con su estilo *naif* tan personal y tan entrañable, acompañó al texto con dulzura. Esa edición de *Beas*, de tapa dura, configura uno de los libros más hermosos que he firmado. Diría que es la versión clásica que quisiera reeditar cuando tenga oportunidad, para los niños de mañana.

No puedo soslayar los cuatro libros de colores de la editorial Estrada. Con dibujos de Ayax Barnes, Renata Schusseim y otros artistas grandes, esos libros pusieron color a las bibliotecas de muchos niños de este país.

Tal vez en el futuro, publique más libros porque los escritores podemos envejecer tranquilos en nuestra casa, mientras florecemos, nuevos como jazmines, en las páginas de nuestras invenciones.

**LOS AÑOS 90**

LA CASITA DEL LIBRO

En 1992 se instaló La Casita del Libro en *La Feria del Libro* de Buenos Aires. Era algo parecido a una cabaña formada con lomos de libros multicolores.

La casita tenía cuatro puertas para ingresar, la roja, la verde, la amarilla y la gris. La ilustradora Julia Díaz Vergara vino de España para pintarla por dentro y por fuera con murales alusivos. Aparecían algunos muñecos que recitaban en forma de *rap* textos sobre la inteligencia, la imaginación, el amor y el plagio. Se la recorría como un libro desde el prólogo hasta el epílogo pasando por los capítulos.

Ganamos muchos premios con ella y la trasladamos al hall de *La Biblioteca Nacional*, donde la visitaron miles de escolares. La casita tiene su canción propia que dice:

*Una casa de libros*

*yo te voy a hacer*

*con un cuento en el techo*

*y otro en la pared.*

Fue solventada por una organización editorial *El círculo del Buen Lector*. Un agradecido recuerdo para el editor y patrocinador de la casita, Hugo Beas. Creyó y apostó a un artista que ya no estaba en su cenit y le sacó nuevos destellos. Felicidades para él y su bella esposa.

PREMIOS Y DISTINCIONES

En la puerta del nuevo milenio, es necesario que hable sobre los premios que he recibido, que son muchos y llenos de aprecio por mi trayectoria. Estoy profundamente agradecido con todos.

Criticón como soy, quiero dejar claro que los premios en la mayoría de los países del mundo vienen dotados de dinero. Eso quiere decir que ayudan a resolver la vida de los artistas, sobre todo en momentos difíciles. Es común cuando leemos la historia de alguien que “recibió el premio tal y eso lo sacó de la delicada situación en que se encontraba” o se la alivió por un tiempo. Esta costumbre argentina de dar premios “secos” a todo el mundo resulta grata cuando el artista no tiene trayectoria y necesita promocionarse o simplemente afianzarse en su lugar. He ido a entregas que han durado hasta cuatro horas en las cuales han recibido distinciones no menos de cien personas de una vez. Eso tiene un tufillo a abuso, porque muchas veces los premiados son personas mayores que deben aguardar dilatadamente su momento.

Quedan algunos vestigios de lo que debería ser un premio en el *Premio Nacional de Literatura* o en los premios del *Fondo Nacional de las Artes*. Algunas viejas amigas artistas, recibían un sueldo mensual de por vida, porque habían ganado ese tipo de premios. Ignoro si hoy, ese beneficio es posible.

Todo premio es una ilusión más o menos real, dependiendo de la prensa que tenga, porque hay algunos que quedan guardados en el más celoso de los secretos y no se entera nadie más que el público que estaba en la sala. El artista se viste, se traslada al lugar de la entrega, se paga su taxi, espera estoicamente su turno de sonreír y agradecer y vuelve a su casa con algo en una bolsita. Los “premiadores” suelen beneficiarse más porque sin costo alguno pueden tener la presencia de consagrados, casi siempre de largas trayectorias que los honran con su humildad y su paciencia.

Los premios sólo interesan si son consagratorios y de gran repercusión, porque su onda positiva llega a toda la gente y los artistas se posicionan aún más. Ya que no dan dinero, es justo que den promoción y prestigio. También están los premios que surgen de ternas o binomios, esos son más complicados porque un artista se ve sometido a ser juzgado por alguien que lo elije o no, a cambio de nada. Yo personalmente pedí ser sacado de una terna de un gran premio de este país porque era la segunda vez que no me elegían y ya era demasiado seguir accediendo a ese manoseo.

Me han honrado otras distinciones como Hijo Ilustre de la Ciudad de Gualeguaychú, Mayor Entrerriano o Hijo Adoptivo de Torralba de Calatrava en España. Personalidad Destacada de la Cultura de Buenos Aires también me llenó de emoción y me “acarició el alma” como se dice ahora.

FABIO DE TOMMASO

Fabio apareció en mi vida, cuando yo regresaba de Europa, dispuesto a iniciar la segunda etapa de la carrera de Pipo. Ya se habían apagado los fulgores del primer *boom* y había que pensar en nuevos productos artísticos, en elaborar shows más acordes con los tiempos que corrían. Este muchacho, entonces de no más de veinte años, aportó su talento enorme a muchas puestas que se desarrollaron en dos décadas. Fue el inefable “Payaso *Canuto*”, el “Anciano Enigma” y muchos otros personajes que los niños adoraron. Me acompañó varias veces en las giras europeas y luego protagonizó un espectáculo “Tirón de Orejas” que yo escribí para él, junto a Mariano Massei y Virginia Kauffmann.

Fabio canta bien, baila bien y actúa con un histrionismo muy subido. Su figura menuda y sus ojos expresivos llenan la escena.

Juntos hicimos musicales de gran éxito como *El auto de papá* y otros, pero el punto álgido lo marcaba el “Payaso *Canuto*”, un personaje que se vestía y desvestía en un minuto al compás de una canción homónima. Como al final el perchero le quedaba enganchado en el sobretodo largo, fingía no darse cuenta de lo que pasaba y los niños deliraban.

El actor Diego Mariani, que entonces estaba en nuestro elenco, fue el creador, junto con Fabio de la increíble idea del perchero. Haciendo esta cita, quiero ser justo y agradecido con ellos. Muchas veces, los actores juegan y desencadenan *brain storms* de inusitada riqueza.

El Pipo de los ochenta y noventa no hubiera existido sin el aporte de Fabio.

“¿Cómo llenarte, soledad, sino contigo misma?”, escribió Luis Cernuda.

GRETA DE TOMMASO

Greta era una perra bull-dog. Fue elegida en un canasto donde había varias, pequeñitas, adorables, con sus mofletes colgando y sus manchas en el lomo. El destino quiso que eligiera a la más enfermiza, débil y complicada de todas. El destino sabe lo que hace. La vida nunca se equivoca. Al poco tiempo de tenerla en casa, la perrita empezó con fuertes dolores en la columna y ahí aparecieron en las radiografías los primeros problemas. Tenía defectos estructurales en los huesos y hubo que hacerle un largo tratamiento para no dejarla crecer mucho más y fortificarle los músculos para que sostuvieran su débil esqueleto.

Greta vivió siempre una vida limitada por sus males. La adoré como se adora a un ser humano, tal vez más. Su cara expresiva, la manera en que se comunicaba con las personas, sus manías y su trato cuidadoso con los niños la hicieron única. Salió en muchas revistas, fue a la televisión conmigo y me acompañó diez años, hasta que su cuerpecito defectuoso decidió autodestruirse con una enfermedad maligna.

Confieso que guardé en una caja cerrada sus trapos, sus juguetes y sus collares. Quiero que ese aroma único perdure para siempre impregnando sus pertenencias. La lloré mucho tiempo y me costó resignarme a que haya muerto.

Junto a Greta, estuvo presente la figura del Dr. Jorge Buteri, veterinario, gran amigo y ángel de la guarda. El la asistió y veló por su precaria salud durante toda su vida.

En el diario La Nación llegaron a hacerle una caricatura para una nota. Se la ve preciosa y la expresión de su cara preservada por el dibujante.

Pocho, mi perrito de la infancia, Schatzy y Flame, mis dos perras Airedale terrier y esta Bull Dog inglesa de pura sangre, son los perros de mi vida. Jamás volvería a tener uno. Hubo un gato siamés, Bomarzo, fantástico en su elasticidad y su misteriosa presencia felina. También vivió en mi casa, pero fue otra cosa.

Me arañó la cara una vez y su amor era a cuentagotas como el aceite de oliva en los restaurantes. Cada vez que pienso en él me vienen los versos de Borges: “no son más silenciosos los espejos ni más furtiva el alba aventurera…” Bomarzo tuvo que irse a otro domicilio luego de la agresión. Me acuerdo de la película *Conviviendo con el enemigo*…¡Ja,ja!

GIRAS ESPAÑOLAS

En el año 1998 y luego en el 2000, realicé giras por España, gracias a las relaciones que había sembrado durante mi exilio y a contactos que hice cuando presenté *María Caracolito* en el Congreso Internacional de Síndrome de Down en Madrid. Mi hija Carmela residía en aquel país desde hacía mucho tiempo y pudimos organizar una cabalgata de docenas de ciudades y pueblos llevando primero *La Magia de Leer* y luego *¡Viva el Teatro!* Fabio De Tommaso me acompañó en ambas puestas. La actriz Virginia Kaufmann, buena cantante e intérprete con mucho material, tuvo la gentileza de trasladarse hasta España para acompañarme en una de esas giras. Dejó el verano porteño para transitar los caminos del Quijote, con un frío demoledor, en medio de los desolados y bellos Campos de Calatrava.

Fue una compañera cariñosa y soportó las inclemencias con estoicismo. Le mando un ¡muchas gracias! enorme y afectuoso. Ella sabe que la recordaré toda la vida. En esas giras me acordé permanentemente de la irónica frase de Borges que cito en otra parte de estas memorias, que dice que con España nos unen muchas cosas menos el idioma. Yo decía: ¡párense! a los niños y ellos detenían sus movimientos pero no se ponían de pié.

Nuestro apuro es prisa, estar malo es estar enfermo y una infinidad de conceptos a veces opuestos que tuve que aprender pacientemente.

Un niño “prolijo” no es muy deseable, ser prolijo es ser maniático y complicado con los otros. ¡Ja,ja, ja!...

Hoy en España hablo con mi acento argentino pero utilizo todos los modos de allá y eso hace que ellos piensen que los argentinos hablamos “igualito” a ellos. Me contrataban las bibliotecas públicas de Castilla-La Mancha y en la organización de estas presentaciones estaba María Teresa González Marín, entonces directora de Cultura y hoy alcaldesa reelegida, por tercera vez, de Torralba de Calatrava, ciudad donde yo poseo una casa y rincón del mundo donde encuentro paz y sosiego, rodeado de buenos amigos.

Estas actuaciones me permitieron conocer la extensa región de La Mancha y disfrutar de su riqueza cultural. Allí se forjó mi amistad con María Teresa y su familia.

Me encantaría volver a presentarme en España para que me vieran mis nietos, pero eso ya no es posible. Una gira de aquellas, de dos pueblos por día, armando y desarmando utilería y trastos,, comiendo siempre fuera de casa y moderando la increíble energía de los niños manchegos… será para otra vida.

**LOS NIÑOS HOY**

CICLO BUENAS NOCHES EN LA T.V. PÚBLICA

El ciclo *Buenas Noches* que empecé en el 2002 en *ATC* o *Canal 7*, según quiera llamarse, me dio la oportunidad de acercarme a algunos niños argentinos que ven la “televisión pública”. En ese ciclo tenía una casita ribereña llamada “Gualeguaychú” y cantaba canciones con mi acordeón o comentaba aspectos de la vida espiritual enfocados a los más pequeños: los amigos, la escuela, los hermanos…etc. La prensa se entusiasmó con ese “regreso” de Pipo luego de varios años ausente de las pantallas, pero la experiencia duró poco. A pesar de que mi intervención era gratuita, al primer cambio de dirección del canal, me sacaron del aire. Siempre en Argentina, acceder a un cargo político es ante todo, tener la posibilidad de desechar lo que hizo el funcionario anterior. Nadie siente el poder si no sirve para echar la gente que estaba y poner la propia. No será un funcionario respetable si no altera completamente las estructuras y modifica el plantel existente. Si llegó un mesías nuevo se tiene que notar. Sobre todo si se trata de funcionarios nombrados por los gobiernos populistas que, bajo la apariencia del servicio social y de la entrega a las necesidades culturales del pueblo, cultivan una egolatría y una voracidad de poder y riqueza personal feroz. Los canales oficiales han sido y siguen siendo, medios de transferir dinero del estado a bolsillos privados. El gobierno paga producciones y los productores lo utilizan como les conviene… y siempre les conviene gastar lo menos posible y quedarse con el resto.

Lo bueno de esta experiencia abortada, es que no dañó mi carrera porque la “televisión pública” casi no tiene audiencia, es una fantasía sostenida por los gobiernos de turno para justificar gastos y premiar a los artistas y ejecutivos obsecuentes y prácticamente nadie se enteró ni de que estuve ni de que me echaron.

Los números reales de la audiencia constatan todo el tiempo la ausencia casi total de televidentes, pero los gobiernos insisten con mantener el proyecto en el aire, sordos y ciegos, a la realidad. En ese sentido quiero aclarar que hacer “cultura” no es una actividad posible para una persona o un grupo. Nadie puede “emitir” cultura hacia fuera, organizando una actividad supuestamente cultural que depende de las ideas de algunos. Lo que puede hacer el estado es administrar sabiamente la cultura real, que sólo nace de la gente en libertad y no en los escritorios de los funcionarios. Ver y escuchar las corrientes que emergen de la sociedad en evolución y administrar la manera más propicia para que esas corrientes sean difundidas al pueblo. Esas acciones no siempre responden a la política de turno ni representan las ideas del poder.

Mi experiencia con ese mini-programa fue positiva, pero como los amores que se quiebran, me dejó un amargo recuerdo.

CUMPLEAÑOS INFANTILES EN LA ACTUALIDAD

No es común que los padres clase media de hoy (hijos de la frivolización de los ochenta y noventa) organicen un entretenimiento para una fiesta de sus hijos.

Sólo se vislumbra como posibilidad, el alquiler de un artista que haga la “animación”. Atrás se perdieron para siempre los padres que se esmeraban en preparar un número, en disfrazarse para sorprender a los niños, los tíos que traían la guitarra, los amigos que tenían traje de payaso o podían realizar alguna destreza.

Yo mismo he concurrido pacientemente con mi acordeón a los cumpleaños de los niños de mi familia, porque el “tío Pipo” no puede fallar y es un “experto”. Lo he hecho con amor pero me hubiera gustado que otros abuelos y tíos abuelos se hubieran movido y hubieran aportado afecto y entretenimiento. Los he visto charlando y comiendo sándwiches, lejos completamente del encuentro creativo con los niños de su sangre. No quiero criticarlos; no todos son artistas, pero a veces no es necesario serlo para ofrecer a los niños un momento especial. Los animadores contratados son un tema aparte.

Normalmente resuelven “artísticamente” su participación haciendo apología de alguna figura de turno, tratando de imitar sus gestos o repitiendo sus canciones para que los niños hagan coro. En realidad, todo el cumpleaños está dedicado a lo que está de moda, desde la decoración de la torta, hasta la indumentaria del cumpleañero.

Raramente tiene oportunidad un artista de verdad, un espécimen independiente que aporta algo nuevo, algo diferente y trae su propio bagaje, ajeno totalmente a la televisión. Los he visto y les hago llegar mi abrazo fraternal, porque se atreven a ser originales en un ambiente enfermo de lugares comunes que no está dispuesto a dejar entrar a nadie que piense de otra manera o se atreva a mostrar algo imprevisible. He visto de “cortineros” en algunos festivales infantiles, a talentosos artistas que en una sociedad justa deberían ocupar lugares centrales en el show. Al ver aparecer las “estrellas” muchas veces me gustaría que el Reino del revés fuera una realidad, para que los “cortineros” jueguen en primera y las “estrellas” les acarreen los trastos de utilería. ¡Ja, ja, ja!....

EL MUNDO CURSI DE LOS NIÑOS

Ya que hablo de los cumpleaños deseo manifestar que siempre he detestado el cotillón y los adornos *kitsch* que se usan para decorar los salones de fiestas. Jamás entendí porqué los niños tienen que convivir con cosas tan feas. En mi niñez se fabricaban piezas decorativas con papel crepé y se adornaban las tortas con galletitas de colores o complicados y bellos arabescos de crema o de azúcar coloreada. Las mamás nos hacían las comidas que preferíamos y se tomaban jugos o chocolate. Había globos, serpentinas, asusta-suegras, matracas y otros objetos. Las matracas eran de madera y todavía no se habían adueñado completamente de los cumpleaños esas bastardas piezas de cotillón de plástico y esas comidas industriales que pasan de enormes bolsas a los platos de plástico, también, llenas de grasa y colorantes que los niños devoran, tal vez porque nadie les ofrece algo más interesante para el paladar y para la salud. Leo y releo el capítulo sobre el plástico que el gran sociólogo francés Barthes incluyó en su libro *Mitologías*. Es imperdible.

¿Por qué las cosas para los niños son tan feas? ¿Por qué en las plazoletas ponen trenes y toboganes tan colorinches y de diseño tan mersa?¿Ser niño es sinónimo de ser cache?

El telgopor, los plásticos maleables, la hojalata coloreada, la gomaeva y otros materiales bastardos, colaboran para que se arme esa escenografía dantesca de mamotretos que además prontamente se deterioran y quedan así, feos y rotos. Los adornos de las tortas son impersonales y reproducen siempre algún prototipo que aparece en la televisión. Toscamente realizados, publicitan un producto comercial que, junto a los afiches y demás elementos de decoración, ocupan todo el espacio y no dejan resquicio alguno para la imaginación ni para la creatividad.

Vuelvo a repetir que comprendo lo que pasa en la actualidad. Sé que este fenómeno de masificación estaba previsto por los sociólogos y que es inevitable.

Es casi imposible tirar en contra de un sistema perfeccionado por expertos para lograr un fin y controlar absolutamente todo lo que se hace y se elige.

TELEVISION, COMPUTADORA, CINE Y TEATRO

Los canales de aire, prefieren organizar la promoción de un artista infantil que tiene posibilidades comerciales y luego explotarlo en vivo. Eso lo resuelven con dos o tres visitas a los programas de éxito y asunto terminado.

El esfuerzo del estado para obligarlos a mantener programación infantil en el aire, no surtirá gran efecto. En cuanto cambie la política, los canales lograrán desmontar el compromiso. Los canales de aire no se sienten sociedades de beneficencia y hacen sus negocios. Cuesta aceptarlo. El descompromiso de las empresas con la sociedad es una realidad que ya no cambiaremos. Las clínicas dejan morir a una persona enferma en la puerta, si no muestra el carnet de asociado al día con las cuotas.

Visto con las reglas de convivencia de hoy, todo esto es perfectamente legal y comprensible. Todo se vende, todo se compra. Si querés que tu hijo vea televisión infantil, pagá un canal de cable. No termino de acostumbrarme, pero entiendo que está bien. Dicen que es lo justo.

Lo que resulta difícil de digerir, es que los canales de cable especializados cuestan dinero y además venden publicidad todo el tiempo. Si mal no recuerdo, el cable surgió como una opción nueva para que la gente pudiera ver televisión sin la presión de la publicidad. A nadie le gustaba pagar, pero todos comprendían que pagando, se liberaban de la tediosa tanda y podían disfrutar de la imagen, libre de mercachiflería.

No sé cómo esto cambió pero cambió. Hoy se paga el cable y además hay que aguantar la publicidad hasta el delirio.

Una película puede tener hasta veinte cortes por hora. Los canales de aire quedaron en el pasado, con tres o cuatro cortes. La oficina de Lealtad Comercial no responde, el *Confer* no se entera.

Si uno consulta a la empresa de cable, contestan que la responsabilidad es de cada canal y que ellos solamente son intermediarios que organizan la salida al aire. Es imposible reclamar a los canales, porque la mayoría son extranjeros y los que son nacionales, dicen que hay que dirigirse a la señal de cable que es la responsable.

Un canal especializado para niños, es prácticamente un supermercado. Cada minuto, despiertan en el niño una nueva necesidad… nunca espiritual, nunca afectiva…. siempre comercial.

Hay que comprarle algo o llevarlo a ver algo. Cada segundo de emisión está destinado a impactar y lograr una adhesión irracional del público infantil. El niño, confinado en su pequeña habitación, alejado del manejo libre de su cuerpo, limitado su movimiento por la falta de espacio y su mente estancada por la ausencia de buenas lecturas y diálogos fecundos con los mayores, suele desarrollar una personalidad ansiosa y claustrofóbica, que solo puede descargarse en la adquisición de los objetos ofrecidos por la pantalla.

Esos objetos, son en sí mismo la culminación de todos sus sueños y tenerlos o no, hace la diferencia entre ser feliz o ser desdichado. La adhesión es irracional. Los padres, han aprendido que hay que pagar para cambiar el gesto contrariado de esa carita. Ya han perdido la capacidad de tomar otras decisiones. Están vencidos.

Yo mismo, como abuelo, me he visto en la disyuntiva de comprar porquerías que mis nietos me demandan constantemente y confieso que muchas veces he cedido.

Unos pequeños bichitos de plástico de fama mundial que tienen complementos de casa, hospitales, guarderías y centros comerciales, han sido la obsesión de mi nieta en estos años. Carísimos, sabiamente promocionados con sofisticados sistemas que llevan a la compra, estos juguetes han batido récords de venta.

Para entrar a la página web de estos juguetes, hay que tener una clave que viene con ellos y si no se compran, no hay clave y el niño queda afuera.

En la escuela se cierra el círculo. El que no tiene no es.

Si no se lo compraron, no cotiza en el entorno de los compañeros. Su previsibilidad es triste. Todos demandan lo mismo en el mismo momento. Están maniatados, sordos y ciegos y sólo quieren lo que hay que querer, porque la televisión lo manda.

Nada más fácil que tener éxito hoy en día. Basta con estar en la oferta y responder al producto que se publicita. Nadie elige nada. Los que elijen son los productores y siempre eligen lo que les cuesta menos y les produce más, eso es todo.

No hay misterio. Ningún niño exigirá algo que no hay en stock. Ningún padre tomará una decisión en forma personal y con albedrío.

Hace pocos meses, un hombre que conozco dejó en la boletería de un estadio, el 15% de su sueldo para que su niña de doce años pudiera ver un “ídolo” adolescente que venía de afuera. Era tal la fascinación que tenía la niña y la presión que ejercía su grupo para obligarla a concurrir, que el padre se vio obligado a ceder.

Con los dibujos animados no hay punto medio. O son buenos y edificantes o diabólicos. En la actualidad, los positivos ganan por amplia mayoría. La imagen dirigida al consumo ya no tiene límites. Todo está permitido. Estamos frente a una televisión que merece ser vigilada, porque eventualmente puede ayudar a empeorar la condición de la infancia del nuevo milenio.

La ausencia de lugares apropiados para el juego al aire libre, la voracidad de los políticos que a cambio de beneficios personales han ido entregando y achicando el paupérrimo patrimonio de parques y jardines que tiene Buenos Aires, la pérdida de capacidad adquisitiva de las clases medias en extinción, para pagar piscinas y colegios con terrenos, han cercenado la calidad de vida del niño, por lo menos del porteño. El niño debe llenar sus horas con variadas actividades; lamentablemente, hoy lo llena casi totalmente con una única actividad: la televisión y la computadora. Ante la certeza de que la televisión es insoslayable, sería interesante recuperar el pacto de servicio a la infancia, ofreciendo una programación que responda a las necesidades del niño “digital”, pero que no esté desprovista de serenidad. Desearía que los verdaderos artistas estuvieran a su alcance, que las obras genuinas de arte, creadas sin la presión del uso urgente, le fueran ofrecidas como espectáculo. Tal vez, es momento de plantearse sí las personas que se autotitulan artistas para niños, son mediadores no siempre válidos entre la realidad y el chico.

No es posible que una sola persona que conduzca un programa, sea interlocutora y traductora de todos los emprendimientos, sobre todo, cuando sus méritos no son otros que la belleza o la simpatía o, en todo caso, una sana intención de servir. Da consejos y lleva la voz parlante del espacio. Tendría que ser una persona superdotada para hacer todo eso bien. En la medida que su presencia reemplace las otras obligadas presencias de auténticos especialistas en cada rama, solamente para no ceder espacio de exhibición comercial, la "chica de la tele” no es viable. Ya en estos últimos años, un nuevo fenómeno acecha al niño: el acceso ilimitado a todo tipo de programación, propiciado por las emisiones satelitales y el abandono del control por parte de los mayores. Ese acceso, que somete a un niño a la visión de heridos de guerra, a la violencia contra la vida animal y vegetal, al discurso de la ambición racionalizada, de la prostitución, de todas las formas de totalitarismo económico y humano, amenaza con diluir para siempre la niñez, una calidad de vida frágil que no resiste semejantes presiones.

Internet es una estructura compleja, de mil caras. Ese medio mágico de información que todos utilizamos con fruición y nos resuelve tantas cosas, puede ser peligrosa para la niñez. Desafío al lector adulto que busque en la web una palabra común que eventualmente pueda enlazar con ofertas pornográficas (colegialas, jovencitos, hombres… etc.) y verá cómo aparecen directamente imágenes tóxicas y se puede ingresar sin límite alguno al infierno. El niño también puede hacerlo y eso es un crimen de lesa humanidad que internet deberá pagar alguna vez. Debo terminar este párrafo, reconociendo esfuerzos, como la programación *Paka Paka* que se parece mucho al ideal y tiene la ponderable voluntad de ofrecer lo mejor al niño argentino, cosa que logra en gran medida. En *Paka Paka* no hay estrellas y tampoco se respira la codicia urgente de montar un espectáculo teatral y no perder un minuto de pantalla en nada que no sea vender. También es justo reconocer que muchos de los esquemas que usa *Paka Paka* tienen antecedentes en los libretos televisivos que veinte años antes escribió Mirta Golberg. No pasa nada, el arte es una cadena continua de “inspiraciones” de unos que luego continúan otros. Heminway decía que en literatura “o se es hijo de alguien o se es hijo de p….”

Sólo me queda lamentar que la programación arriba mencionada dejó afuera a muchos artistas que podían aportar. En otro párrafo hablo de las producciones con dinero oficial; siempre se juegan entre un grupo cerrado, concertado previamente y sin fisuras. No hay lugar nada más que para ellos, los que consiguieron la facilidad.

El cine infantil es harina de otro costal. Veo constantemente maravillosas películas producidas en el extranjero que rebosan de calidad de producción, con libros inspirados y mensajes espirituales que elevan la calidad de la niñez.

El cine infantil del siglo veintiuno es seguramente, la más lograda expresión del arte para niños y uno de los pocos exponentes del género que lo honran. Películas como *Ratatouille*, *La Era del Hielo* o *Río*, resultan una experiencia maravillosa para vivir con un niño en el cine. Últimamente *Tin Tin*, la versión cinematográfica de Steven Spielberg me ha parecido sublime.

Mi parte criticona lamenta que los cines se hayan vuelto restaurantes y que haya que estar escuchando el rechinar de los dientes que mastican y percibiendo el acre aroma de las frituras. Sin horario posible de respiro, la gente come siempre en los cines.

PIPO DE NUEVO EN LA CALLE CORRIENTES

Las salas importantes de la calle Corrientes están acaparadas por las empresas del espectáculo, que ponen en vivo sus fenómenos televisivos, apoyados por un público de padres, nacidos alrededor de los ochenta, que ya no tienen idea de lo que es el teatro para niños, que tal vez nunca fueron al teatro en su propia niñez y sólo están dispuestos a pagar espectáculos que estén en televisión y que sus niños reconozcan como familiares.

Este público que va al teatro con sus hijos, ya no posee capacidad crítica. He visto en escena un avioncito que es un auténtico suceso en la pantalla de televisión, donde vuela y cruza el firmamento a toda velocidad, colgado en el escenario de un teatro de una soga a dos metros de altura, sin movimiento, como una araña que pende del techo. La estafa total que significa remedar en vivo con tanta pobreza un personaje dinámico, no provocó ninguna reacción en ese momento. El *play-back* tampoco. Solo importa llenar a los niños de *souvenirs* que se compran en la entrada, gorritos, bastones luminosos, muñecos, grabaciones, globos y estar presentes en la sala llena. Ver a los ídolos de la pantalla provoca una fascinación, que excluye cualquier análisis. Los niños enloquecen y los padres sienten que su dinero está bien empleado. Del teatro nadie habla porque nadie sabe lo que es y por supuesto, no se extraña lo que no se conoce.

Los pocos espectáculos teatrales, es decir con libreto, actores, dirección y puesta, están condenados al naufragio. Un espectáculo que este año logró el premio ACE no pudo pasar de las tres filas durante todo el invierno. Al lector curioso le será fácil averiguar qué espectáculo fue. Yo me tomé el trabajo de pedir autorización a su productor para tomarlo de ejemplo, aunque sin nombrarlo. La crítica amordazada por el poder de los multimedios no ayuda a esclarecer a los padres, bien intencionados pero desinformados. Pondera la mediocridad y desestima la falta de calidad y la mentira que significa fingir cantar.

A principios del nuevo milenio, logré poner algunas piezas teatrales en la calle Corrientes y en otras salas importantes: junto al genial Claudio Hochman, lejano ya de la Argentina actual, hoy residente portugués y a Carlos Martínez que me aportó su sabiduría con los muñecos, hicimos *Cáscara Colorada*, *Viva el teatro* y *El auto de papá*. Estas comedias musicales con actores, coreografía, bailarines, escenografía y puesta de nivel tuvieron suceso, pero fue un canto de cisne. *Pipo en Vivo* en el *Multiteatro*, dejó claro que el público al cual yo estaba acostumbrado a servir, empezaba a alejarse del teatro y que mi figura, clásica para dos generaciones, se le había desdibujado a los padres que nacieron en los ochenta, cuando yo ya estaba en España y mi *boom* inicial había pasado. En el 2002 estrené *Teatro Chupete* bajo la dirección de Diego Reinhold y Gastón Cerana. Diego Reinhold aportó energía nueva y trajo su enorme experiencia en el teatro para niños. El había encarnado por años al inefable gaucho Huesito Caracú en la obra homónima de Hugo Midón y es uno de los actores fundamentales de los niños de los últimos tiempos; espontáneo. bailarín y con un histrionismo a toda prueba, Diego brilla hoy tambièn en el teatro porteño para adultos, haciendo humor y presentando unas puestas muy revolucionarias donde mezcla la presencia real con imágenes en la pantalla.

Él es por derecho propio, un representante genuino de las nuevas formas del humor en la revista.

*El Teatro Chupete* era una propuesta destinada a los niños muy pequeños y yo no trabajaba en ella. Estuvo en cartel algunos años y fue un hallazgo. Recibió el premio María Guerrero.

Retomé brillo junto a *El Sapo Pepe* el año pasado (2010) pero tuve claro que ya estaba alejado de las nuevas reglas del juego.

Martín Marcou, un joven dramaturgo y director venido de la Patagonia, se hizo cargo de la puesta del sapo y consiguió moderar mi ingreso en un elenco donde nadie tenía más de veinticinco años. Su trabajo fue brillante y la obra funcionó muy bien, a pesar de que ese no era mi público y yo ya no era su artista… Hoy Martín está comprometido conmigo en mi nueva faceta y ayuda en la puesta de mis tangos. Actor, dramaturgo de la nueva generación, irreverente y *under*, es también un privilegio tratarlo. Su voz es nueva. Su circunstancia real y genuina. Un artista contemporáneo, del cual tengo mucho que aprender.

Yo nunca temí a los cambios. Estoy preparado desde siempre para la vanguardia porque yo fui vanguardia en los sesenta y setenta. Lo único que le pido a los artistas nuevos es que sean diferentes en la forma y en el contenido, pero que mantengan muy alto el nivel y lleven a la gente a las cumbres de la emoción y se esfuercen por hacerla crecer con sus propuestas. Ideas, modos de hacer, objetivos actualizados pero pensados y consolidados con un trabajo serio y comprometido.

No precariedad y mediocridad disimuladas bajo el disfraz nuevo.

PAPELERAS Y CARTONES

Tengo fotografías de la gran marcha en contra de *Botnia*, cuando todos fuimos al puente de Fray Bentos. Lo curioso era ver a muchos asambleístas comiendo empanadas y pizza empaquetadas en envases de cartón rígido, que luego tiraban al piso o algunos pocos en tachos de basura. Digo curioso porque la papelera fabrica la pasta de papel que luego se utiliza entre otras cosas para esos envases de pizza.

Recuerdo mi enojo feroz cuando estaban a punto de construirse las nefastas “papeleras” de *Botnia* en el Uruguay y una actriz de origen uruguayo ponía la cara en defensa de las ballenas de no se qué mar lejano y no pronunciaba palabra sobre la amenaza siniestra de la basura tóxica en el río Uruguay, como si el conflicto provocado por su país no existiera. Pongo este capítulo a esta altura de la autobiografía porque la lucha contra las papeleras ha sido una de mis últimas guerras ideológicas, todavía bajo la investidura de Pipo Pescador.

Dejo clara mi opinión sobre las papeleras. Deploro que el Uruguay, que es un país que se publicita como “natural”, haciendo oídos sordos a todos las advertencias de las asociaciones de nivel mundial que luchan por el cuidado del medio ambiente, haya abierto sus puertas en el siglo veintiuno a una patética y sucia industria, que estaba siendo erradicada de todos los territorios civilizados del planeta, para que se instale en el río de los pájaros, amenazando para siempre la salud de los habitantes de la cuenca del plata, en la cual se incluyen los mismos uruguayos.

La estúpida discusión sobre si las papeleras contaminan o no, que ocupó el tiempo necesario para construirlas y ponerlas en marcha, fue el anzuelo que muchos imbéciles mordieron, los tontos de siempre, los que se quedan en la anécdota y no pueden ver lo que les están haciendo desde el poder.

Contamina la presencia de ese monstruo maloliente que despide humo, contamina la estafa social del que fueron víctimas los habitantes de los pueblos de la zona, a quienes se les prometió miles de puestos de trabajo que nunca si hicieron efectivos, porque la planta utilizó obreros para su construcción, pero la tecnología que posee, le permite prescindir prácticamente del trabajo humano.

PIPO PESCADOR, UNA NOSTALGIA

Pipo Pescador está reducido a la nostalgia y unido para siempre al auto de papá. Nada más importa. ¡Que venga con el acordeón!... pedían los conductores de los programas de televisión.

La canción del auto feo fue pensada como parte indivisible de un estilo, es el claro ejemplo de la propuesta de Pipo y representa la fuerza de un artista que tenía algo nuevo que decir. Pedirme que la cante eternamente es como pedirle al loro que diga “Pedrito quiere papa” y luego taparle la jaula con un repasador.

Ninguna posibilidad de encarar un programa infantil bien producido; ninguna posibilidad de poner en escena algo sólido y bien hecho que resista una temporada completa en un teatro. Dije anteriormente que no hay productores para los artistas consagrados. Lucen muy bien en los estrenos porque agregan caras conocidas, llenan espacios ociosos porque tienen estilo y saben pararse frente a una cámara y son carne de cañón cuando cometen un error o son descubiertos en una agachada interesante.

Cuando el artista se consagra su situación tambalea. Otras figuras más baratas y menos pretensiosas esperan para ocupar su lugar. Sólo se sostienen largamente los que se auto-producen y crean ellos mismos su propia demanda.

Confieso que a mí me impresiona un poco cuando artistas de los sesenta, se presentan a fuerza de dinero personal, intentando parecerse a lo que eran, bajo el lema del “regreso triunfal”. Creo que, a menos que el artista se renueve completamente y entre por otro lado, con otra historia, la decisión de volver es ligeramente patética.

Nadie es lo que era ni se parece más a sí mismo después de varios años. La energía que gestó un éxito, se disuelve en el tiempo, cambia el público, cambian los valores y… la cara y el cuerpo del artista.

Los mejores *revivals* se producen cuando el artista ha muerto joven como Elvis o Marilyn. Todo fluye, porque el protagonista quedó congelado en el tiempo y en el video que se proyecta sigue siendo igual.

Ver a un señor de sesenta y muchos enflaquecido a dietas, contoneándose en sus pantalones ajustados, tratando de repetir el frenesí que despertaba cuando tenía veinticinco es muy triste. Yo no quiero hacer eso. Me haría mucho mal. Hoy es hoy y ayer es ayer.

Como buen budista, agradezco al universo que me haya pasado todo esto que narro. Me ayudó a tomar decisiones y a seguir creciendo en nuevos desafíos.

Me retiré definitivamente y siguiendo reglas ancestrales del teatro, lo abandone lleno, como debe ser. Dicen que el teatro tiene buena memoria y si alguna vez uno regresa, le vuelve a dar lo que tenía la última vez.

Dejo expresado mi agradecimiento a Candela (autora de la canción del Sapo Pepe) y a sus hijas Sofía y Lucía por la exquisita hospitalidad que me brindaron durante nuestra común estadía en el teatro *Metropolitan* y les deseo mucha “merde”.

Abandonar algo no siempre es dolor; a veces previene el dolor a futuro y protege. Yo prefiero recibir el calor del público en la calle, en los medios que me llaman y no tentar al destino intentando repetirme hasta el infinito.

LOS PADRES EN LA BOLETERÍA

Las razones que llevan a los padres a la boletería hoy, son incomprensibles para mí. Sencillamente, no puedo entender como llenan las funciones de ciertos “artistas” que veinte años atrás no hubieran tenido posibilidad alguna; repertorios ñoños, reiterativos y una mediocridad general en la propuesta que me deja pasmado.

La mayoría de estos artistas giran como un ratón en una lata, repitiendo los remanidos temas de la Walsh o los míos o los de Gianni-Midón o sacando del fondo de los bolsillos las canciones jardineras de toda la vida. Siempre hacen lo mismo.

Al padre cuarentón que va a la boletería, ya no le interesa esa forma de expresión dramática llamada teatro que llenó el corazón de miles de niños desde hace muchos años. La ficción que los actores pueden mostrar, la acción cargada de simbolismo, la puesta en juego de los valores en lucha, el encuentro entre el bien y el mal y el triunfo del bien, es decir, las fuentes de emoción, básico pan de la niñez, ya no se consumen.

Cancionistas más o menos talentosas, conductores de tv que entonan o hacen como que entonan, rodeados de muñecos de materiales sintéticos, todos iguales, gigantes y tontos, ofrecen el “moderno” show para los niños que consiste en entonar una canción detrás de otra, con los mejores efectos especiales posibles, mientras los gigantes se mecen torpemente con alguien semi-afisxiado adentro.

Hay otra variante, que son las grandes puestas que vienen de afuera y que, con costosos equipos, logran recrear en el escenario una realidad virtual igual a la de la pantalla de televisión. Esas puestas son atractivas, hay incendios que parecen reales, lluvias, tormentas eléctricas…etc. Me hacen un ruidito de algo nuevo. Por ahí habría que buscar un camino que puede dar sorpresas. Me refiero a la puesta de *Ben 10* que sinceramente, me impactó. Soy consciente de la puesta artificial y los personajes con las cabezas escondidas dentro de máscaras rígidas. A pesar de eso, esta puesta puede ser un punto de partida para algo nuevo. Hablamos de niños grandes, de ocho para arriba, pero de niños al fin.

Tampoco hay concepto de temporada. En los setenta y ochenta empezábamos en marzo y terminábamos en octubre. Hoy, los shows se reducen a la segunda semana de vacaciones de invierno (siempre que no haga altas temperaturas) y fenecen el día del niño. Este cambio de modalidad, desvanece la posibilidad de que los actores y directores puedan sostener una vida profesional estable. Si hay mundial, olvídalo.

Los entrañables bailarines jóvenes que siempre se ayudaron con actuaciones para pagarse las clases de danza y de teatro, apenas tienen una quincena para recaudar. Se ven obligados a rotar constantemente, buscando dilatar la temporada.

Esto también pasa en la costa durante el verano. *El mar esta serenito*, *Pipo para en todas las estaciones* y otras obras que ofrecí en Mar del Plata en pasados veranos, comenzaban el 1 de enero y duraban hasta el fin de semana anterior a las clases. Hoy los artistas saben que los primeros días de enero la gente no va porque aún no se ha instalado, la segunda quincena un poco mejor, febrero apenas se estabiliza y marzo no existe. Los productores trabajan el teatro infantil como un valor de transacción y montan los shows priorizando el negocio, porque la promoción es cara. La puesta lujosa es una exigencia del público que ha reemplazado la poesía por el láser y no hay lugar para la creación libre o para cualquier tipo de experimentación dramática. Con esto no quiero decir que los artistas de los setenta no ganábamos dinero o no nos interesaba ganarlo. De ninguna manera.

Lo que quiero decir es que se partía de un proyecto artístico, un libro que interesaba y luego se hacían convivir en paz los costos con las ganancias. A veces se perdía y a veces se ganaba. Lo importante era lo que se hacía. Antonio Gasalla, bufo genial e inigualable dice que hacer teatro da placer al actor y si es con gente, mejor todavía.

En una de mis últimas temporadas en la calle Corrientes hubo un estallido de cintas de papel en el escenario que no tenía previsto y que fue agregado sin consulta alguna por el productor que ese día tenía la máquina para hacer ese efecto a disposición y decidió ponerla. Al otro día, el aparato fue destinado a otro espectáculo y el efecto desapareció igual que había aparecido. Pedí hablar con el productor para protestar. El representante de la empresa me contesto que el productor “no hablaba con los artistas”. También puede ocurrir que un día se cante una canción con ocho bailarines y al día siguiente no haya ninguno, porque decidieron quitarlos por razones presupuestarias. Con esto quiero explicar que el creador de un show para niños, ya no tiene el control sobre su producto, lo que equivale a decir que su mensaje estético se vuelve inexistente o se adultera día a día sin que pueda hacer nada para impedirlo.

Estamos frente a una manifestación dramática, que no puedo llamar teatro para niños; diría que son “fenómenos del espectáculo” (así decía María Elena Walsh) cuya existencia es un hecho indudable. Miles de niños no conocen ni conocerán jamás otra cosa que esto. Es verdad que muchos de estos shows logran una adhesión multitudinaria; el éxito siempre fue un milagro bienvenido, pero no fue jamás la razón de ser de los creadores. Tener gente en la sala no es garantía de calidad ni tampoco justifica al artista que lo logra; siempre hubo mediocres que llenaron salas y grandes espectáculos que funcionaron apenas dignamente. El fenómeno de la boletería no es necesariamente un fenómeno artístico.

Es normal que el público suela premiar la calidad con una concurrencia multitudinaria, pero también es normal que el público llene espectáculos sin interés, porque en muchos casos, es el público el que no está en condiciones de premiar o castigar. Hay artistas lamentables y hay públicos lamentables también.

APLAUDIR DE PIÉ

Recuerdo que hace unos años, estábamos “todos” en un estreno teatral y un momento antes de apagarse la luz, alguien vio a Niní Marshall (ya tenía cerca de noventa años) entrar al palco y sentarse. Se produjo una ovación cerrada que duró tranquilamente cinco minutos de reloj y todo el teatro se puso de pié mirando hacia ella. Fue emocionante. En otra oportunidad, asistí a una actuación memorable de Victoria de los Ángeles en el Teatro Colón y presencié el rarísimo fenómeno de ver a la gente aplaudiendo de pié. En el entierro de Luis Sandrini aplaudieron y en el de Alicia Bruzzo también. La puesta de pié durante el aplauso era un raro homenaje que el público culto “otorgaba” espontáneamente a los irrepetibles.

Hoy, se aplaude de pié a la nieta que bailó vestida de ovejita en el salón de actos de la escuela, a los actores de medio pelo que invitan a sus amigos a un estreno, a cualquiera que después de actuar, aparezca a saludar.

Igualmente se aplaude en los entierros del portero del edificio, del médico viejo de la familia o de un tío lejano. No hay idea de lo que significa otorgar ese privilegio. Sólo se copia el gesto de otras culturas, los modos de actuar de gente que tiene pautas ajenas a nuestro modo de ser y sin evaluación previa ni razón que lo justifique se ponen de moda comportamientos. El público de hoy accede a todo y aplaude todo, porque no está preparado en muchos casos para criticar y valorar lo que ve. Nadie se resigna a aceptar que “no le tocó” ver una obra maestra y “no es ese actor” el que merece que la platea se levante. Si pagaron la entrada, lo que vieron tiene que ser maravilloso si o si. Extiendo un manto de piedad sobre los gobernantes que se tocan el corazón mientras cantan el himno, imitando a los norteamericanos.

A veces la náusea me paraliza y quisiera que la realidad se desvaneciera en el aire, como el humo.

HALOWEEN

Haloween y St. Valentine son demasiado fuertes para mí. En las fiestas, los shopings se disfrazan de Rockefeller Center y dan pena. Un enorme árbol de navidad en Alto Palermo tiene palabras doradas repartidas entre sus ramas: *peace*, *happiness*, *love*, *merry christmas*, *kisses*. Cuando lo miro me baja la presión. ¡Ja, ja!... ¡Qué patética emulación de una cultura que no es la nuestra! ¡Qué desplazamiento de nuestro bello y aguerrido idioma, que el mundo admira y estudia por su riqueza y su profundidad infinita! Cuánto tonto irresponsable, tomando decisiones sobre los espacios públicos, condicionando la mirada de la gente a su pequeña mirada. El medio pelo ocupando todos los lugares y tomando decisiones.

BALANCE FINAL

Estos últimos años he recibido clases de canto con la gran maestra Susana Squarzon, una de las más brillantes profesoras de este país. Con ella entendí de una vez y para siempre de que se trata cantar y pude adquirir repertorio.

Nunca pensé que pasados los sesenta, iba a ser capaz de cantar “Di Provenza il mar il suol” de *La Traviata* o “Lascia Ch´io Pianga…” del *Rinaldo* de Handel.

Descubrí una voz serena de barítono, escondida tras el largo forzamiento en los teatros colmados de miles de niños, a los cuales había que movilizar a voz en cuello. Ese descubrimiento me hizo feliz. Con Susana seguiré todavía muchos años más y disfrutaré de cantar, sin esfuerzo y al decir de ella con “voz chiquita”, sin estridencias y con alta calidad de sonido.

Dejo una ópera para niños *La caja Prodigiosa* sin estrenar, porque los productores no quieren arriesgar dinero. Empecé a escribirla cuando oficié de narrador en el Teatro Colón con el Barbero de Sevilla, bajo el auspicio de la *Fundación Konex*. Sostengo que una pieza lírica especialmente creada para los niños sería interesante para acercarlos a un género invaluable.

También queda sin hacer la película *El Árbol del Eco* que tardó varios años en superar la democrática inquisición del comité que veta o acepta proyectos en el INCAA. Finalmente la aceptó, cuando el libreto fue modificado tanto que ya no era el original que yo soñaba y luego de varios años de espera que me desanimaron. Cuando me avisaron que estaba aprobada la película ya me había olvidado del proyecto y tenía otras prioridades. El juego llevó más de tres años.

Soy consciente de que la decisión de no seguir con la película dañó la esperanza de buenas personas que se entregaron con frenesí al proyecto. Les pido perdón.

*El Instituto Nacional de Cinematografía*, benemérita institución del país que ha auspiciado mucho cine de calidad y ha engrandecido la cultura nacional, no fue para mí más que una desagradable experiencia que prefiero olvidar. El préstamo que finalmente iba a recibir la productora, apenas alcanzaba para cubrir un cuarto del costo de filmación y aceptarlo era más un problema que una solución. Me retiro del mundo infantil, con la sensación de que pude haber hecho más.

No construí mi gran titiritera que representara escenas de la historia argentina. No logré editar un libro de cuentos de tapa dura con hojas de papel grueso e ilustraciones a todo color, porque jamás la economía de mi país permitió un proyecto así, ya que su costo al público sería exorbitante… pero me hubiera gustado.

Sí logré hacer mucho teatro con títulos como *El mar está serenito*, *20 Pipos*, *Canciones para crear el mundo*, *Cancionero Mágico* y otros que he nombrado arriba. En todos ellos pude aportar lo mejor de mí, con absoluta libertad de acción. Cerca ya del final de mi carrera infantil, llevé adelante actividades altamente gratificantes, como la fiesta de la primavera en el patio del *Museo Anconetani* del Acordeón. Amigo muy cercano de la legendaria familia de fabricantes de acordeones, comenzamos hace unos años esos shows con títeres, destinados a los niños del barrio de Chacarita, donde reside el museo. Este museo recibirá como donación el acordeón *Cirila* que usé en la película *Luces de mis Zapatos*. El instrumento está hermosamente decorado por Martiniano Arce. Era y sigue siendo una maravilla ver a los niños “digitales” gritando emocionados a los muñecos, indignados con los malos, alentando a los buenos. Aún quedan titiriteros de ley, aún pueden los niños conmoverse con la modesta magia de las manos que mueven sueños… en pleno siglo veintiuno.

Aunque parezca fuera de sentido, en esta parte de mi autobiografía querría dejar claro que lamento no haber podido contestar las miles y miles de cartas que me enviaron los niños durante mi larga carrera. Aún atesoro unas dos mil, que no es poco, en un estado perfecto de conservación y busco la manera de hacerlas públicas a través de un programa de televisión que se interese. Me encantaría volver a ver a esos niños que me quisieron, dibujantes talentosos, fervientes admiradores de los programas sencillos y expresivos de los cuales participé. Hoy vendrían con sus hijos y ninguno tendría menos de treinta y ocho o cuarenta años. Muchos habrán pasado los cincuenta, porque en aquellos tiempos, un niño de diez miraba con ilusión a sus artistas infantiles y les enviaba dibujos. Gracias a mis niños de entonces y bendiciones para ellos y sus familias. Creo que fue una fecunda carrera y brindo para que otros artistas del género tengan la oportunidad que tuve yo de hacerme ver por el gran público sin ningún condicionante que limite sus acciones creativas.

Me voy sin haber visto algo verdaderamente nuevo.

La prensa me ha insistido hasta el hartazgo para que yo reconozca y tenga en alta estima a los artistas que aparecen a cada rato, sin tregua alguna, trayendo sus doce canciones (las mismas que están en el CD) y haciendo siempre lo mismo, que es lograr que los niños repitan como monos los gestos mecánicos que ellos sugieren. Todos son de la misma madera; no hay ninguna sorpresa. Sólo cambian el aspecto y el nombre y todos duran lo mismo, un año subiendo, un año arriba y un año para desaparecer. Es axiomático.

Cuando yo me niego a hacer una valoración de estos productos, algunos consideran que estoy “celoso”. Me parece bien. Cada cual entiende el mundo según sus luces y su calidad intelectual.

Estaré atento desde mi lugar de retiro, para alegrarme cuando aparezca un artista que traiga calidad y verdad propias. Alguien que no se parezca a nadie, que interprete al niño del siglo veintiuno y lo emocione porque sepa hablar su idioma.

LA FUNDACION PIPO PESCADOR

Me quedo con la *Fundación Pipo Pescador* de reciente formación. Esta institución será mi único y definitivo contacto con la niñez argentina y más adelante con la niñez de otras partes del mundo. A ella dedicaré los esfuerzos de estos últimos años de mi vida. Tiene proyectos positivos y útiles para una sociedad que cambia y promueve el encuentro entre los niños y los viejos, entre muchos otros fines.

También el desarrollo cultural de los niños en medio de una marea que intenta sistemáticamente quitarles albedrío. Espero hace dos años que el estado se digne a reconocerla y darme los permisos para empezar a operar oficialmente. Durante estos dos años, me han pedido sistemáticamente requisitos de todo tipo que me han complicado y hecho perder tiempo. Supongo que esperan que me desanime y renuncie a seguir adelante con el sueño dorado. Pero no podrán porque yo tengo paciencia y mientras pueda, seguiré adelante.

Antes era más fácil dar de alta una fundación. Ahora es un verdadero parto. Los bancos se niegan a abrir cuentas corrientes a las fundaciones. Ponen en un brete a las personas que van a colaborar, a los que tienen deseos de apoyar una obra de bien público. Les piden todo tipo de documentaciones y realizan sobre ellos investigaciones casi violatorias.

Los delincuentes conocen mucho el *modus operandi* de los otros delincuentes. Saben a donde están las debilidades para descubrirlos. Todo el tiempo he sentido que soy tratado como un estafador en potencia que pretende, a través de la fundación, ingresar en el mundo oscuro de los ladrones que ostentan la exclusividad del saqueo y el fraude para hacerles competencia. Espero que cuando alguien lea estas memorias, la fundación ya sea un hecho. Si no lo es, sepan que el estado me impidió cristalizar mi fantasía, trabajando en contra de mis deseos e ignorando el derecho que tiene un ciudadano que paga impuestos a desarrollar sus emprendimientos sociales en democracia.

PIDO DISCULPAS

Pido disculpas a los que se sientan afectados por mis comentarios, especialmente cuando evalúo las modalidades de hoy. Todos tienen derecho a trabajar y nada de lo que ocurre es un fenómeno aislado… en general son modalidades que responden a una nueva concepción del hombre y del mundo, concepción que a veces deploro y a veces apruebo.

Al igual que los rosales que se plantan en las cabezas de las líneas de viñedos en el sur de Francia, los artistas están en el mundo para avisar con tiempo la presencia o la ausencia de plagas. Son en cierto modo lo que el público es.

También les ruego que me perdonen aquellos que he nombrado con apellido y por ahí no deseaban figurar en mis memorias. Los he incluido con respeto y afecto verdadero y creo que eso me exime de toda culpa.

El éxito de los artistas mediocres sólo se da en los momentos históricos en que el público está receptor de la mediocridad. Este tiempo, es tiempo de mediocridad, de ausencia de fulgor, de triste estancamiento, por lo menos en lo que se refiere al teatro infantil. Habrá otras propuestas que no conocemos, porque el público no las quiere y los empresarios no les dan lugar.

Amo a la niñez y esa es la energía que me mueve a escribir estos comentarios. Apuesto a ella porque es la única esperanza de cambio para el futuro, ya que los niños de hoy, construirán el mundo de mañana y quisiera que vivieran felices y con mucha dignidad en él. Yo hice mi parte lo mejor que pude, con entusiasmo y en paz con mi conciencia de artista. Luché para cristalizar mis ideales y logré un nombre aceptablemente bien considerado y el respeto de mi público y de la prensa, que es un caballito brioso.

Espero que los artistas de hoy puedan decir lo mismo cuando tengan cuarenta años de trayectoria pública y varios años más de lucha previa. Gracias por los tiempos compartidos y los aplausos fervorosos que resonarán siempre en mi recuerdo.

Enrique Daniel Fischer (Pipo Pescador)

1. Extraído de una nota periodística que concedí a la revista *El Pasajero*. [↑](#footnote-ref-1)